

ALISSA BRONTË

SS
1

EL
RETORNO
DEL

Quercia

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, enero 2019

© 2019 Alisa Brontë

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Mercedes Tabuyo

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Para mi hija, Silvia.

Recuerda que siempre serás una de las personas más importantes de mi vida y cuando ya no esté, te quedará esta historia que nos va a unir para siempre. Te quiero hasta el infinito, el sol, la luna y las estrellas.

Prólogo

Ronda, mayo de 1485

Todo estaba en silencio. Los hombres, prevenidos, habían partido a la lucha y estaban dispuestos a todo, incluso a morir. Raven acarició a su alazán, que se removía inquieto al percibir la calma del bosque, que le otorgaba un aspecto sombrío, peligroso.

Murmuró en gaélico algunas palabras amables para su corcel que ninguno de los demás comprendieron. Miró a su amigo y hermano en la batalla, Guillermo de Castro. Tenía los mismos ojos que su hermana y el parecido despertó su recuerdo con fuerza. Silvia: hermosa, inocente, dulce... La amaba con todo su corazón. Dejarla allí sola, en el gran castillo, con la delicada situación que vivía la Península, había sido lo más difícil que había tenido que hacer, pero era un guerrero de las Highlands y había dado su palabra, y esta era todo lo que poseía, lo que lo distinguía; sus actos, su palabra y su honor.

Quería llegar a ser el mejor y más valeroso guerrero para merecerse la mano de Silvia. Sabía que si no llegaba a ganarse los méritos necesarios, el padre de su amada nunca lo consideraría, y él ya había probado algún beso de sus dulces labios y había quedado hechizado por su sabor. Era todo lo que había soñado... y más. En el momento en que posó la vista sobre la frágil muchacha lo supo, su corazón se lo susurró a su alma; allí estaba.

En esos momentos se jugaba la vida, pero se había prometido a sí mismo que lograría acabar esa tarea sano y salvo y que preservaría la de su amigo, la de su hermano.

—No me gusta, Raven —interrumpió el susurro de Guillermo sus pensamientos—, demasiado silencio. Es sospechoso.

—Sí, Guillermo. Esta agreste tierra posee demasiados recovecos y cuevas que pueden ocultar a los enemigos de tu rey. Habrá que estar atentos y...

La frase quedó interrumpida por el alarido que animaba a la caza. Los enemigos, en efecto, les habían tendido una trampa acorralándolos sin salida. El despliegue de infieles era abrumador, salían de las cuevas y de los

rincones de las rocosas paredes montañosas, de las copas de los árboles desde donde los habían estado vigilando. Habían sido presuntuosos, orgullos y muy ingenuos, y habían caído directos en la trampa, aunque contaban con el apoyo de Dios.

El sonido de las espadas al chocar, los gritos pidiendo ayuda, los alaridos de dolor al amputar miembros... todo alrededor se había llenado de sonidos aterradores que rompían la quietud que habían vivido momentos antes.

Los caballos relinchaban inquietos. Raven y Guillermo se movían en círculos nerviosos sobre sus animales, tratando de protegerse el uno al otro. Una flecha se hundió en el pecho del animal de Guillermo, que cayó al suelo envuelto por la agonía y arrastró a su jinete junto a él.

Raven saltó de su montura al suelo en busca de su amigo, para ayudarlo; en tierra era una presa fácil y apetecible.

Miró un instante a su alrededor, el suficiente para ver el horror: una miseria indescriptible que solo podía experimentarse en mitad de la batalla. Hombres de ambos bandos en el suelo; algunos mirando con desesperación el hueco donde antes había un brazo o una pierna; otros arropados por los estertores de la muerte, que llegaba rauda y sin perder tiempo a llenar su saco con más almas oscuras... Todo era un hervidero de dolor y desesperación; ninguno quería morir. Deseaban salir con vida de ese infierno en el que se habían visto envueltos. Raven desenvainó su *claymore* y se preparó para atacar a cualquiera que osara tocar a su amigo, todavía aturdido y en el suelo.

—¡Levanta, Guillermo! ¡No sé cuánto tiempo voy a poder controlar la situación! —lo apremió desesperado mientras con su espalda trataba de alzar al animal que apresaba la pierna de su amigo bajo su pesado lomo.

—En ello estoy —jadeaba por el esfuerzo este.

Raven dio un último empujón con todas sus fuerzas y el animal se elevó lo suficiente para que Guillermo pudiera liberarse.

—Vamos, hermano, espalda contra espalda —le pidió a su amigo.

Este se apoyó en la amplia espalda de Raven e hizo un esfuerzo sobrehumano para ignorar la punzada que le atravesaba la pierna desde el tobillo a la ingle.

—¿Estás bien o voy a tener que divertirme yo solo?

—No vas a acaparar toda la diversión para ti, claro que estoy bien; somos guerreros —mintió con la voz traspasada por el intenso sufrimiento.

—Mientes muy mal, amigo —jadeó Raven, que blandía su espada tratando de vencer a un enemigo.

Guillermo sonrió, no se achantó a pesar del malestar y continuó luchando apoyado en su compañero, mientras el sentimiento punzante le atravesaba todo el cuerpo.

Cada vez eran menos, Raven estaba seguro de que no habría ganadores, solo pérdidas. Oyó a su amigo gritar, se giró y lo vio en el suelo; el enemigo iba a acabar con su vida. Usó su propio cuerpo como escudo, dejando a Guillermo tras él. Raven sabía que no era rival para él, que tenía la batalla ganada, y cuando iba a dar la estocada mortal, el adversario sacó por sorpresa y con un movimiento ágil una pequeña daga que le clavó en el ojo izquierdo sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Raven aulló mientras penetraba con la gran espada el cuerpo de su atacante. Clavó profundo su arma en el cascarón ya vacío que era el cuerpo del otro hombre. La daga le había penetrado muy adentro, sabía que había perdido ese ojo para siempre. Su cuerpo tembló y se desvaneció un instante cayendo al suelo sobre las rodillas, desconcertado.

El arma, su única protección, cayó con él.

No sintió el golpe de la espada que cortaba la carne firme de su espalda y que, de seguro, había astillado algún hueso. No le importaban los rugidos de Guillermo al protegerlo, tratando de quitarle de encima al que quería arrancarle la vida.

Nada le importaba; solo pensaba con amargura que ya nunca podría tenerla, que quedaría tullido de por vida y ella no lo vería de igual manera. No se molestó ni en sacarse la daga del ojo; tan solo esperó que el destino decidiera si debía morir o no.

Capítulo I

Jaén, castillo de Castro, 1491

Guillermo no dejaba de pasear por toda la estancia buscando algo que hacer para matar el tiempo de espera, que se hacía eterno.

Trataba de no parecer nervioso, no podía estarlo; era el dueño y señor del castillo de Castro. La gran construcción, ubicada en una zona estratégica, era la frontera entre los reinos cristianos y Granada, tomada por Boabdil.

Al ser incapaz de hallar cualquier cosa con la que entretenerse, cogió a su hermana del brazo y la llevó de un lado al otro del salón hablando de mil cosas y ninguna a la vez, algo que la desconcertó. La que tenía que estar nerviosa era ella. Hacía tanto que no lo había visto ni había tenido noticias de él... mucho más que el que había pasado para su hermano.

Las manos le sudaban a causa de ese desasosiego que trataba de ignorar pero que se lo ponía cada vez más difícil con sus susurros insistentes. Tenía miedo, había escuchado cientos de veces la historia de cómo Raven había salvado la vida a su hermano sin importarle perder la suya, y ese día que parecía que no iba a tener fin la había escuchado otras tantas; sin embargo, en esta ocasión no le prestó atención y se perdió en sus recuerdos.

Manténía consigo misma un debate acalorado entre la razón y el corazón, y no se ponían de acuerdo ni era posible hallar un claro vencedor. A pesar de las reiteradas advertencias de Guillermo, su corazón se negaba a creer que Raven hubiese cambiado tanto. Por otro lado, su razón justificaba que tenía sentido, pues la dura y larga guerra de seguro le había pasado factura, igual que a Guillermo. Raven no sería el mismo chiquillo con voluntad de hierro, tímido y desgarbado que era cuando llegó aquel lejano y maravilloso año al castillo para entrenarse junto a su hermano, mano a mano, bajo las órdenes de su difunto padre.

Ahora, demasiados años después, Raven regresaba para unirse a la causa de Guillermo. Se habían convertido en los herederos y encargados de vigilar la frontera entre el Reino de Granada, el último dominio musulmán que perduraba, y el Reino de Castilla.

La tarea era ardua, sin duda ambos bandos luchaban con uñas y dientes

tratando de arañar territorio para su propia causa. Sus padres habían perdido la vida tratando de defender el reino de Castilla y Aragón, su gente, su tierra.

Al principio, Silvia no lograba entender por qué era tan importante, ahora creía que lo comprendía un poco mejor, pero solo un poco. No le agradaba la idea de que su hermano, que era lo único que le quedaba, partiese de nuevo en una misión suicida de la que ellos estaban seguros de salir ilesos y victoriosos, a pesar de que ella no lo estaba tanto.

Se le formó en la garganta un nudo que no la dejaba respirar, aunque tragó con fuerza para hacerlo bajar hasta el estómago, algo que solo conseguía empeorarlo.

—¡Ya vienen, señor! —los interrumpió una voz a lo lejos; era un chiquillo, un paje.

—¡Vamos! —exclamó Guillermo mientras la agarraba de la muñeca y la llevaba a rastras de nuevo, ya había perdido la cuenta de las veces que lo había hecho en ese día, para hacerla subir a la torre más alta de la fortaleza, desde donde obtendrían una vista de todo lo que los rodeaba.

Las escaleras se rizaban perezosas y sinuosas bajo sus pies y notó un leve mareo. Debía de ser la tensión por la espera y el poco apetito que había sentido, que le había impedido alimentarse con normalidad los últimos días, y sobre todo era porque iba a volver a verlo; a él, a su Cuervo.

Desde su posición privilegiada, observaban la nube de polvo que a lo lejos anunciaba la llegada del clan de los Cuervos Oscuros, el clan que lideraba Raven, su laird. Guillermo no había querido explicarle el porqué, tan solo le repetía una y otra vez que ya no era el mismo.

—No deseo, hermana, que sufras. Has de dejar de creer que tienes alguna posibilidad de que lo que os unió cuando apenas erais unos chiquillos haya sobrevivido. Mi consejo, querida hermana, es que dejes que me encargue de encontrar un marido adecuado para ti —susurró mientras acariciaba los brazos de la joven tratando de infundirle ánimo.

«Como si eso fuera posible. Como si pudiese ser que otro, en este mundo o en otro, fuese capaz de hacer que mi cuerpo reaccionase como cuando estoy junto a él; como si fuese a suceder que mi boca consintiese que otros labios que no sean los suyos la besaran o que fuese otra voz en vez de la suya la que pudiese erizar el vello de mi cuerpo con solo pronunciar mi

nombre...», pensaba mientras escuchaba a su hermano.

Cerró los ojos mientras Guillermo apresaba su pequeña mano entre las suyas, enormes y curtidas.

—No deseo a otro hombre, hermano; nos amamos.

—Sé que todavía lo amas, pero él a ti no; de ser así, habría vuelto conmigo hace seis años a reclamarte.

Silvia supo que su hermano tenía razón, pero en el fondo de su corazón guardaba la esperanza de volver a despertar en Raven los sentimientos de antaño. No pudo evitar que las imágenes acudiesen a su mente en tropel. Sin pedir permiso, se instalaban en ella agarrándose a sus párpados, obligándola a recordar aquello contra lo que luchaba, los recuerdos que atesoraba encerrados en un cofre secreto creado solo para ellos dentro de su mente, ese que solo abría cuando estaba a solas, para que nadie viese que el dolor por su ausencia era tan intenso que no la dejaba respirar.

Entonces, solo entonces, se permitía recordar sus momentos juntos y dejaba que las lágrimas saliesen, liberando un poco la presión de su pecho, hasta que conseguía de nuevo recuperar el aliento.

En aquel momento, sin ser consciente de ello, dirigía la mirada hacia el patio de armas, recordando la primera vez que lo vio. Acababa de cumplir los trece años y Raven rondaría los dieciséis, la misma edad de Guillermo.

Recordó su aspecto desaliñado, sus extremidades larguiruchas y sin apenas músculos. Practicaba junto a su hermano y su padre, con los demás soldados. A pesar de no ser muy corpulento, era muy alto; igualaba en altura a los hombres que batallaban junto a su padre y, en la lucha, demostraba una destreza innata en el manejo de la espada.

Ningún hombre consiguió hacer que se rindiese, nadie pudo hacerlo caer de rodillas. Era orgulloso, seguro de sí mismo, presuntuoso y muy testarudo, pero, sobre todo, era honrado. Los primeros días se miraban con recelo. A ella no le agradaba él en absoluto, y a él, ella tampoco.

Si se cruzaban por los pasillos del castillo, trataba de simular que miraba algo absorta, aunque fuese una musaraña de la pared, para así evitar tener que dirigirle la palabra.

A Raven, no parecía importarle; no le prestaba atención, apenas hablaba con nadie excepto con Guillermo.

Una mañana, mientras se ejercitaban con las armas, Fernando, uno de los instructores, se enfadó por el comportamiento soberbio del chico de las Highlands y lo golpeó a traición en el rostro con tal fuerza que hizo que su nariz sangrara en abundancia.

El padre de Silvia le ordenó que fuese hacia las dependencias donde se encontraba la cocina y buscara a Marisa, el ama de llaves, para que pudiera aplicarle algún remedio que detuviera el flujo espeso de sangre.

Raven se negó, como era de esperar, pero el padre de Silvia era más terco incluso que el chico y no se dejó amilanar por la frialdad y tranquilidad de la que hacía gala el muchacho para su corta edad y que dejaba fuera de juego al que intentaba enfrentarse a él.

Raven conocía bien al padre de Guillermo y, a pesar de su testarudez, era un joven inteligente que sabía cuándo era hora de retirarse.

Silvia corrió al ver tal cantidad de sangre, escandalizada y a la vez aterrada, pensando que quizá ese joven extraño de pelo oscuro y ojos verdes como la hierba en primavera muriese desangrado.

Curioseó en silencio mientras le sanaban la herida, un feo golpe que había dejado su nariz torcida hacia la derecha. Su padre se reunió con el chico para ver el alcance del golpe. Al comprobar que Fernando le había roto la nariz, la tomó entre los dedos y, sin dudarle, la colocó de nuevo en su sitio sin aparente esfuerzo.

Ella, en un acto impulsivo de protección, cerró los ojos y agarró su larga túnica con fuerza entre las manos, para mitigar el dolor que sabía que sentiría, esperando un aullido desgarrador que no llegó.

Miró al chico. Su padre, Rodrigo, había regresado a sus quehaceres y Marisa había ido a buscar algún ungüento para evitar la inflamación, que aparecería con seguridad. Lo observó sentado en el taburete ajado de madera, demasiado pequeño y bajo para su envergadura. Observó sus ojos un instante; un momento bastó para que dejase entrever en ellos el profundo pesar y la soledad que sentía.

Nunca había caído en la cuenta de que estaba solo en una tierra diferente, donde todos vestían y se comportaban de forma distinta y cuyas palabras a sus oídos sonaban extrañas. Un mundo al que su padre lo había exiliado para mantenerlo a salvo, el mundo al que alguna vez perteneció su

madre, pero un mundo ajeno a él.

En ese momento fue cuando pensó por primera vez que Raven era muy valiente e incluso apuesto. De repente, sus ojos parecieron abrirse para contemplar al verdadero joven que se ocultaba bajo su disfraz de indiferencia. Posó los ojos en los suyos y, a pesar de que deseaba con todas sus fuerzas apartar la mirada, porque era lo correcto, no pudo.

Un potente imán en sus ojos verde mar la mantenía enganchada a su brillo. Le transmitía sin palabras lo solo que estaba, y ella sentía que no podía hacer nada para aliviar su sufrimiento, salvo, tal vez...

Sin pensarlo, acercó los dedos atrevidos al rostro dolorido del muchacho y acarició despacio las marcas provocadas por los duros y largos entrenamientos a los que su padre los sometía. Siempre utilizaba la excusa de que tenían que estar curtidos, de que emular un campo de batalla con total legitimidad era lo mejor para que supiesen a qué se enfrentarían y, sobre todo, hacía hincapié en que si no se guardaban las espaldas, los enemigos acabarían con su vida antes de empezar la lucha.

Raven se alejó suavemente, como si el roce de sus dedos quemase su piel bronceada por el sol, pero Silvia insistió en su caricia. Sus ojos eran hermosos, grandes, limpios, rasgados; su melena, demasiado larga para los cánones masculinos, pero le sentaba bien.

—¿Por qué llevas el pelo tan largo? —preguntó olvidando la cortesía.

Su expresión se volvió ruda; después, curiosa, y al final, más calmado, contestó:

—Es el símbolo de mi clan. Los Cuervos no se cortan el penacho.

—¿Nunca?

—Nunca. Solo...

—¿Solo...? —inquirió curiosa y fascinada mientras pasaba los dedos por los largos mechones oscuros.

—Solo cuando nos rendimos.

—Entiendo —susurró pensativa—. ¿Y eso cuándo sucede?

—Jamás —fue su respuesta tajante.

—Me agrada tu cabello, es bonito. —Y enredó los dedos entre los cabellos oscuros.

—A mí me gustas tú, Silvia —confesó de repente, capturando un beso

casto de sus labios en los suyos.

Fue un aleteo de mariposa, un susurro de viento, un pequeño rayo de sol... Fue un beso tierno, suave, fugaz y furtivo.

Escuchó que se acercaba Marisa, con su particular caminar sin levantar los pies del suelo y dejando que sus zapatillas susurrasen su llegada, y con celeridad se alejó de él, provocando que, de nuevo, un abismo se abriese entre sus pies.

Cuando Marisa apareció con la intención de curar su herida, Silvia se dio la vuelta y agarró su pecho por si su corazón, que latía desbocado, trataba de salir huyendo, y se escabulló hasta su habitación, donde se encerró para poder saborear, otra vez, el aliento cálido de su boca, que permanecía impreso en sus labios.

Abrió la ventana de su alcoba para permitir que el sol calentase las frías paredes y contempló como el chico que la había besado por primera vez se dirigía al entrenamiento.

Por un segundo, alzó los ojos claros hacia la ventana y sus miradas se cruzaron. Con los dedos acarició sus propios labios y con la mano se sostuvo el estómago, revuelto por la emoción intensa e inesperada que su cuerpo acababa de experimentar, dejándolo al borde del colapso por un simple roce de labios.

Raven sonrió y continuó su paso seguro hacia la zona de entrenamiento. Verlo alejarse con ese porte tan masculino a pesar de su corta edad y el reciente calor que todavía ardía en sus labios hizo que se sintiera desfallecer. Obligó a su cuerpo tembloroso a posarse sobre la cama, dejando que su rostro, su boca y su beso se grabasen en su mente con la fuerza de un carbón ardiente.

Capítulo II

El clan de los Cuervos Oscuros galopaba sin descanso. El grupo, compuesto por ocho jinetes, parecía formar un solo cuervo oscuro y peligroso. Raven no había podido ignorar la llamada de auxilio de su amigo, aunque de haberle sido posible, habría evitado a toda costa regresar. No podía fallarle a su hermano, que tanto le había dado, pero, a la vez, temía encontrarse con ella. El dolor se llevaba mejor cuando la fuente estaba lejos.

De repente, se vio envuelto en las brumas del pasado, ese mismo contra el que había luchado en tantas ocasiones para hacerlo desaparecer sin éxito. Cada metro que recorrían lo acercaba más al que fue su hogar, y un recuerdo, ya lejano, apareció con la fuerza suficiente para arrastrarlo dentro de él.

El sol se ocultaba tras la montaña, otorgándole al paisaje tonos rojizos que contrastaban con el verde brillante de la vegetación primaveral. Las plantas de tomillo, romero y albahaca que abundaban en la zona aromatizaban el ambiente. Raven esperaba a Silvia. Le había mandado, como ya era costumbre entre ellos, un mensaje escrito en un pequeño trozo de papel que había introducido por la rendija de la puerta de su alcoba.

Sentía el corazón palpar acelerado, como siempre que la esperaba, cuando su hermoso rostro se apareció ante él. Los latidos comenzaron a aumentar su velocidad y se aceleraron a la vez que su respiración, llenando su cuerpo de un sentimiento profundo e intenso.

Raven estaba locamente enamorado de ella, y Silvia, tan inocente, que vagaba entre la niñez y la madurez, no se percataba de cuánto, en realidad, significaba para él.

Esa tarde sería triste, pues tenía que darle noticias que no le agradaban, pero que debía cumplir sin oposición posible.

—Raven. —La oyó llamarlo con su hermosa y suave voz, similar al trino de las aves.

—Te esperaba, Silvia —dijo con la voz contenida.

—¿Qué sucede? Guillermo no ha querido hablar conmigo hoy, está nervioso.

—Guillermo siempre está nervioso, no parece un guerrero.

El comentario hizo que en el rostro de Silvia se dibujase una sonrisa; era cierto, la responsabilidad había hecho de su hermano un hombre inquieto.

—Sí, pero hoy más que de costumbre, y lo que más me aterra es que tú también lo estás.

—¿Yo? ¿Cómo lo sabes?

—No dejas de morderte el lado interno de la boca.

—Se me olvida siempre que me conoces mejor que nadie.

—Eso es porque soy parte de ti. —Sonrió de forma dulce e inocente; eso la hacía más sensual si cabía.

—Así es, la parte que me completa —musitó.

Sus labios se acercaron a los de Raven, excitados y nerviosos, como lo son los besos que se le regalan a escondidas al primer amor, ese que llega de forma inesperada y lo arrasa todo a su paso, dejando para los siguientes, con suerte, un valle desolado.

Agradeció el contacto suave de sus labios llenos y apreció el calor que emergía de lo más profundo de su alma y que solo ella despertaba en él. Tan solo necesitaba un suave roce de sus labios, no más intenso que el aleteo de una mariposa, para lograr que se rindiese a ella.

El beso acabó tan despacio como había comenzado, y ver su rostro coloreado por un leve sonrojo lo hizo el hombre más feliz del mundo; había tenido la suerte de hallar a su compañera tan pronto que iba a tener todo el tiempo que le restaba para disfrutar de ella durante los largos y felices años venideros.

Y ahora debía dejarla. No sería por mucho tiempo, pero la separación, a pesar de que tenía la certeza de que sería corta, le arañaba el alma.

—Silvia... —murmuró.

—Dime, Raven.

Este no pudo contener un suspiro, ¿por qué demonios su nombre sonaba tan bien en sus labios? Con ese acento que al principio le resultó desagradable porque le recordaba demasiado a su madre, pero que ahora lo hipnotizaba con la cadencia de su tono.

—Partimos mañana —dijo con brusquedad.

—¿Adónde?

—A las cruzadas.

—¿Las cruzadas? No, no puede ser, he oído... que ya han acabado.

—Todavía hay campañas militares para tratar de salvar a la humanidad y devolver a los infieles al buen camino —la interrumpió—. Tu padre nos ha aconsejado que nos unamos a ellas, así podremos curtirnos para las batallas que tendremos que librar en el futuro.

—Pero si no hay necesidad, ¿por qué entonces...? —preguntó confundida.

—Serán solo unos meses; volveré.

—Siempre hay muertes en las batallas.

—Regresaré, lo prometo.

—No puedes prometer eso —musitó desesperada.

—Soy un Cuervo, ¿recuerdas? Puedo.

Ella dejó que el silencio los envolviera por un instante. El aire movió el bajo de su túnica y Raven no pudo evitar dirigir la vista hacia el movimiento. Era hermosa de una forma que ella misma desconocía. Aunque no deseaba dejarla, debía hacerlo. Por ambos. Tenía que convertirse en un esposo capaz de defenderla, en un líder para su clan y en un hombre ante los ojos de su mentor, el padre de Silvia.

—Eres un arrogante jovencuelo, no puedes prometer que vayas a salir con vida de ese infierno en el que pretendes entrar —le espetó.

—De todas formas, voy a marcharme y quería arrancar de tus labios una promesa, amor mío —murmuró para calmarla.

—¿Qué promesa? —preguntó apenas sin aliento.

—La de que me esperarás, que no serás de otro, solo mía.

—No es necesario, sabes que te pertenezco igual que tú me perteneces a mí. Por siempre.

—Prometo regresar, honrarte con mis victorias, amarte solo a ti, la única para mí, y desposarte cuando volvamos a encontrarnos. Abre las manos, Silvia.

Ella obedeció con los ojos llenos de lágrimas y a punto de desbordarse, como el corazón de Raven lo haría si ella le pedía que se quedase... Pero no lo haría, la conocía demasiado bien. Entre las manos de la joven, que

temblaban sin cesar, colocó su colgante, la figura en metal de un cuervo entre cuyas patas portaba un ónix negro, el símbolo de su clan.

—Oculto en esta piedra se encuentra mi alma; ahí la escondo para que nadie se haga con ella ni sufra algún daño. Ahora, yo, Raven el Cuervo, futuro laird del clan MacCormac, te la entrego a ti de forma voluntaria, convirtiéndote en la dueña y señora de mi alma para siempre.

Silvia lo escuchaba con el corazón encogido por el sentimiento tan grande que la llenaba. Raven cogió sus manos y las cerró sobre la piedra, entregándole la única cosa que tenía de valor como prueba de su amor hacia ella. Sus ojos, agrandados por la sorpresa de lo que acababa de suceder, resplandecían más dorados e inocentes que nunca, y eso ablandó el corazón de Raven, que a punto estuvo de renunciar a todo por ella.

—No tengo nada para darte a cambio —susurró emocionada.

—Ya lo has hecho, me has regalado la promesa de que me esperarás. No necesito más que ese juramento al que me aferraré hasta que volvamos a vernos.

—Raven MacCormac, garantízame que regresarás sano y salvo a buscarme.

—Te doy mi palabra. Regresaré sano y salvo, por ti.

—Cuida de mi hermano.

—Lo haré, es mi hermano también.

Silvia eliminó los escasos centímetros que los separaban, se alzó sobre los pies y le regaló un último beso, intenso y abrasador, que quedaría grabado en su alma como a fuego lento. Cuando hubo desaparecido de su vista, dejó que sus ojos se humedecieran, sin llegar a soltar una sola lágrima. No debía dejar que las emociones tomaran el control de su cuerpo, pero iba a estar apartado durante mucho tiempo del gran amor de su vida, la que lograba que se alterase el, hasta ese momento, constante latido de su corazón.

Raven recordó esos momentos que había tratado de enterrar profundos y por un momento sintió algo que no estaba dispuesto a reconocer: ya no era aquel joven. Se dirigían al galope hacia las tierras de su viejo amigo Guillermo, esas mismas que le habían servido de refugio y hogar hacía años.

Era consciente de que tendría que verla, sería toda una mujer y él... se había comportado como un perro rastrero. Le había mentido. Había roto su promesa de volver. Había traicionado su confianza y había renunciado a ella sin pelear.

Sabía por Guillermo, que no había dejado de recordárselo, que le había roto el corazón, pero ¿qué destino le habría esperado al lado del ser grotesco en el que se había convertido? No solo por su rostro desfigurado o por la pérdida de su ojo, sino por todo el mal que llevaba dentro, tantos pecados y tan grandes que habían destruido la piedad, el amor y su propia alma, despojándolo de todo lo que no fuese oscuridad.

Pensó en su piedra; sentía curiosidad por si la había conservado. De ser así, tendría que pedirle que se la devolviera. Era una piedra vacía, su alma se había perdido entre las brumas que ocultaban su pasado.

—Laird —lo interrumpió uno de los suyos.

—¿Qué sucede, Ayla? —preguntó mirando a la mujer que se había convertido en uno de sus mejores guerreros.

—Ingleses —escupió la palabra.

—¿Qué demonios...?

Raven alzó el brazo y sus guerreros suavizaron el paso de sus monturas y se colocaron alrededor de su laird; su protección era lo más importante y no podían fiarse de esos malnacidos ingleses.

—¿Adónde crees que van?

—No lo sé, pero parece que su fin es el mismo que el nuestro. Van armados, son un batallón de arqueros.

—¿Serán los hombres de lord Dark?

—Puede ser, no me extrañaría que el rey de Guillermo le hubiera pedido ayuda a Enrique.

—Ahora mismo vamos a averiguarlo; algunos de sus jinetes vienen hacia aquí.

—¿Os habéis dado cuenta? Han enviado a ocho, los mismos que somos nosotros, como si con eso fuéramos a amilanarnos.

—La soberbia es uno de sus mayores defectos, pero no son rivales —constató.

Raven se adelantó saliendo de la muralla humana que sus hombres

habían creado para protegerlo con sus propios cuerpos, y estos se colocaron en formación.

—¿Qué hacéis tan lejos de vuestras tierras, salvajes? —escupió uno de ellos nada más llegar.

—Silencio, Spencer —lo acalló el que llevaba la voz cantante—. Disculpad a mi hombre.

—Estáis ante el laird Raven MacCormac —puntualizó Ty.

—El Cuervo Oscuro, su fama lo precede.

—Al igual que a vos, lord Dark.

—Gracias, siempre es un honor saber que el enemigo sabe de ti; eso significa que te tiene en cuenta.

—¿Qué buscáis en estas tierras? —quiso saber Raven.

—Acudimos a una llamada de auxilio, imagino que igual que vosotros, así que vamos a hacer cada uno lo que ha venido a hacer sin meterse en el camino del otro.

Raven no dijo nada, solo miraba al inglés con curiosidad. Era alto y fuerte, curtido en la batalla, pero no le llegaba en altura ni en fortaleza. Sus ojos no dejaban de observar; era inteligente, y eso, junto con su fuerza, hacía que fuera un rival a considerar.

La leyenda oscura que giraba en torno a él era difusa. Muchos contaban que su crueldad y su nombre nacieron el mismo día en que un escocés le arrebató la vida a su hermano mayor y, desde ese momento, los cazaba sin piedad.

Raven sabía que no había nada más peligroso que un hombre sin miedo a la muerte; eso los convertía en monstruos, conocía la sensación.

—¿Adónde os dirigís? —preguntó cortante.

—Al campamento—ciudad de Santa Fe.

—Bien, seguid vuestro camino; nosotros seguiremos el nuestro. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Raven les indicó a sus hombres que reanudaran la marcha y dejó al reducido grupo inglés con la palabra en la boca. No tenía ganas de malgastar sus fuerzas con ellos. No eran más que escoria.

—¿Señor?

—¿Sí, Spencer?

—Se merecen una lección, no tienen modales, solo son salvajes con ropas de mujeres.

—Todo a su debido tiempo, Spenc, todo a su debido tiempo —repitió con una sonrisa tan oscura como su nombre.

Capítulo III

Los gritos de un joven paje sacaron a Silvia de su ensoñación. Parpadeó para despejar su mente de los recuerdos del pasado y dirigió la vista hacia la fuente de la voz.

—¡Señor! ¡Señor, ya llegan! —les advirtió uno de los pajes.

—Los veo, están ahí. ¿Los ves, hermana? —preguntó, tratando de contener la preocupación que en realidad sentía por su hermana; no sabía cómo iba a sentirse después de ver en qué se había convertido aquel joven al que pensaba que seguía amando.

—Tan solo distingo una nube espesa de polvo, Guillermo —respondió algo mareada.

—Silvia —empezó con tono serio, posando las manos sobre sus hombros—, recuerda que Raven ahora es un hombre muy diferente a aquel chiquillo que una vez fue; no creas que queda nada del joven al que conociste —advirtió triste.

—Tú sigues pareciendo el mismo niño inquieto e impaciente que no sabe disimular —replicó. Se negaba a creer que Raven hubiese cambiado tanto que no fuese capaz de reconocerlo.

—Yo no he sufrido tanto. —Y su voz se tornó pesada mientras una sombra de tristeza empañaba sus ojos claros.

—Déjame decidir eso por mí misma —arguyó como agria respuesta.

—Sé que has estado aguardándolo todos estos años; aun así...

—Me lo has repetido hasta la saciedad y no deseo hablar de ese asunto en estos momentos. Date prisa, recibe a tu amigo —ordenó lastimada.

Antes de decir nada más, Guillermo había liberado la mano de su hermana de entre las suyas y, sin perder tiempo, acudía a reencontrarse con su amigo.

Silvia se asomaba a las almenas, apoyando el peso de su cuerpo sobre las palmas de las manos, que acariciaban la rigidez y dureza de las rocas que formaban las paredes amuralladas de la atalaya. Necesita acompañar su respiración, parecer normal; no deseaba que él se percatase de que había

estado esperándolo durante esos diez largos años, aunque fuese la triste realidad.

«¿Cuánto habré cambiado yo misma en diez años?».

Cuando se fue, apenas tenía quince años, su físico era todavía aniñado e insinuaba sus formas de mujer; ahora era una adulta enamorada del recuerdo de un joven del que no había tenido noticias, tan solo las que recibía de Guillermo, y el miedo a conocer la respuesta de cuánto habría cambiado Raven en ese tiempo le taladraba el alma, provocando que las alarmas de pánico saltasen, avisándola de que, tal vez, no sentiría por él lo mismo que antes y que era posible que no le gustase el peso que el transcurso de los años habría dejado en su cuerpo y su corazón.

Pensó con resignación y algo de miedo que si su hermano tenía razón, había estado esperando a un hombre que ya no existía y que se encontraría con otro diferente, pero se negaba a creer que hubiera cambiado tanto como para dejar de sentir lo que sentía por él.

Solo podría averiguarlo cuando lo mirase a los ojos, sus ojos verdes, que le recordaban los amaneceres que iluminaban los verdes campos, los días de primavera, el agua del río...

Respiró, se limpió con la larga túnica de color vainilla el sudor que le empapaba las manos y, con cautela, pues las piernas le temblaban igual que varas mecidas por el viento, bajó las escaleras para recibir a sus invitados en el patio de armas.

Debía dejar de estar asustada y comportarse como la señora de la casa, que era lo que, muy a su pesar, era.

La espesa nube de polvo que trajo consigo el grupo de hombres montados a caballo se desvaneció despacio.

Antes de que la nube desapareciera y les permitiera ver y respirar con normalidad, su hermano acudió a reunirse con su amigo de la infancia, aliado en la batalla y hermano en la vida. Su corazón repiqueteaba con estrépito. Cogió sus manos con fuerza, pues necesitaba aferrarse a algo material, algo que fuese real, y ellas eran lo único que en ese momento se lo parecía.

El resto de las funciones vitales de su cuerpo estaban descompasadas, improvisaban un ritmo nuevo y propio, se olvidaban de lo que debían hacer, así que no podía respirar ni hablar ni ver ni sentir... nada. Solo expectación,

miedo y un gran anhelo por volver a verlo.

Cada partícula de polvo que se disipaba encendía una nueva señal en su mente que lo rastreaba como un perro de caza a su presa. Guillermo se apartó con brusquedad de la montaña a la que se había agarrado y cuya figura pudo distinguir Silvia con mayor claridad ahora que la tierra se asentaba.

«No puede ser», pensó.

Ese no podía ser Raven. Todavía no podía verlo con toda la claridad que deseaba, pero era una montaña musculosa, alta y poderosa. Sus brazos, grandes y definidos; sus piernas, largas y fuertes, al descubierto; su espalda ancha, bronceada y cincelada con miles de músculos que no estaba acostumbrada a ver hicieron que un leve rubor colorease sus mejillas. De repente, un pájaro oscuro graznó con fuerza, se posó sobre el hombro de Raven y abrió las alas, mostrando su poder.

Silvia se quedó sin habla. Ese extraño se parecía al recuerdo que tenía de su amado, pero, a la vez, se le veía tan diferente... Como si fuese capaz de escuchar sus pensamientos, se volvió hacia sus hombres dejando que de nuevo ella se deleitase con esa espalda musculada y ancha y todos los demás músculos prietos que se dibujaban bajo la prenda que vestía.

Era extraño. Tenía un vago recuerdo de él, de niño, cuando llegó con su falda de cuadros, de la que todos los demás críos se burlaron durante días, hasta que su padre lo obligó a vestir como un chico *decente* mientras estuviese en su hogar.

Ahora, su *kilt* era diferente; sin ningún adorno aparte de unas hebillas plateadas y de un color negro feroz. Se fijó en su cabellera; ahora era mucho más larga y la llevaba atada atrás, con un nudo hecho con su propio cabello trenzado y muy largo.

«Eso podría dar lugar a burlas», pensó por un momento al recordar los años pasados, pero viendo el hombre magnífico y fuerte en el que se había convertido, supo con seguridad que nadie iba a arriesgarse a ofenderlo.

Raven gesticulaba con las manos y Silvia comprendió que estaba presentándole a sus hombres a su hermano. A sus hombres y... «¡No puede ser!». Dudó de lo que sus ojos le mostraban: al fondo del grupo de hombres rudos y fieras miradas, estaba ella.

Era una visión difícil de ignorar, aunque su mente, preocupada solo por

Raven, no la había percibido hasta ahora. Sobre la grupa de un magnífico alazán, robusto y de largas crines blancas, había una mujer de una belleza exuberante. Su larga melena era oscura como una noche privada de luna; sus ojos, incluso desde la distancia a la que se encontraba, refulgían como si dos trozos de cielo hubiesen ido a parar ellos; su boca era generosa; sus rasgos, afilados, y sus piernas, que llevaba descubiertas al igual que los hombres, eran perfectas, fuertes, firmes y doradas, como toda ella. Una diosa llegada desde el mismo infierno, porque tanta belleza solo podía ser obra del diablo que la había creado para provocar envidia en las mujeres y deseo en los hombres.

Las dudas de Silvia se vieron confirmadas cuando observó que los demás en el patio de armas, sobre todo los hombres, la miraban embelesados.

Su corazón seguía suspendido en el tiempo, igual que su aliento. Sentía que Raven era el mismo niño que la besó, pero desde luego que había cambiado. Ahora era un hombre. No quedaba en su cuerpo ni un rastro de la adolescencia, nada que la hiciera relacionarlo con aquel chico tímido que la besó furtivamente en la cocina después de que le colocaran la nariz en su sitio.

Los dos hombres rieron a la vez y se giraron hacia donde Silvia esperaba, impaciente y asustada, para darles la bienvenida a sus invitados. Por un momento, miró con fijeza al hombre y se detuvo en su rostro; algo había cambiado. Una cicatriz le cruzaba el rostro en la mitad izquierda. Un parche con el rostro de un cuervo con el pico abierto y las garras dispuestas a atacar tapaba uno de sus ojos, el izquierdo, por lo que dedujo que se trataba de la herida que lo dejó en mal estado por salvar a Guillermo. A pesar de los cambios, pudo comprobar que era él, con ese mismo ojo verdoso con motas color caramelo líquido.

Sus rasgos se habían vuelto más definidos, más duros. Él apartó la mirada de ella y su expresión se tornó sombría.

«¿Me habrá reconocido? ¿No le ha gustado mi aspecto? ¿Será cierto que me ha olvidado? Quizá».

Silvia no se había molestado en valorar ni esa ni otras opciones que eran factibles. Tal vez, él no había esperado volver a verla y había encontrado una mujer en su clan adecuada para él. Una mujer como la amazona atractiva que

los acompañaba.

Eso le partió el alma por la mitad, aunque debía permanecer cauta, fría y distante. Cabía la posibilidad de que Raven esperase verla desposada con otro hombre, o tal vez ni siquiera la esperase ahí, sino en su propio hogar; quizá ni siquiera hubiera sido capaz de reconocerla. ¿Estaría tan cambiada como él?

Las respuestas se aturullaban en su mente y colapsaban su boca, que era incapaz de decir nada. De repente, apreció el resquemor tras sus párpados como anuncio de una lluvia de lágrimas que no deseaba derramar, pero que en ese momento le parecía imposible frenar.

—¡Silvia! —la llamó su hermano—. ¿No vas a saludar al *pequeño* Raven? —Oyó la voz de Guillermo llamarla envuelta en risa.

—Sí, por supuesto, hermano —dijo con la voz tímida y más baja de lo que le habría gustado. No deseaba que pensarán que se dejaba achantar por la visión de esos gigantes, que parecían todos cortados por el mismo patrón. Igual de altos, fuertes y fieros; aunque Raven era la excepción, ninguno lo superaba en altura ni en fortaleza.

—Duquesa de Castro —saludó en tono formal Raven, inclinándose levemente la cabeza y ocultando su mirada a la suya.

—Laird Raven MacCormac, es un honor para mí recibirlos en mi casa de nuevo. Hacía ya mucho tiempo...

—No el suficiente —murmuró.

La tensión era tan espesa como la nube de polvo que habían formado con su escandalosa llegada. Silvia notó que sus ojos se llenaban de un líquido que no deseaba derramar y pudo escuchar que la herida de su corazón se hacía un poco más profunda.

—Discúlpalos, hermana, pero tenemos asuntos urgentes que tratar —intercedió Guillermo, que parecía haber notado la incomodidad existente.

Raven no la miró, bajó la cabeza para hacer una reverencia y se marchó junto a Guillermo sin decir nada más.

Sabía que sus palabras podían malinterpretarse, que con toda seguridad Silvia estaría pensando que significaban que no quería volver a verla, y no la culpaba, pues era lo que en realidad necesitaba que pensara. Sin embargo, su comentario tenía un significado muy distinto: su corazón, ese órgano bajo el pecho con el que se había acostumbrado a vivir sin latido, acababa de tronar

con fuerza al verla. No había pasado el tiempo suficiente para que la olvidase y tal vez eso nunca sucediera. Se dio la vuelta y huyó como un inglés cobarde, confuso por la intensidad de los sentimientos que todavía despertaba en su interior.

Sin mirar atrás.

Sin ninguna muestra de alegría por verla.

Sin apenas hablar.

Silvia estaba furiosa. Como nunca en su vida. Pero no estaba dispuesta a dejar que supiese que aún tenía el poder de herirla como la última vez cuando se marchó, haciendo caso omiso a sus súplicas, a batallar a las cruzadas dejándola destrozada.

Agarró su túnica con firmeza, tratando de encontrar la fuerza que de súbito la había abandonado, lo que provocó que sus piernas temblasen y que amenazaran con dejarla caer, y se dirigió hacia su habitación para calmarse antes de enfrentarse a todo lo que había ocurrido. Necesitaba relajarse y dejar que las lágrimas, que ya había contenido durante demasiado tiempo, aflorasen al fin libres y descargar la pesada carga que su pecho y su alma llevaban por un tiempo ya demasiado largo soportando en silencio.

Tras la puerta de su habitación y después de haber derramado una cantidad indecente de lágrimas, pensó con más claridad en lo sucedido. Primero, debía averiguar si él estaba desposado; quizá había dejado a una mujer en su tierra, incluso hijos, y si era así, se mantendría al margen, lo evitaría el tiempo que estuviese deambulando por el castillo para evitar posibles tentaciones.

Recordó su cuerpo, su hermoso y dorado cuerpo repleto de músculos y cómo su melena recogida lo hacía parecer más fiero y salvaje. Debía alejar de su mente la visión de su cuerpo, de sus piernas, de sus brazos... no podía permitirse suspirar ni soñar con algo que, tal vez, no iba a poder ser suyo nunca. No era bueno para su corazón, ya dañado, seguir creando ilusiones y posibilidades de un futuro que probablemente nunca existiría para ellos.

Recordó a la mujer. Era hermosa, con su aspecto salvaje y sus brazos y piernas al descubierto, sin pudor. Puede ser que fuese la compañera de Raven. Siendo sincera consigo misma mientras se miraba al espejo, su cuerpo

menudo era muy diferente al de la llamativa mujer. Tenía algunas curvas suaves, pero no podían compararse a las de ella, tan sinuosas.

Su larga melena dorada, que se ondulaba al final, se había ganado muchos elogios, pero el color oscuro de la cabellera de la extraña, junto con esos ojos tan azules, como un lago en calma, era impactante.

Suspiró al ver su pobre reflejo en el espejo; parecía más una doncella que la señora de la casa, pero no podía hacer más. Se arregló lo mejor que pudo, tratando de disimular su rostro enrojecido por las lágrimas, y se dispuso a bajar hacia las cocinas; necesitaba hacer algo, distraer su mente de Raven y saber que todo estaría preparado para la noche.

Guillermo había ordenado que se organizara una gran fiesta en honor de sus invitados y la noticia se extendió como la pólvora entre la nobleza, ansiosa de conocer a esos invencibles guerreros extranjeros que peleaban con la fuerza de diez hombres y utilizaban faldas con menos tela que las de sus propias esposas. El resultado iba a ser una gran fiesta con multitud de invitados llegados desde todos los rincones del reino.

Cuando hubo terminado de supervisar todos los preparativos y acabó de darles las órdenes pertinentes a Marisa y al resto del servicio, decidió que era mejor regresar a su habitación y no salir de allí hasta la hora de la cena. Deseaba evitar por todos los medios un encuentro con Raven. No estaba segura de cómo iba a reaccionar y eso la asustaba.

Desde luego, su reencuentro había sido muy diferente a todos y cada uno de los que había imaginado a lo largo de los años. Ni una sola vez pensó en ese saludo tan formal y frío como si fuesen tan solo dos extraños y no una pareja que se amó tanto.

Se acercó hasta el joyero que reposaba sobre la mesilla y sacó el colgante que le regaló hacía ya muchas noches y en el que le había entregado su alma para que la velase durante la batalla.

—Creo que la piedra está vacía, ¿se habrá olvidado de que me la prometió con el paso del tiempo? —Suspiró con fuerza para tragar el llanto que llamaba de nuevo a sus ojos y se recompuso de momento.

No iba a llorar. Tenía que ser fuerte y lograr que Raven le explicara qué sucedía con ellos. Con ella.

Salió de su habitación, pues la espera se hacía eterna y no era capaz de

alejarse la mente del doloroso pasado, y caminó por los largos pasillos hasta que llegó a las cocinas, situadas en la parte baja y trasera de la gran fortaleza. Al abrir la pesada puerta de la cocina, se topó por sorpresa contra una muralla de músculos. Todos los hombres de Raven habían acudido en tropel a la estancia buscando, sin duda, algo con lo que llenar sus enormes cuerpos.

Silvia cayó en la cuenta de que había sido una anfitriona muy descortés y que no les había ofrecido nada a los invitados.

—¿Está bien, señora? —preguntó uno de ellos, con los ojos de un azul profundo como nunca había visto y una cabellera tan rubia que parecía estar hecha de diminutos rayos de sol.

—Sí, gracias. No ha sido nada. ¿Qué desean los señores? —preguntó sin hacer caso al dolor que latía en su pecho a causa del encontronazo contra la muralla humana.

—Tenemos hambre, señora —contestó otro al que no pudo divisar, pero cuya voz sonó fuerte y clara.

Se sorprendió al comprobar que hablaban castellano, quizá Raven les había enseñado.

—Por supuesto, caballeros. Disculpen mi comportamiento poco acertado al no reparar en que tan largo viaje los habría dejado agotados y hambrientos.

—No se preocupe, señora, no estamos acostumbrados a las atenciones —contestó de nuevo el chico de los ojos azul profundo. Pensó que era un hombre apuesto y estaba segura de que algunas de sus doncellas estaría en esos momentos suspirando por todos estos hombres tan diferentes a los suyos, con su aspecto peligroso, su melena larga, su *kilt* y su torso desnudo.

—Por favor, tomen asiento. La cocinera les servirá un refrigerio antes de la cena. De nuevo, les ruego disculpen mi error.

—Señora, no tiene la menor importancia. Mi nombre es Cam, a sus pies —susurró mientras se inclinaba ante ella.

Esa muestra de cortesía la sorprendió y a la vez la enfureció; estaba claro que a pesar del aspecto rudo de los hombres, tenían agradables modales. ¿Por qué Raven se había mostrado tan cauto y distante?

Sus hombres, pese a su tamaño, se movían con una agilidad pasmosa y en perfecta sincronía.

Todos esperaron tras ella y pudo observar, o esa fue la impresión que se

llevó, que se cruzaban de brazos cada vez que se detenía, como para protegerla de algún peligro que fuera incapaz de ver.

Desde luego, lo revueltas que las cosas estaban a causa de la lucha por el reino de Granada eran para temer que algo malo pudiera suceder, pero dentro de las murallas estaban a salvo y todos los empleados gozaban de total y plena confianza por su parte.

—¿Qué tal tu hijo, Marisa? —le preguntó a su cocinera, que miraba de reojo y sorprendida por el regimiento de soldados que esperaban por algo para llenar sus estómagos y calentar sus gaznates.

—Bien, mi señora, gracias por su interés. Está mejor de las fiebres, el doctor que lo ha visitado dice que al parecer va a salir de esta ileso.

—Es un hombre fuerte, me alegro de que esté mejor. —Silvia le sonrió a la madura mujer que conocía desde siempre; lo había pasado mal con la extraña enfermedad que aquejaba a su único hijo y la aliviaba que la gran cantidad de dinero que habían costado las medicinas y las visitas del doctor hubiesen surtido efecto.

—Gracias por hacerse cargo del pago, mi señora.

—No se merecen, Marisa; lo hice con mucho gusto.

—¿En qué puedo ayudar a los señores? —preguntó cambiando de tema.

—Marisa, con el revuelo que ha causado su llegada, he olvidado ofrecerles algo con que calmar sus estómagos, hambrientos después de tan largo viaje.

—Ahora mismo, señora, prepararé algo para ellos.

Dispuesta a marcharse hacia sus aposentos y así arreglarse para la cena antes de toparse de bruces con Raven, pues en ese momento no estaba segura de sus sentimientos, que se movían entre la alegría, la tristeza y la furia que su comportamiento le habían causado, decidió quedarse con sus hombres y tratar de averiguar algo sobre el que le quitaba el sueño. No le había pasado por alto que los únicos que faltaban a la mesa eran él y la mujer que los acompañaba, además de su propio hermano.

—Marisa, sirve algo de fruta para mí, voy a acompañar a los invitados.

—¿Aquí, mi señora? ¿En las cocinas?

Marisa miraba a su señora con incredulidad; no podía creer que deseara la compañía de esos hombres... casi desnudos.

—Sí, no te preocupes. Estamos bien aquí, ¿verdad, caballeros?

Los hombres no pronunciaron palabra; sin embargo, de nuevo en perfecta sincronía, se sentaron en los taburetes, que eran demasiado pequeños para esos cuerpos enormes, y asintieron con un leve gesto de la cabeza.

—Y bien —comenzó—, ¿habéis dejado familia en vuestras tierras? —preguntó de forma indiferente y en general, para no dar una clara idea de cuáles eran sus intenciones.

—¿Qué pregunta es esa, hermanita? Me parece que es una muy descarada —la riñó su hermano, que había entrado acompañado de Raven y de la exótica mujer.

—Tienes razón, Guillermo, lo siento. No debería ser tan curiosa —murmuró avergonzada cual niña sorprendida en plena travesura.

Silvia iba a justificar su comportamiento cuando uno de los jóvenes soldados de su hermano entró alterado a la cocina.

—Mi señor, tenemos visita.

—¿Visita? —se extrañó y miró a su amigo, que se encogió de hombros.

—Nosotros no esperamos a nadie —afirmó el laird.

—Son soldados ingleses —aclaró el joven, sin aliento—. ¡Todo un ejército!

—Lord Dark —masculló entre dientes Raven, apretando con fuerza las manos en dos feroces puños.

Silvia escuchaba en silencio, tratando de averiguar qué era lo que hacía un ejército extranjero en su casa. Marisa se había alejado hasta los fogones, donde estaba pendiente de algo que se cocía a fuego lento en la marmita.

Uno de los hombres de Raven habló en su propio idioma, gutural y, después de tanto tiempo sin oírlo, extraño a sus oídos. Aunque conocía algunos sonidos y la cadencia que ese idioma les daba a las palabras, las dotaban de algo mágico que la atraía. Le recordaban a Raven susurrándole en su lengua materna. Su corazón se encogió un poco y no pudo evitar desviar la mirada a la de Raven, cuyo verde parecía haber perdido intensidad.

Observó al hombre que las había pronunciado, el único con el cabello tan oscuro como el de la mujer y con una mirada cargada de ferocidad. Su rostro, sus brazos y todas las partes que alcanzaba a ver estaban marcados por cicatrices, y en los brazos, además, mostraba unos extraños símbolos

dibujados.

El hombre habló de nuevo y los demás lo miraron con el odio bailando en los ojos. Silvia se preguntaba qué era lo que estaba sucediendo cuando vio a su hermano asir su empuñadura. Antes de que pudiera siquiera gritar o asustarse, el puño de Raven estaba clavado en el rostro del hombre.

Al ver que Raven había sido capaz de lanzar al hombre, de gran tamaño, al otro lado de la habitación sin apenas esfuerzo aparente, el corazón se le hizo un nudo y comprendió, de repente, el gran cambio de ese chiquillo impertinente y orgulloso.

Ahora lo era aún más.

La furia, el miedo y el dolor que le había ocasionado con su frío reencuentro nublaron el amor que sentía por él y se apoderaron de su rostro, tiñéndolo de un rojo oscuro, y de su lengua, que olvidó sus buenos modales.

—¿Cómo osáis, Raven MacCormac, atacar a otro hombre en mi propia casa? ¡A uno de mis invitados! ¡A uno de *tus* hombres! Por el amor del Dios por el que lucháis desde hace demasiados años, ¿es que acaso habéis perdido la cordura?! —gritó olvidando que no estaban solos, pues había perdido los estribos.

Raven iba a hablar; sin embargo, calló, se dio media vuelta y se marchó por donde había llegado. Todos sus hombres lo siguieron sin recibir ninguna orden. Incluso el derribado en el suelo, que se levantó frotándose la mandíbula inflamada y cabizbajo.

Antes de salir, le dijo de nuevo algo a su hermano. Guillermo asintió y se relajó para desaparecer tras ellos, sin decir nada más. Las dejaron en la cocina, sin ninguna explicación, a Marisa y a ella, y el desorden de sillas y platos sin terminar.

—¡Jesús! —exclamó Marisa cuando se quedaron solas—. ¿Está bien, señora?

—Eso creo —suspiró temblorosa—. ¿Qué habrá pasado?

—No lo sé, señora, pero creo que hablaban su propia lengua. Algunos de nuestros soldados comentaban esta mañana que entre ellos hablan gaélico.

—Así es, Guillermo también lo habla, ¿qué habrá sucedido que no hemos sido capaces de entender...?

—No sabría decirle, señora. —Fue la escueta contestación de Marisa.

Silvia se quedó en silencio, pensando en lo que había sucedido. El fuego crepitó y pudo oír que el tronco se partía, igual que su corazón. Abrumada por todo lo que acababa de suceder en apenas unas horas, decidió que lo mejor sería retirarse a descansar y poner en orden el torbellino que su mente era en esos instantes.

—Me retiro a mis aposentos. Busca a Lina y hazla subir para que me ayude a prepararme para la fiesta.

—Sí, señora.

—Otra cosa, Marisa: ordénales a algunas de las doncellas que se aseguren de que todo está listo en las habitaciones para los hombres del laird MacCormac.

—Su hermano ha dejado instrucciones al respecto; van a dormir en el patio de armas.

—No puede ser... ¿incluso la mujer?

—Todos. Sin excepción.

—Está bien, si Guillermo ha dispuesto que así sea —murmuró agotada—, obedeced.

Sin esperar a ver si Marisa tenía que objetar algo o no, salió de las cocinas a toda prisa. Por fin podría ir a su habitación para estar tranquila y alejada de todo el jaleo que formaban esa bandada de cuervos por donde pasaban.

Pero estaba equivocada. Cuando salió de la cocina y se dirigía hacia su dormitorio, que se encontraba en la planta superior, oyó el alboroto fuera y, aunque deseaba un rato de paz, estaba claro que le resultaría difícil hallarla.

Capítulo IV

Raven no era capaz de creer lo que su hombre le había dicho, pero era cierto, y aunque había actuado con demasiada rudeza, así eran las cosas en su vida ahora: todo desorden y desolación, igual que su interior.

El patio de armas estaba tomado por sus enemigos, y aunque estaba de acuerdo con su hombre, habían estado fuera de lugar el tono y las palabras utilizadas. No debería haberle faltado al respeto a Guillermo; era su anfitrión y su amigo.

Lord Dark estaba frente a ellos, sonriente al ver el desconcierto de los salvajes, como merecían ser llamados. Nunca le habían gustado esos brutos escoceses que se hacían llamar *highlanders*, pero desde lo que le sucedió a su hermano, su odio no tenía fin.

Los dos hombres se medían el uno al otro y, sin duda, ambos deseaban poner a prueba sus fuerzas y ver quién de los dos resultaba vencedor. El laird esperaba en guardia cuando su cuervo, Sombra, al que había bautizado con esa palabra española en recuerdo al amor que habían sentido y que ahora no era más que una sombra del pasado, se posó sobre su brazo y graznó al enemigo con toda la envergadura de sus grandes alas de plumas oscuras.

Si intentaban hacerle algo a Guillermo, sus hombres y él atacarían sin piedad. No eran rivales, acabarían con ellos antes de que pudiesen disparar sus arcos, pero tendría que esperar a que fuesen ellos los que atacasen primero.

—Señor —empezó a hablar con un español marcado por su acento inglés—, soy lord Dark, capitán de este destacamento de arqueros. Vamos camino de la ciudad-campamento de Santa Fe a recibir órdenes de su rey —remarcó para que quedase claro que no eran enemigos.

—Soy Guillermo de Castro, el señor de esta fortaleza y par del reino. Tenía noticias de que llegaban refuerzos gracias a la amistad de nuestros soberanos. Bienvenidos. ¿Puedo ofrecerles descanso? —sugirió con una amabilidad forzada por la situación.

—Si no es abusar de su hospitalidad, algunos de mis hombres y yo

aceptaríamos su invitación.

—¿Solo algunos de sus hombres? —preguntó Guillermo extrañado.

—Somos demasiados y no queremos causar mucho revuelo; los más jóvenes continuarán hasta Santa Fe.

—Como queráis, lord Dark. Sed bienvenidos. Si se lo permitís a mis pajes, cuidarán de vuestras monturas —indicó a la vez que Dark y los hombres que iban a acompañarlo desmontaban de sus caballos. Le ordenó al resto del destacamento que continuase con el viaje hasta Santa Fe.

—Por supuesto, han sido muchas millas y necesitan el descanso tanto como nosotros —sonrió agradecido.

—Esta noche estaremos de celebración —lo informó—, así que siento no poder procuraros todo el descanso que necesitáis.

Lord Dark iba a continuar la conversación cuando, de repente, desvió la mirada hacia la puerta del gran salón que daba al patio de armas. Guillermo no tuvo que volver la mirada para saber a quién había descubierto el capitán. Aunque Silvia no era consciente de ello, despertaba una lujuria difícil de ocultar en la mirada de los hombres. Volvió el rostro en la misma dirección que habían tomado los de los demás y vio a su hermana salir desde el gran salón hacia donde se encontraban ellos.

—Es mi hermana, la duquesa de Castro —dijo con la voz fría, para que quedase claro que la mirada de intenso deseo que le dedicaba el capitán no era la adecuada.

—Milady —se dirigió a ella agarrando su mano y posando un beso demasiado largo sobre sus nudillos en cuanto la tuvo cerca.

—Milord —contestó haciendo una leve inclinación e interrogando a su hermano con la mirada.

—Él es lord Dark, querida hermana, capitán inglés a cargo de los arqueros que van a ayudar a Fernando. Pasará aquí la noche con algunos de sus hombres.

—Bienvenido. Iré a avisar al servicio para que todo esté preparado. ¿Los alojo en las habitaciones, hermano, o también van a dormir a la intemperie? —preguntó mordaz.

Silvia sabía que tras ella estaba Raven. Era difícil ignorar lo que le hacía sentir, su espalda estaba tensa y un hormigueo le subía y le bajaba hasta dar

la vuelta y meterse en su estómago.

Luchó contra la necesidad de llevarse las manos al abdomen y suspirar con fuerza; ese hombre la hacía temblar con su presencia, era abrumador.

—Si no es mucha molestia, preferiríamos dormir en una cómoda cama; llevamos muchas noches durmiendo en el suelo —contestó Dark con una encantadora sonrisa.

—Que preparen las habitaciones, hermana, y avisa de que tendremos algunos invitados más.

—Claro, Guillermo —sonrió para molestarlo aún más—. Un placer, milord —se despidió con una sonrisa y una grácil reverencia.

Cuando se dio la vuelta con la intención de regresar dentro y darle las órdenes pertinentes al servicio, se encontró con la cara seria de Raven, que con su único ojo la miraba con intensidad. Sabía que estaba molesto, tal vez por el comentario de dormir al aire libre o tal vez porque había tratado con amabilidad a esos ingleses; le daba igual. Él había sido hosco con ella y la había ignorado, así que ahora haría lo mismo con él.

—Laird, ¿me permite pasar?

Por un instante, tembló. Raven siempre había disimulado muy bien sus emociones con los demás, pero ella lo conocía y sabía que estaba furioso, porque se mordía de forma imperceptible la carne de la mejilla. Podía ver cómo se formaba una pequeña hendidura justo en esa zona.

Sin decir nada al respecto, el laird miró a sus hombres y, en perfecta sincronía, se apartaron simulando una gran puerta al abrirse. Silvia se recogió la túnica y caminó con todo el temple del que fue capaz hasta entrar de nuevo en el gran salón, a salvo de miradas.

En cuanto se supo a solas, se dejó caer contra el gran muro de piedra que formaba la pared de la gran sala y dejó escapar junto con el aire toda la tensión que había acumulado. La situación había sido extraña, tensa. No solo entre ellos, sino con los invitados.

Sin perder más tiempo, regresó a la cocina para hablar con Marisa; ya tendría tiempo de pensar en la animosidad que habían mostrado los unos hacia los otros.

—Marisa —llamó.

—¿Señora?

—Seremos algunos más.

—¿Algunos más?

—Sí, tenemos nuevos invitados. Ingleses. —Marisa iba a decir algo, pero la mirada de su señora la cortó en seco—. No, no digas nada. Tan solo que no falten los cubiertos. Avisa a Mercedes y a Jimena, que revisen las habitaciones; ya que los hombres del laird MacCormac no van a hacer uso de ellas, que se las asignen a los nuevos invitados. Voy a mi habitación, a ver si me relajo un poco. Por favor, busca a Lina y que me suba una infusión de manzanilla; estoy agotada.

—Sí, señora.

Una vez hechas las tareas, se dirigió a su habitación. Tenía la esperanza de llegar sin más interrupciones. Necesitaba descansar un rato y tratar de aliviar, con una infusión de manzanilla y un masaje, el dolor de cabeza que empezaba a tener por culpa del extraño día.

Subía las escaleras en forma de caracol que llevaban a su alcoba cuando la asaltó un recuerdo que había olvidado, uno que había sucedido en ese mismo recoveco en el que se encontraba.

Las manos de Raven acariciaban su cuerpo bajo el vestido, que, de repente, era muy pesado. Todo parecía sobrar. El ardor la aturdiría de tal manera que creyó que todo lo que la cubría iba a estallar en llamas, como ella.

Sentía entre las piernas un calor abrasador que goteaba por sus muslos. La lengua de Raven hacía que su cuerpo se estremeciera, primero acariciando su boca, después, al pasarla por su cuello, por el escote, que dejaba ver algo de la tierna piel de sus senos.

Las manos de ella permanecían quietas, agarrada al muro de piedra para no caer. Las rodillas le temblaban y no podía controlar los ruidos que su boca dejaba escapar con cada roce y cada caricia.

—Mía —murmuró Raven pegándose más a su cuerpo.

—Tuya —confesó entre jadeos susurrados.

Raven se colocó entre sus piernas y Silvia notó como el sexo del joven al que amaba se frotaba contra el suyo, lo que la hizo dejar escapar un pequeño grito por la sorpresa y el sentimiento que le había provocado ese movimiento.

Quería que continuara. Quería que se detuviera. No podía estar bien eso que le hacía, pero sus labios no pronunciaban las palabras que debieran; tan solo se dejaban llevar y crepitaban como si fuesen la madera del fuego que la consumía.

La boca de Raven bajó por su escote y las manos masculinas liberaron uno de sus pechos.

Raven bajó la mirada y acarició con el pulgar el enhiesto pezón sonrosado que había quedado tan expuesto como ella misma estaba.

No podía apartar la mirada de su seno entre las manos de ese hombre que la volvía loca y al que amaba como nunca antes había creído posible.

—Raven... —suplicó.

—Mía —repitió presa de un deseo que convertía sus verdosos ojos en dos pozos oscuros.

—Tuya —prometió de nuevo.

Las manos dejaron paso a la boca de Raven, que succionó con delicadeza, rozó y lamió la zona, despertando partes en Silvia que desconocía. Pequeñas corrientes de placer recorrían todo su cuerpo y en algún momento se aferró al grueso cuello y lo animó a continuar con lo que hacía.

Antes de que se diera cuenta, sus manos recorrían ya sin vergüenza la espalda amplia de Raven, y eso lo hizo enloquecer. La besó con un deseo incontrolado y su lengua jugó en su boca hasta que el inesperado roce de la lengua de la mujer, que empezaba a exigir y a dar, lo dejó confuso y temblando.

Silvia se aferró con fuerza y empezó a frotar su sexo contra el cuerpo endurecido y febril de Raven, que, sin poder evitarlo, metió las manos bajo el vestido y la levantó para colarse entre sus piernas.

La espalda de Silvia contra la pared de piedra y su túnica levantada mostrando sus muslos tersos, suaves y cremosos eran una combinación explosiva. Las piernas de la mujer se enredaron en la cintura del joven y las lenguas de ambos no dejaron de amarse, de conocerse, de dejar que el sabor del otro los marcara para siempre impregnando todos sus sentidos.

Silvia sabía que debía parar, que la iba a deshonar y su padre lo mataría, pero no podía encontrar las palabras dentro de ese mar revuelto en el

que se había convertido su cuerpo.

Las manos de Raven acariciaban sus muslos y una de ellas llegó hasta la zona que escondía todo el centro de su placer.

Silvia abrió los ojos ante el inesperado roce. Sintió pudor, pero el placer que le siguió fue más intenso, lo que la hizo olvidarse de todo y dejarse llevar mientras Raven acariciaba su clítoris con movimientos lentos y circulares que combinaba con besos intensos, rápidos, lentos... toda un tortura que no la dejaba pensar ni respirar, hasta que su cuerpo se apretó dejándola sin aire para expulsarlo todo entre temblores y gemidos que la debilitaron dejándola sin fuerza, sujeta tan solo por los brazos del hombre que jadeaba sin aliento al compás de ella.

—Vete —le pidió cuando se hubo recuperado lo suficiente para hablar.

—Raven, ¿he hecho algo mal? —preguntó con la inocencia que aún le quedaba.

—No, no, amor mío; vete, porque si no voy a deshonorarte y no puedo, no puedo hacerte de verdad mía hasta que no lo merezca. No puedo arruinarte...

—¿Crees que no me has arruinado ya?

—No, todavía conservas tu virginidad.

—Raven MacCormac, ten por seguro que me arruinaste para todos los demás el día en que me besaste por primera vez en la cocina.

Raven la miró sonriendo y apoyó la frente sudorosa en la de ella.

—Silvia, por favor, vete, porque no me queda apenas voluntad. Te lo ruego.

Antes aquella súplica, Silvia no pudo hacer otra cosa que irse a su habitación, sin aliento, llena de una sensación extraña y diferente, y con piernas temblorosas.

Exactamente igual que ahora. De la misma forma llegaba a su habitación; sin aire, temblando, y la causa era Raven, pero el motivo, distinto: la había despreciado y tratado con desdén, como si no fuese importante para él, como si de verdad no hubiese sido más que otra, cuando para ella él seguía siéndolo todo.

Llegó a su habitación, cerró la puerta y se asomó a la ventana. Desde allí

tenía una amplia vista de buena parte de la fortaleza y de lo que la rodeaba, y, en ese momento, Raven estaba hablando con su hermano con gesto serio.

Sin saber por qué, colocó las palmas sobre la ventana y apoyó la frente cerrando los ojos ante el inesperado alivio que le ofreció el frío cristal.

Unos segundos después, abrió los ojos y, al mirar al lugar donde Raven estaba, se cruzó con la mirada intensa de este. Solo fue un segundo, no duró más, pero creyó ver algo oculto en ella, ¿esperanza?

Raven apartó la vista y se dirigió hacia el grupo, tan fuera de lugar en aquel entorno, que eran sus hombres. Pudo ver su espalda descubierta llena de cicatrices. No se había parado a observarlo con detenimiento, pero había muchas de esas marcas, más claras que el resto de su bronceada piel, repartidas por su cuerpo, aunque, sin duda, la más llamativa era la que cruzaba su rostro y le había costado, estaba segura de ello, el ojo.

A pesar de todo, era tan atractivo o más que en su recuerdo y todavía tenía el maldito poder de dejarla sin aliento y hacerla temblar con su cercanía.

Cansada del día que parecía no tener fin, se echó en la cama solo un instante para recuperar el control de sus extremidades y tratar de aliviar el dolor de cabeza que se agudizaba por momentos, y, perdida en sus delirios, se rindió al dulce placer que le prometía el sueño

Capítulo V

Unos golpes sordos acompañados de gritos alterados la sacaron del sopor en el que se encontraba.

—¿Señora? ¡¿Señora?! —La voz de Lina sonaba preocupada e insistente, al igual que el golpeteo sobre la pesada superficie.

Silvia se había quedado dormida y con la puerta cerrada con llave, de ahí los gritos de su doncella. Se levantó acelerada y se apresuró a abrirla antes de que la menuda mujer la echase abajo.

—Ya voy, Lina, ¡un momento!

—¿Está bien, mi señora? —la interrogó en cuanto la puerta estuvo abierta.

—Sí, sí, solo me he quedado dormida. Parece que estaba más cansada de lo que quería reconocer —se excusó.

—Señora, ya es la hora. Los invitados están abajo y se preguntan dónde está la anfitriona.

—¿Tanto he dormido? ¡Por todos los santos! ¡Si la luna ya reina en el cielo y no queda ni rastro de la luz del sol!

—Voy a ayudarla a vestirse y a adornarla para la fiesta. ¿Qué vestido desea usar?

—Cualquier cosa, Lina, no estoy de humor, así que elige tú por mí.

Lina se acercó hasta el arcón en el que reposaban los vestidos y sopesó las posibilidades. Sus manos se detuvieron en uno cuya tela era suave y lo acarició con delicadeza.

—¿El vestido negro?

—No, ese no, lo quiero reservar. Alguno más discreto.

—Le advierto que abajo todos los invitados lucen sus mejores galas y todas las damas también. ¡No se puede hacer una idea! ¡Llevan unos vestidos hermosos, con grandes escotes y adornadas con joyas de la cabeza a los pies! Menudo despliegue de lujo y riqueza han preparado para sus rudos invitados.

—¿Y ellos? ¿Cómo van engalanados?

—¿Ellos? ¿Cuáles?

—Los Cuervos —especificó al comprender que su doncella no sabía si preguntaba por ellos o por los inesperados invitados ingleses.

—Usan su falda oscura, pero han tenido la decencia de tapar sus fuertes pechos desnudos con camisas y sobre estas usan levitas oscuras.

—Bueno, al menos, han tenido la delicadeza de aparecer con una indumentaria más apropiada, por lo que dices, Lina.

—Así es, mi señora, aunque eso ha provocado el lamento de muchas muchachas que esperaban como lobas hambrientas ver los pechos desnudos de los Cuervos. Todas las jóvenes casaderas, e incluso algunas de las desposadas, se muestran descaradas con ellos.

—¡Lina! —la reprendió.

—Señora, es la verdad; no ha habido una sola de las damas en todo el palacio que no haya hecho algún comentario fuera de tono respecto de ellos. Incluso la estirada de lady Elisa ha susurrado que no le importaría que uno de esos rudos salvajes, en especial el laird, la llevase cargada sobre sus hombros a algún pajar y...

—Suficiente, Lina. No deseo oír más. ¿Elisa? ¡No puedo creerlo! ¿Qué ha pasado con la decencia? ¿Acaso se la han llevado a pelear por el reino también?

Lina rio de buena gana ante el estallido de indignación de su patrona.

—¿Y la mujer que los acompaña...? Los hombres no dejan de murmurar a su paso, embelesados, palabras de admiración. Lleva un vestido tan azul como sus ojos y el pelo oscuro suelto y rizado en las puntas. El escote es demasiado sinuoso, como sus curvas, y como único adorno, una banda negra le cruza el pecho sobre su corazón. Ni siquiera el señor ha sido capaz de quitarle los ojos de encima. Aunque, claro, ¿qué se podría esperar de una mujer que lucha y que lleva esos... ropajes?

Silvia escuchó con atención y sopesó la información; si deseaba que Raven le prestase un poco de atención iba a tener que competir contra ella.

—Está bien —cambió de opinión—, prepara el vestido, pero no el negro, el de color rosa suave.

—¿El que le trajo el marqués de Palafox desde París?

—Sí, ese mismo.

—Estará muy hermosa, les sentará muy bien ese color a su tez, sus ojos

y a su cabello claro... ¡Estará deslumbrante!

—Gracias, Lina, aunque, al parecer, no va a ser suficiente... —murmuró para sí misma —. ¿Y el resto de nuestros invitados?

—¿Los ingleses, señora?

—Sí, los mismos.

—Van engalanados para la ocasión. El más apuesto es su capitán, lord Dark. Tiene una mirada tan azul como el cielo en primavera y su sonrisa es puro pecado. Las jóvenes en busca de marido, y las que no, no dejan de ir tras él como perros falderos.

—Supongo que se podría decir que es apuesto —observó mientras Lina la ayudaba a colocarse la camisa.

Una vez que terminaron con la ropa interior, Lina la ayudó a ponerse el vestido. No le parecía apropiado, la verdad, pero dada la situación, pensó que era entonces o nunca. Miró una vez más el brial; era de seda rosa, con unos ricos adornos con forma de ramas bordadas con hilos de plata.

Las mangas eran largas, hasta casi el suelo, sueltas y de un tono rosa tan pálido que dejaban entrever sus largos brazos. Parecían alas, como si fuese en cualquier momento a echar a volar. El escote era demasiado pronunciado. El cinturón de seda plateada se ajustaba demasiado a su pequeña cintura y marcaba demasiado sus caderas. Estaba empezando a sentirse incómoda; se sentía desnuda. Si al menos el vestido tuviese un manto con el que taparse, se sentiría mejor. No acababa de convencerla, aunque fuese el último modelo que estaba de moda y que llegaba desde París.

París. Eso la llevó a pensar en el marqués de Palafox. No había perdido el ahínco en perseguirla a pesar de los años y de sus negativas. Suponía que esperaba que Guillermo, al final, claudicara a su petición de desposarse con ella, cosa, por supuesto, que no iba a ocurrir. Aun así, tenía que reconocer que el joven marqués era tenaz y además poseía unos hermosos y apacibles ojos verdosos de largas pestañas que le daban un aspecto algo aniñado.

Había que añadir que era un buen partido: joven, atractivo y adinerado. Había aumentado considerablemente la escasa herencia que le dejó su padre, reconvirtiendo sus tierras de hortalizas en tierras de vides y fabricando el ahora afamado vino blanco de Palafox, que gozaba de notable fama entre la nobleza.

Pero... no era Raven. Quizá, si no hubiese conocido a Raven, Jaime hubiese tenido alguna posibilidad, pero la llegada de Raven a su vida había sido tan impactante que no dejó espacio a nadie más que a él y, con posterioridad, a su recuerdo.

Observó su figura lánguida en el espejo. La incomodaba mostrar tanto de sus delgados y pálidos brazos y dejar una gran parte de su espalda al descubierto también. Se sentía, incluso llevando aquel pesado vestido, desnuda.

Lina peinó su espesa melena en una larga e intrincada trenza de la que escapaban estratégicamente algunos mechones que rizó en las puntas.

Terminó el elaborado peinado colocando una horquilla de piedras rosadas y le ofreció un abanico, que seguro utilizaría para ocultar su rostro cada vez que se sintiera abochornada por las más que merecidas insinuaciones sobre su atuendo.

—Está preciosa, señora —suspiró Lina.

—No sé, Lina, es como si fuese desnuda —confesó. No entendía cómo era posible que, a pesar de notar el pesado vestido sobre ella, se sintiera como si no llevase nada más que su propia piel.

—¿Desnuda? Está impresionante.

—Gracias, espero que todos piensen lo mismo.

Dos golpes secos tronaron dentro de la habitación y Silvia no pudo evitar echar un último vistazo a la imagen que contemplaba, tan diferente a como era en realidad.

—Silvia, ¿estás lista? Por el amor de Dios, ¿aún no estás preparada? Va a terminar la recepción y tú sigues ahí encerrada —Guillermo sonaba enfadado.

Lina se apresuró a abrir la puerta antes de que su señor la echase abajo con su impaciencia, que golpeaba más fuerte que sus puños, y se apartó para dejar a su señor entrar en la habitación.

—¡Pero... qué demonios! ¡Deshazte de eso ahora mismo! —clamó imperioso.

Si en algún momento Silvia había sopesado cambiar su vestido, la actitud de su hermano hizo que la poca cordura que quedaba en su sesera se desvaneciera.

—No, hermano, bajaré así. Es la moda —dijo con firmeza—. Además, es el que me regaló el marqués de Palafox; pensé que te agradaría que lo complaciera.

—Silvia, ese vestido no es para lucirlo en esta fiesta. Si los soldados te ven así vestida...

—¿Qué? ¿Qué sucederá, Guillermo?

—Van a empezar con habladurías.

—Que hablen, no me importa.

—Pero a mí sí, por eso mismo vas a cambiar tu vestido por otro más apropiado. Te esperaré abajo en diez minutos. Lina —dijo amenazante—, ya puedes darte prisa.

La puerta se cerró con un golpe sonoro y seco. El dintel se sacudió y de la lámpara se desprendió el polvo acumulado.

—Señora, ¿qué vestido desea llevar? —inquirió Lina, tan temblorosa como la puerta.

—No pienso cambiarme —afirmó rotunda.

—Pero señora, el amo...

—¿Amo? Es mi hermano, no es mi padre ni mi marido ni mi prometido ni, mucho menos, mi dueño. Me traen sin cuidado él y los comentarios maliciosos.

—Señora, su hermano va a formar un escándalo si no acata sus órdenes.

—Más le vale no hacerlo —susurró con los puños y la mandíbula apretados.

Con paso seguro a pesar de que sus piernas temblaban como juncos, se dirigió por el pasillo hacia la escalinata que la conduciría a enfrentarse con su hermano por su desobediencia.

Capítulo VI

Silvia caminó despacio a través del largo pasillo que la conduciría hasta la escalera. Cada paso que daba la acercaba más a las represalias que, sin duda, Guillermo, al verla así, iba a tomar. Llegó hasta el borde de la escalera y se detuvo para tomar aire antes de bajar. Al llegar al último tramo, detuvo su caminar para observar a los invitados que llenaban toda la enorme sala. Hablaban y reían animados mientras bebían de las grandes copas.

Las damas se paseaban luciendo sus encantos sin ningún disimulo. Túnicas de todos los colores imaginables y del mismo corte llenaban de puntos de luz la estancia. Las mangas anchas caían en cascada con diferentes largos y tonalidades, las cinturas ajustadas y adornadas con cinturones de cuero salpicados de piedras brillantes y los cabellos mostrando intrincados diseños trenzados. Los caballeros, siguiendo la moda, llevaban calas oscuras, botas altas y levitas hasta la rodilla. Los únicos que no encajaban en aquella estampa eran los salvajes Cuervos Oscuros. Todos ellos, a pesar de llevar una indumentaria más apropiada, pues ocultaban al menos sus musculosos pechos, que de seguro habrían provocado jadeos de las bocas inocentes de las mujeres de la sala e incluso habrían sido capaces de ser la causa de algún desmayo, seguían destacando entre la multitud. Su altura y fortaleza llamaban la atención sin necesidad de que sus ropas diferentes lo hicieran.

En el lado contrario de la sala, el grupo de arqueros ingleses, cuyos cabellos tan dorados y rojizos como el sol quitaban sobriedad a sus ropas impolutas. Desde esa distancia, Silvia podía notar la animosidad entre ambos bandos. Se preguntaba, mientras se decidía a formar parte de la reunión, qué les habría pasado para mostrar tal comportamiento.

Empezó a sentirse incómoda en el momento en que las miradas empezaron a posarse sobre ella, aunque pudo constatar que algunas de las damas llevaban vestidos de un corte parecido al suyo. Aun así, se sentía como si su escote fuese más pronunciado. Empezó a notar que las palmas de las manos se le humedecían y pensó seriamente en darse la vuelta hasta que, en ese preciso momento, su mirada se encontró con una de destellos verdemar.

Raven la miraba con fijeza. Su expresión era dura, pero Silvia no podía adivinar si se trataba de algo que hubiese hecho para molestarlo o si tan solo se había convertido en un hombre enfadado con todo y todos durante las largas horas del día.

Silvia creía que se había preparado para todo, había barajado todas las alternativas posibles; sin embargo, se había equivocado. Al notar su mirada fría e indiferente sintió que perdía el valor y una necesidad apremiante de salir huyendo de la encerrona a la que su hermano la había obligado a asistir. En realidad, ni siquiera iban a dejarla participar de los asuntos que se iban a tratar durante la fiesta, y tampoco es que le apeteciera hacerlo. Estaba más que harta de esa guerra sin fin en la que se habían visto obligados a participar.

Al pensar en sus padres, que habían entregado su vida a la defensa de sus reyes para recuperar el reino de Granada, sintió que las lágrimas pretendían escapar de sus grandes ojos almendrados. A punto estaba de salir huyendo de allí a encerrarse de nuevo en su habitación cuando Raven se acercó hasta el pie de la escalera.

La estaba esperando, como era costumbre de los caballeros al ver una dama por la que se interesaban. La idea de que tal vez Raven siguiese teniendo sentimientos por ella hizo que el corazón le golpease con fuerza en el pecho. Se atrevió a dar el último paso agarrándose con fuerza a la barandilla de madera y se obligó a dar un segundo paso que la posicionaría junto al Cuervo. Su hermano, Guillermo, al ver que Raven le había dejado de lado, la vio y se colocó al otro lado de la escalera, para hacerle de escolta también.

Silvia no sabía qué debía hacer; por un lado, le apetecía aceptar el brazo musculoso del laird, su Raven, pero por otro sabía que si de nuevo desafiaba a su hermano y lo despreciaba frente a todos los invitados no iba a perdonárselo nunca, y no deseaba ser la causante del dolor y la vergüenza de su hermano; ya habían sufrido de sobra.

Así que, a pesar de que su corazón clamaba por Raven, por robar un poco de su compañía, por rozar de lejos el calor de su cuerpo, su cabeza, fría y calculadora, la obligó a asir el brazo de su hermano cuando sus pies se posaron sobre el suelo del gran salón de baile.

Guillermo le dedicó a su hermana una sonrisa forzada y una mirada asesina que erizó el vello de su nuca. Con los ojos entrecerrados le reprochaba que lo hubiese desobedecido y que se hubiera atrevido a presentarse con semejante facha delante de todos sus invitados. Apretó el brazo de su hermana algo más fuerte de la cuenta, haciendo que Silvia se quejase en voz baja y disimulada.

—¿Por qué, Silvia? ¿Por qué deseas que todos los hombres de la sala te miren de esa forma?

—Nadie me mira, hermano. Son imaginaciones tuyas. Todas las damas llevan vestidos parecidos al mío. Casadas y solteras. No entiendo por qué tanto alboroto.

—Sé lo que se habla de esas damas con vestidos similares al tuyo y no deseo que a mi hermana la tachen de descarada.

—No lo soy. Bien lo sabes.

—Sí, yo sí, pero... ¿los demás? ¿Cómo pretendes que te presente a futuros candidatos a marido así? —rugió entre dientes.

Silvia tomó aire y lo contuvo un momento en el pecho. Debía tratar de calmarse y de que ninguno de los presentes notase que algo no iba bien.

—¿Qué mejor forma? Seguro que con este vestido que llevo recibes más de una proposición interesante y, como añadido, podrás bajar la dote —sonrió guiñándole un ojo.

—No sé dónde, querida, has aprendido a expresarte de esa forma tan vulgar, no eres ninguna campesina.

—Por desgracia para mí —susurró en voz baja.

—Ahora voy a dejarte, he de tratar asuntos de suma importancia, pero más tarde hablaremos sobre tu castigo.

—Guillermo... no eres mi padre —puntualizó.

—Soy el dueño de todo lo que ves, incluida tú, hermana, y debes obedecerme como cualquiera de los sirvientes de la casa.

—Como un sirviente... por eso me expreso como ellos —masculló.

—Nunca tuve que prometerle a nuestro padre que te dejaría elegir marido ni edad para contraer nupcias. Hace mucho que deberías estar desposada y cargada de futuros herederos —espetó molesto.

Silvia se dio la vuelta despacio, parpadeó con la misma fuerza con la

que apretaba los puños para tragarse la rabia que la consumía y el dolor que las palabras de su hermano le habían ocasionado, y pensó con alivio que era toda una suerte que su padre le hubiese hecho esa concesión en el lecho de muerte. Si no, a estas alturas estaría casada con cualquiera, y ninguno era lo bastante bueno para llenar ese vacío que sentía; solo Raven, el único que parecía no desear llenarlo.

Después de las presentaciones obligatorias y los saludos pertinentes, se sentaron a degustar la deliciosa cena que Marisa y el resto de las doncellas se habían esmerado en preparar para tan numerosos y distinguidos invitados.

Guillermo presidía la mesa y Silvia se situó a su derecha; a la izquierda, Raven, el invitado de honor entre todos los demás, y a la derecha, el capitán inglés, lord Dark. Los Cuervos ocuparon con su gran envergadura toda una mesa para ellos solos; los demás huéspedes los miraban con respeto, admiración y temor a partes iguales.

Sus ropas, tan extrañas para ellos, llamaban poderosamente la atención del resto, que no podía evitar lanzar miradas curiosas al grupo de los Cuervos Oscuros.

Durante la cena, entre las idas y venidas de los sirvientes, que los obsequiaban con viandas y bebidas deliciosas, Guillermo no tuvo la oportunidad de reprender a Silvia por, según él, su poco apropiado vestido, aunque era consciente de que él se moría de ganas de darle unos azotes como hacía su padre cuando era tan solo una chiquilla.

—Hermana, tengo que darte las gracias —dijo de repente, con la boca llena de la deliciosa perdiz asada que estaban degustando en ese momento.

—¿Por qué, Guillermo?

—Gracias al vestido tan... *llamativo* que llevas —susurró junto a su oído para que nadie más lo oyese—, he recibido muchas peticiones de mano. Así que voy a elegirte un marido.

—No. No puedes —murmuró enfadada sintiendo que su mundo se tambaleaba a sus pies.

—Te equivocas de nuevo. Sí puedo.

—Lo prometiste —musitó conteniendo el sollozo que deseaba soltar y recordándole la promesa que le hizo a su padre.

—¿De veras? No lo recuerdo —sonrió llevándose la copa de vino a los

labios.

Silvia sintió unos deseos irrefrenables de levantarse de la silla y salir por segunda vez en ese día corriendo a ocultarse en su habitación, pero no podía. Hablarían después. No podía hacer eso, no se lo consentiría; antes escaparía a donde fuera; les pediría asilo, si era necesario, a sus propios enemigos.

Los platos se sucedieron y los postres, sus favoritos, pasaron por su lado sin pena ni gloria, pues gracias a su hermano había perdido el apetito. Cuando las copas de licor empezaron a danzar por las mesas con sus colores atrevidos, la música llenó el salón a la vez. Guillermo se alejó de ella para no tener que discutir del tema frente a sus invitados, pues bien sabía cómo era el carácter de su hermana, y antes de que tuviese la oportunidad, la dejó sola en la mesa.

Era su momento, podría escabullirse de la sala sin que nadie lo advirtiera e ir a su habitación. ¿Cómo era posible que un día que había amanecido normal hubiese acabado siendo nefasto? Se levantó e hizo como si se dirigiese hacia la zona habilitada para bailar, aunque su verdadera intención era la de desaparecer de esa fiesta en la que no se encontraba a gusto, pero Raven apareció a su lado, apretando su brazo y cortándole el paso.

No tenía claro qué iba a hacer. Había tratado por todos los medios de mantenerse alejado de ella, pero verla con ese hermoso vestido, que mostraba a los demás más de lo que le gustaba, le había provocado una rabia tan grande como la erección que solo podía disimular a duras penas, y ahora, al ver sus hermosos ojos dorados tornarse de un tono tormentoso, se había visto obligado a acercarse dispuesto a averiguar qué era lo que le sucedía.

—Duquesa —se dirigió a ella en tono formal—, ¿está bien, mi señora? —murmuró con su voz ronca y fuerte.

—Laird MacCormac, ¿por qué no iba a estarlo? —le devolvió la pregunta usando el mismo tono de indiferencia con el que la trataba.

—Duquesa de Castro —los interrumpió lord Dark, que se había acercado hasta ellos obligándolos a detener la conversación—, permítame decirle lo hermosa que luce esta noche.

—Gracias, lord Dark, es todo un caballero.

—Aunque sea un soldado, nunca olvido que no somos salvajes —sonrió con malicia.

A pesar de su tono y sus modales, Silvia supo que lo que el inglés pretendía era herir a Raven. Lo miró un instante y esperó... Deseó con todas sus fuerzas que se la llevara de allí, que le pidiese un momento a solas para hablar de todo lo sucedido durante esos largos años en los que no se habían visto y en los que tanto habían cambiado, pero Raven, inclinó la cabeza y se marchó dejándola a solas con Dark.

—¿Me concedería el honor de bailar con usted? —inquirió Dark con su bonita sonrisa.

Silvia no lo deseaba, pero sabía que despreciarlo en su casa frente a todos los invitados no era lo correcto, así que aceptó su brazo y se dirigió hacia la pista de baile con su mejor sonrisa.

Raven se había quedado junto a la puerta, no podía apartar la mirada de la escena; verla en los brazos de ese maldito inglés hacía que su sangre hirviese, pero no podía darle lo que se merecía en plena fiesta, una celebración que se suponía que era en su honor y que esos malnacidos habían arruinado.

—Laird, ¿está bien?

—¿Por qué demonios no debería estarlo?

—Porque lady Silvia está entre los brazos de Dark, lo desafía frente a todos.

—No me importa —mintió.

—Si es así, Raven, deja de apretar la madera de la puerta, vas a romperla —señaló su hombre olvidando las formalidades.

Raven soltó de inmediato el quicio de la puerta que en realidad sí que apretaba con fuerza y se dio la vuelta para marcharse del salón. No podía hacer nada, había renunciado hacía mucho a ella y no la merecía.

Era consciente de que Silvia había despertado la admiración de más de uno de los nobles de la sala que tanteaban a Guillermo para tener una oportunidad de hacerse con ella como esposa, como si fuese una yegua, y, aunque eso lo molestaba, no podía romper la promesa que le hizo a Guillermo, por lo que tendría que ver cómo bailaba con unos y otros durante todo lo que durase la maldita recepción.

—¡Demonios! —exclamó furioso al ver quién se acercaba a ella para solicitar el próximo baile.

Silvia se había sentido incómoda en los brazos de Dark. No sabía explicar el motivo, pero había algo en ese hombre tan oscuro como su nombre. El baile terminó y por fin podría retirarse, pero no tuvo la oportunidad, pues un nuevo candidato apareció para reclamar su atención.

—Lord Dark —saludó al hombre con el que acababa de bailar.

—Marqués de Palafox —dijo serio.

—Espero que no le importe que la duquesa me conceda el siguiente baile —afirmó la voz profunda de Jaime.

—Por supuesto, su turno —contestó con una galantería que no sentía—. Un placer haberla tenido entre mis brazos —susurró demasiado cerca para su gusto y besando su mano de manera descarada.

Dark desapareció dejándola a solas con Jaime de Palafox, que era el candidato ideal para convertirse en su esposo: apuesto, joven y con una gran riqueza. A todo eso había que sumar que era persistente, había visitado su hogar todos los años varias veces y nunca había disimulado su interés por ella, y había que añadir que Guillermo parecía preferirlo por encima de los demás.

Silvia dudó. En realidad lo que necesitaba era estar en su habitación y escapar de esa charada que se veía obligada a representar, pero, cuando estaba a punto de rechazar con delicadeza su propuesta, descubrió a Raven bailando con la mujer de su clan. El vestido azul que llevaba competía con el de ella en descaro. El escote era pronunciado, el tejido de la prenda se pegaba a sus caderas sinuosas como una serpiente a su presa y su llamativo cabello oscuro resbalaba salvaje por sus hombros desnudos.

Era hermosa, alta, fuerte y de aspecto salvaje. Los hombres la miraban embobados; las mujeres, con un poco de envidia, y Silvia los miraba destrozada. Eran malditamente perfectos. Una pareja magnífica.

—Por supuesto que acepto, mi querido marqués. Será todo un honor —mintió de forma tan descarada y convincente que incluso la sorprendió a ella misma.

—El honor es mío. Siempre es un placer, mi querida duquesa, tenerla cerca.

Silvia se ruborizó; la boca masculina se había aproximado demasiado a la suya y el cálido aliento de Jaime, dulce gracias a alguno de los licores que

habría degustado, le molestó; sin embargo, se obligó a sonreír. Necesitaba demostrarle a Raven que también se había olvidado de los sentimientos que una vez compartieron y que ya no seguía esperando su regreso, que había retomado su vida sin importarle el hecho de que le había prometido ser suya... y de nadie más.

—Está muy hermosa, mi querida duquesa. Es la mujer más bella de todas las presentes en este salón.

—Gracias por el cumplido, querido...

—Jaime, por favor, me gustaría que me llamase por mi nombre de pila y que me permita llamarla por el suyo, Silvia —la interrumpió.

Desconcertada, pues no se esperaba algo así, asintió levemente con la cabeza y volvió a sonreír como si su corazón no estuviese hecho trizas.

—No es cierto, Jaime —pronunció su nombre con reparo; no era lo normal y se sentía un poco extraña—; mira a nuestra invitada, es impresionante.

—Puede ser que llame la atención, pero no es más hermosa que tú. Veo que te has decidido a llevar el vestido que te regalé —puntualizó guiando la mirada a su escote.

Silvia se sintió triste de nuevo. Esas eran las palabras adecuadas, pero en la boca equivocada. Deseaba que hubiese sido Raven el que las pronunciara para ella. ¡Cómo extrañaba aquellas tardes junto a él hablando sin cesar de un futuro en común!

—Sí, gracias, Jaime, por el regalo y por el cumplido —se obligó a decir.

—Es la verdad. Además, mi hermosa Silvia, ya sabes lo que siento por ti desde hace años, no lo he disimulado nunca.

—Lo sé, Jaime, pero...

—Sí, no has dejado de repetirlo una y otra vez. Amas a ese salvaje de las Highlands, pero ¿y él? ¿Te sigue amando?

Jaime dejó la pregunta en el aire. Su mirada se volvió maliciosa y en secreto disfrutó de la duda que había hecho aparecer en los ojos de Silvia.

—Por lo que veo no es así —afirmó mostrando una sonrisa torcida.

—Lo siento, marqués, pero creo que eso no es asunto suyo —contestó sin ocultar que la conversación no estaba siendo de su agrado.

—Todo lo que tiene que ver contigo, lo es —confesó apretando su

cintura más de lo conveniente.

A Silvia no le gustó el tono posesivo con el que le hablaba y se encontró, de repente, muy cerca de su cuerpo. Los ojos de Jaime se centraban sin disimulo en el escote del vestido que él mismo le había regalado y, ahora, se sentía una vulgar ramera mostrando más de lo que debiera. Jaime inclinó la cabeza buscando su cercanía, Silvia se echó hacia atrás, confundida. ¿Pretendía besarla delante de todos los invitados? Eso, al menos, era lo que parecía, pero no estaba dispuesta a permitirselo.

Trató de zafarse, pero Jaime, aunque no poseía la envergadura de Raven, era lo bastante fuerte para apresarla con la trampa que formaban sus manos alrededor de su cintura, impidiéndole escapar.

—Suélteme, señor marqués —le pidió en voz baja.

—Nunca. —Fue su respuesta.

—La anfitriona le ha pedido que la suelte, así que deje a la dama —graznó Raven, inesperadamente.

Los hombres se sostuvieron la mirada un instante, pero al cabo de unos segundos Jaime sonrió y soltó la cintura de la mujer; ante todo era un caballero y como tal iba a comportarse.

—Solo porque ella me lo ha pedido, *salvaje* —murmuró e inclinando la cabeza, se retiró.

—No necesito que me rescates —bufó contrariada una vez que Jaime se hubo marchado.

—Parecía que sí.

—Pues lo siento, Raven MacCormac, pero te equivocas —soltó olvidando las formalidades.

La observó durante un instante. No podía negar que su belleza, al igual que ella, había madurado. Ahora era todavía más atractiva y eso, en cierto modo, le molestaba tanto como lo bien que le hacía sentir escuchar su nombre en sus labios.

—Hacía mucho tiempo que nadie me llamaba así.

—¿Y cómo te llaman ahora?

—Cuervo Oscuro o *salvaje*, ya lo has oído.

Silvia lo miró un instante y creyó ver en su mirada añoranza por los tiempos pasados, pero fue tan breve que antes de comprobar si tenía razón, se

había desvanecido.

Capítulo VII

Silvia se alejó de él y caminó todo lo deprisa que el maldito vestido le permitía. Trató de pasar inadvertida; en esos momentos, no deseaba ver a nadie más. Se dirigía hacia su habitación cuando cayó en la cuenta de que ese sería el primer lugar en el que su hermano la buscaría, así que salió a hurtadillas, como si de un pillastre se tratase en vez de la señora de la casa, por la puerta trasera de las cocinas y se adentró en la noche fresca.

Las estrellas ofrecían un espectáculo hermoso. La luna brillaba redonda y enorme sobre su cabeza. No era plateada; la luz de la luna esa noche era de un tono casi azul. Caminó sin rumbo por el cuidado jardín y se deleitó con la pequeña fuente de piedra adornada con una larga serpiente que siempre la había atemorizado de niña y que ahora le parecía hermosa. Estaba todo rodeado de flores que se cerraban sobre sí mismas, acunadas por la suave brisa de la noche, otorgándole al reptil un aspecto más amable. Una ráfaga de aire frío hizo que sintiese la necesidad de entrar en busca de algo de abrigo, pero no quería volver a ver a Raven junto a la mujer extraña ni a Jaime con sus pretensiones de hacerla su esposa, así que utilizó sus propios brazos para dar algo de calor a su pecho, demasiado descubierto.

No dejaba de pensar en lo que debía hacer. Necesitaba llorar. Las lágrimas estaban ahí, dispuestas a recobrar la libertad de la que las privaban sus ojos, pero no deseaba dejarlas ir; no quería sentirse débil y llorar era un síntoma de debilidad.

Alzó el rostro hacia la luz de la luna, rogando para sí que todo fuese bien. La brisa se coló de nuevo por su cuerpo y el vello de su nuca se erizó en protesta.

—Creo que tienes frío, Silvia —susurró la voz de Jaime mientras colocaba su capa sobre la espalda de la joven.

—Sí, un poco, olvidé algo de abrigo —contestó sin poder evitar el tono de decepción que sintió.

—No importa, para eso estamos los caballeros.

—Sí, los buenos modales ante todo, *nunca* hay que olvidarlos —recalcó.

La inmensidad de la noche hacía refulgir los destellos de alguna batalla de las que seguían librándose por salvar el Reino de Granada de los musulmanes y devolverle la cristiandad, y Silvia no pudo evitar sentirse hastiada de todo ese juego de reyes, poder y posición al que no le encontraba mucho sentido.

—Por más que trato de comprenderlo no lo hago, Jaime. ¿Por qué desean con todas sus fuerzas el Reino de Granada? —interrogó sin esperar respuesta.

Sabía que eran asuntos de hombres y las mujeres, como ella, debían mantenerse al margen.

—Bueno, los hombres somos así, está en nuestra naturaleza, supongo. Sobre todo en la de los reyes, que anhelan tenerlo todo bajo su poder, y Fernando ha decidido que Granada ya lleva demasiado tiempo en manos de los infieles, aunque en esta ocasión se dice que Isabel monta tanto como Fernando. —Silvia lo miró confundida, pues no esperaba que Jaime fuera a contestarle.

—¿Insinuáis que también manda en el reino?

—Es una mujer muy inteligente y comprende bien las estrategias militares, pero nunca se lo dirán en voz alta, pues es solo una mujer. —La confesión de Jaime y la naturalidad con la que expresaba sus propios pensamientos la sorprendió y halagó hasta el punto de hacerla sentirse relajada a su lado por primera vez desde que se conocieran hacía ya tantos años.

—Solo una mujer... Siempre el mismo estigma. ¿Ha estado alguna vez allí?

—¿En Granada?

—Sí, en Granada. He escuchado historias hermosas —murmuró perdida en el recuerdo de esas historias que hablaban de un mundo tan diferente y lejano a su realidad que parecía imposible que estuviese tan cerca.

—He estado. Incluso he llegado a tener la suerte de conocer el palacio de Boabdil. La Alhambra, la llaman.

—¿Por qué ese nombre extraño?

—En su lengua significa «Fortaleza Roja».

—¿Y lo es? ¿Es roja?

—Tanto sus murallas como el terreno sobre el que está erigida lo son. Es hermoso contemplar los arrabales desde allí.

—¿Arrabales?

—Sí, fuera de las murallas de la Alhambra, a sus pies, hay otra ciudad. Los de clase baja y menos favorecidos hacen su vida cotidiana a la sombra del hermoso palacio.

—Palacio... me gusta cómo suena.

Silvia, se sintió cómoda con la compañía de Jaime. Parecía disfrutar hablando con ella de temas que los demás, incluido su hermano, le prohibían. El aire fresco movió su larga melena trenzada y uno de los mechones sueltos se enredó en sus labios.

—Su palacio —musitó con la voz cadente a la vez que apartaba el cabello del rostro de Silvia— tiene un sistema curioso de canales por los que el agua corre logrando que el caluroso verano sea fresco. Dentro de sus murallas hay una pequeña ciudad, incluso cuentan con un mercado. Sus palacios son magníficos, sus paredes y techos están repletos de brocados tallados en la propia piedra, y el agua, que baja desde su sierra siempre nevada, es fresca, incluso en los días estivales más calurosos. Es un paraíso verde y fresco oculto tras rojizas murallas.

Silvia debería alejarlo, debería huir de esa situación que podía comprometer su honra; sin embargo, no era capaz de deshacer el hechizo de su boca que la obligaba a escucharlo embelesada. Le fascinaban las historias de otros lugares, la ayudaban a que su encierro fuese más llevadero. Nunca había salido de los límites de sus tierras por miedo; se lo tenían prohibido y, desde la muerte de sus padres, no había sentido un interés real por abandonar la seguridad de sus murallas.

—¿Es cierto que el rey Boabdil tiene muchas esposas?

—Es cierto, hay todo un pequeño palacio construido solo para ellas.

—¿Todas viven juntas? —preguntó escandalizada. En su mundo no cabía tal posibilidad.

—Sí, supongo que, aunque a nosotros nos parece pecado y de lo más extraño, tan solo es otra forma de ver la vida.

—¡Debe de ser tan hermosa! —exclamó soñadora.

—Lo es —afirmó mirándola con fijeza, y Silvia sintió que no se refería

a la ciudad, sino a ella—. Toda Granada lo es. Por eso Fernando la ansía.

—¿Cómo acabará todo esto? ¿Terminará alguna vez?

Silvia lo contempló en silencio; en realidad era un joven agradable, quizá solo tenía que darle una oportunidad. El problema era siempre el mismo: no era Raven. Pero quizá, solo quizá, si le diese una oportunidad...

—Cada día está más cerca la rendición. Son demasiados años de lucha y Boabdil se ha cansado de luchar, sabe que no tiene el poder ni los recursos de sus antecesores. Ahora queda lo más difícil: llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

—¿No habrá más derramamiento de sangre? —inquirió esperanzada.

—No, creo que no.

—Gracias, Jaime —dijo con sinceridad.

—¿Por qué? —interrogó sorprendido.

—Por hablar conmigo de estos temas. Soy una mujer, ¿recuerdas? Mi hermano me mantiene al margen de todo —musitó volviendo a tutearlo; de nuevo se había ganado esa pequeña concesión.

—Solo quiere protegerte, no se lo tengas en cuenta.

—¿Crees que el desconocimiento y la ignorancia me mantendrán a salvo?

—Yo, no. Guillermo, sí.

—Está equivocado.

—Lo sé. ¿Silvia? —la llamó.

—Dime, Jaime.

—Le he pedido a tu hermano formalmente tu mano.

Se quedó paralizada, no sabía qué decir o qué esperar. Desde luego, lo último que se le habría pasado por la cabeza habría sido esa confesión.

—¿Por qué? —preguntó al cabo de un largo lapso.

—Porque te amo —contestó con seguridad.

—No puedes amarme —aseveró.

—Eso lo decido yo.

—No lo hagas, no seríamos felices. —Y su voz sonó a súplica.

—Creo que sí. Si me dieras la oportunidad, lo seríamos.

—Lo siento, marqués —dijo volviendo a usar el título formal y el tono cortante—. Si me disculpa, he de retirarme.

—Silvia, no estoy dispuesto a rendirme —musitó acercándose, tanto que atrapó las pequeñas y frías manos femeninas entre las suyas, grandes y rudas.

—No tengo nada más que decirle, señor —susurró a su vez Silvia, sintiéndose una traidora por dejar que otro hombre tocara sus manos, que sentía que le pertenecían a Raven, aunque este no las deseara para sí.

Silvia se marchó sin despedirse; necesitaba el refugio de su habitación. Estaba confundida, conocía los sentimientos que Jaime creía tener por ella, pero también sabía que no lo amaba, se lo había advertido en cada ocasión en la que había tenido la oportunidad. Y Jaime, consciente de lo que realmente sentía, estaba dispuesto a desposarla. ¡Le había pedido su mano formalmente a su hermano!

Tenía que hablar con Guillermo, advertirle, ¡suplicarle!, que no aceptase esa propuesta.

Acudió a toda prisa al salón y lo buscó entre la multitud. Cuando logró localizarlo, se llevó las manos a la boca para sofocar el grito que deseaba lanzar: su hermano bailaba con la mujer extraña del clan de Raven y su boca se acercaba a la de ella peligrosamente.

La rabia junto a la frustración que sentía hicieron que se diera la vuelta y se olvidara de su propósito, y de esa manera se retiró sin despedirse de sus invitados y sin importarles las miradas de los asistentes. Necesitaba refugiarse en su habitación y dejarse arropar por las siempre fieles sábanas de su cama.

Las pequeñas espirales que formaban la escalera hasta su alcoba hacían más dificultosa la tarea de llegar a su destino. El pasillo que formaba la escalera era demasiado ajustado y, con su largo y delicado vestido, apenas podía andar con soltura, ¿cómo no lo había notado horas antes al bajar? Sentía el camino estrecharse con cada paso que lograba dar, mientras luchaba para no dejar escapar las lágrimas, huir y respirar. Silvia jadeaba por el esfuerzo y por el cúmulo de acontecimientos que se habían dado durante el interminable día, nada había sucedido como se había imaginado. ¡Nada!

Recordó la frialdad con la que la había tratado Raven al acercarse a ella, como si fuesen dos extraños en vez de dos enamorados que se habían prometido amarse para siempre. Una pequeña lágrima nubló su visión un instante, al darse cuenta de que la única que había respetado las promesas había sido ella.

Tropezó con un escalón al limpiarse el rostro y, cuando pensó que iba a dar de bruces sobre los duros y afilados escalones, unas manos firmes y fuertes la sujetaron.

—¿Estás bien? —Oyó la voz de Raven a la vez que la colocaba con la espalda contra la fría piedra.

—Supongo. —Jadeó por la impresión. Raven ocupaba demasiado espacio en el pequeño tramo de escaleras.

Estaban demasiado cerca el uno del otro; entre ellos no cabía nada más que la pasión que se despertaba en el cuerpo de Silvia causada por la proximidad del hombre al que amaba.

—Déjame —sollozó suplicante.

—¿Por qué huyes? ¿De qué? ¿Te ha hecho daño Palafox? —preguntó con mirada salvaje.

Estaba claro que Raven sabía que había estado con Jaime a solas, ¿habría estado vigilándola? ¿O tan solo era su formación como guerrero lo que hacía que se percatara de hasta el más mínimo detalle?

—Nada que te interese, Raven. Además, no huyo, tan solo tengo frío —mintió.

—Silvia... —susurró él, demasiado cerca de su boca.

—¡No actúes como si te importara! —gritó furiosa, para su propia sorpresa.

El Cuervo no esperaba ese arrebató, que lo pilló con la guardia baja; había estado peligrosamente cerca de ella y no podía dejar que sus barreras cayesen. Debería mantenerse frío y distante. No sería mucho tiempo, tan solo hasta que hubiese cumplido con su cometido; después volvería a su hogar, un hogar en cenizas, pero el suyo.

—Silvia... —acertó a decir alejándose.

Ese acto no pasó inadvertido para Silvia, que no pudo contener más todo lo que llevaba dentro, el miedo a que él ya no la amase cobraba vida cada segundo que estaba a su lado.

—Raven, ¿por qué has vuelto?

—Tu rey me necesita.

—¿Mi rey te necesita? —repitió con el dolor que sentía impregnando cada una de las palabras.

—Sí, esta guerra va a terminar en breve. Están decidiendo el futuro de los que no deseen abandonar la Península. Tu rey necesita una guardia de fiar y con fuerza para protegerle las espaldas.

—¿Por eso estás aquí? ¿Por mi rey? —volvió a preguntar, pues no quería creer que fuese la única razón.

—Tú hermano me lo pidió; hace mucho le hice un juramento y tenía que cumplirlo.

—¿Cumplir una promesa...? ¿Eso te ha traído aquí? ¿El honor? ¡Me parece difícil de creer! Has olvidado tan fácilmente las que me hiciste a mí... —escupió herida.

—No las he olvidado, Silvia, es solo que no puedo cumplirlas —explicó encajando los dientes.

No podía creer lo que escuchaba, pero no podía detenerse. Si tenía que romperle el corazón, que fuese de una vez, pues no podía soportar la incertidumbre ni continuar la espera por más tiempo.

—¿No puedes o no quieres, Raven MacCormac? —exigió molesta.

—No puedo.

—Me parece la respuesta más fácil —lo acusó tratando de ocultar el dolor que sentía.

—Contigo, Silvia, nunca es sencillo nada.

—Ni contigo.

—He cambiado —soltó de repente.

Raven estaba entre la espada y la pared; no tenía que haberla seguido, pero al verla salir del salón agitada no había podido controlar las ganas de saber qué demonios le ocurría. Ahora le pedía cuentas, y debía rendirlas. De alguna manera tenía razón, había fallado a su promesa, no había tenido el valor de regresar, pero ¿cómo explicarle que para honrar la promesa que le hizo debía romper otra?

—Puedo ver que has cambiado —respondió mirando directamente al parche que ocultaba su ojo.

—No solo por fuera. Ya no queda en mí nada de aquel joven lleno de ilusiones imposibles.

—Cuando de verdad se ama algo, se lucha por ello.

—Entonces, nunca te amé de verdad —fue su respuesta.

Raven se alejó y bajó los pequeños escalones a toda prisa, tratando de alejarse todo lo que pudiese de su imagen; había estado a punto de caer, casi se había desmoronado. Ahora, se sentía un perro traidor que la había engañado una vez más. El dolor que había visto en sus ojos cuando le había soltado la mayor mentira de todas las que había dicho en su vida lo perseguiría para siempre.

Una vez más, Silvia se quedó confundida, azorada y destrozada. Una vez más la dejaba de nuevo y, esta vez, tenía que ser para siempre.

Atribulada, se dio la vuelta y, como pudo, levantó la tela de su brial para no caer antes de llegar a su habitación. Una vez dentro, atrancó la puerta para que nadie la molestase y dejó que su cuerpo se desplomase sobre el frío suelo. Necesitaba llorar y sabía que nadie podría consolarla salvo, tal vez, el mismo causante de su dolor.

Capítulo VIII

Paseaba por los alrededores de la muralla, que se alzaban imponentes, protegiendo su hogar, pasando las manos sobre la rugosa pared desgastada en algunos lados por el paso del tiempo y por las intensas batallas que se habían librado para derribarlos sin éxito. Hundía las yemas entre los pequeños agujeros sin imaginar que serían testigos de lo más doloroso que sentiría nunca.

Raven se unió a ella. Estaba buscándola, era hora de decirle adiós. Tenía que partir y dejarla, pero sería por un corto periodo de tiempo y estaba seguro de que regresaría a ella; era su hogar.

—Aquí estás.

—Solo paseaba, a veces estar confinada se me hace demasiado duro.

—Es por tu seguridad.

—Todos me decís lo mismo, sin embargo, yo...

—¿Qué? —la animó a continuar.

—Anhelo más, necesito más.

—Pensé que tenías todo lo que ansiabas tras estos muros.

—Ahora que has regresado, sí —confesó pasando sus delicadas manos por la cintura del joven al que amaba.

Raven soltó las manos de Silvia y la apartó un poco de él. Ella lo miró confusa; no sabía qué podía haber dicho o hecho para que la alejara y le diese la espalda, y una sensación amarga llenó su boca; sabía que algo malo iba a suceder.

—He de partir —dijo sin apenas fuerzas, pues sabía que iba a herirla... de nuevo.

Apenas hacía unos días de su regreso y de nuevo los mandaban a luchar a otra guerra para la que ya no estaba seguro si encontraba sentido, pero no se podían desobedecer órdenes cuando se era un simple soldado.

—Pero... no lo entiendo, ¿por qué has de partir de nuevo? Acabas de regresar.

—Lo sé, pero son órdenes.

—Hablaré con mi padre, no puede alejarte de nuevo.

Raven se dio la vuelta para mirarla a los ojos, debía hacerle comprender lo importante que era para él ganarse el respeto del hombre que tenía en su mano el poder de hacerla o no su esposa.

—Silvia, me he ofrecido voluntario —dijo sin más.

—¿Por qué? No... no lo entiendo.

—Sé que no puedes entenderlo, *mo ghràdh*, pero prefiero morir con honor que vivir con deshonra.

—¿Deshonra? ¿Por qué? ¿Hacia quién? A la única que deshonras es a mí. Si mueres, me dejarás sola y triste el resto de mi vida, condenada a estar muerta en vida.

—Si muriese en la batalla defendiendo lo que creo, sería algo honorable y el regalo más hermoso que podría dejarte.

—¿Un regalo tu muerte? ¿En qué mundo? En el mío, desde luego, no.

—¿Preferirías que me quedase contigo mientras mis hermanos van a luchar? Si hiciera eso, no podría mirar mi reflejo en tus ojos nunca más, solo me devolverían la imagen de un guerrero que fue ruin y cobarde. ¿Cómo ibas a querer pertenecer a un hombre sin valor? Puede que al principio creyeses que todo estaría bien, pero cuando pasaran los años y la gente a tu alrededor no dejase de murmurar constantemente que te desposaste con un hombre incapaz de enfrentarse a su destino, ¿qué sucedería? ¿Podrías amarme entonces? Lo dudo.

—No digas eso, Raven, no eres ningún cobarde... ¡Eres el hombre más valeroso que conozco!

—¿Incluso si por miedo a no volver a encontrarnos evadiese mis responsabilidades? No lo creo, Silvia. Sé que con el tiempo eso nos destruiría.

Las lágrimas rebosaban de los hermosos ojos añejados de Silvia mientras escuchaba cómo la persona a la que más amaba se despedía de ella por segunda vez en poco tiempo. No podía entender cómo era capaz de abandonarla; en su interior, algo le gritaba que no estaba bien, que no era lo correcto, que no debían estar separados, pero él parecía tan seguro... Podía leer la determinación en sus verdes ojos.

Apretó fuerte sus pequeñas y delicadas manos, formando firmes puños

que encerrasen el momento en su interior y no lo dejaran escapar. Tal vez fuera su último momento juntos. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, se abalanzó sobre el pecho de Raven para sentirse arropada y protegida por última vez.

—¡Quédate conmigo! —suplicó—. No me abandones. —Su voz ahora era apenas un susurro lastimoso—. No sé si seré capaz de sobrevivir sin ti, amor mío.

Pero él no dijo nada, tan solo permaneció en silencio, sosteniéndola entre los brazos hasta que Silvia se recompuso y regresó a la muralla para perder la mirada en la inmensidad que la rodeaba.

Sabía, a pesar de su corta edad, que el guerrero que tenía frente a ella no iba a eludir sus responsabilidades militares por ella, y ella... no deseaba ser un obstáculo en su vida. Deseaba, más que nada en el mundo, que la amase tanto que fuese su voluntad la que lo obligara a permanecer a su lado. Lo que menos quería era ser la causante de su desdicha, aunque esa partida la destrozara y la dejase sola para recomponer los pedazos que se desmoronaban como los pequeños fragmentos del muro que acariciaba con los dedos. Se sentía tan sola, tan vacía, que no recordaba haber experimentado un sentimiento igual en toda su corta vida.

Raven podía sentir el corazón desbocado y la respiración dificultosa de la joven a la que amaba, y oyó que un trozo de su corazón se desprendía despacio. Había herido a la persona más importante en su vida, a la que sabía que pertenecía, a la que no deseaba abandonar. Pero en realidad creía que lo necesitaban en esa lucha por la cristiandad. El dolor por tener que dejarla era inmenso, pero no derramaría ni una sola lágrima: las guardaría dentro del maremoto de sensaciones que solo ella era capaz de despertar en su corazón, su mente y su alma. Su cuerpo debía ser como ese gran muro, un mudo testigo de su amor, un fuerte dique que contuviese lo que deseaba en realidad expresar, aunque dudaba que fuese a lograrlo.

Cada sollozo de Silvia resquebrajaba un trozo de esa muralla que pretendía ser, pero las palabras no acudían a su garganta ni tomaban forma en su voz, ¿cómo iba a ser capaz de hacerle entender que era su todo? ¿Que ella sería su sustento en la hambruna, su abrigo en las noches frías y solitarias, el recuerdo al que agarrarse para no dejar que lo vencieran en la batalla?

No encontraba las fuerzas para hacerlo, sabía que una sola palabra más y la presa se desbordaría deshaciendo la muralla en finos granos de arena que el viento esparciría por esas tierras que tanto había llegado a amar, esas que la albergaban a ella.

No podría hablar, pero podía demostrarlo de otra manera. La alzó en el aire hasta colocarla a su altura y se vio reflejado en sus ojos dorados. Sus propios ojos se ahogaban en el reflejo de ellos, del mismo color de su hermoso cabello, que le recordaba un campo de trigo maduro. Se vio y por un instante no supo reconocerse: los ojos de la joven le devolvían la imagen de un hombre frío y, aunque era lo que necesitaba aparentar, no le gustaba ver que lo conseguía con tanta facilidad.

Sin pensarlo, se hizo con su boca. Expresaría con ese beso ávido lo que sus labios eran incapaces de confesar. Le gritaría con el sonido atronador y acelerado de su corazón todo lo que no deseaba demostrar, le entregaría con ese beso su alma, para que la protegiese mientras luchaba, para así, al regresar, que esa parte de él siguiera intacta.

Percibió que Silvia se revolvía en sus brazos, dejándose llevar por la pasión que los envolvía como la bruma espesa de las noches de otoño, y disfrutó de sus delicadas manos alrededor de su cuello, tibias y anhelantes.

La misma ansiedad que sentía por ella, un sentimiento que se transformaba en un hambre tan codiciosa como el cuervo que llevaba dentro y ese cuervo guerrero en el que estaba destinado a convertirse; el orgullo de su clan.

Cuando Silvia gimió entre sus brazos y acercó su cuerpo pequeño al suyo, eliminando los escasos centímetros que los separaban, y notó sus pezones enhiestos a través de la suave tela de su túnica, supo que no iba a ser capaz de resistir la tentación de hacerle el amor allí mismo, algo que no podía suceder. Se merecía una ceremonia y una noche de bodas, no un acto carnal y rápido en mitad de la arboleda espesa que rodeaba el muro y a ellos.

Así que hizo acopio de su fortaleza, esa que se desmoronaba tan rápido que daba vértigo, y la alejó con brusquedad. No quería ser rudo, pero necesitaba usar las fuerzas que aún le restaban para hacerlo; si no, se temía que si ella le regalaba otro beso, otra caricia u otro jadeo, no sería capaz de soportarlo.

Sin explicaciones y sin mirar atrás, la dejó de pie en la ladera de la pequeña colina y se marchó a toda prisa hacia el castillo. Cuando supo que no podía verlo, dejó que las amargas primeras lágrimas resbalasen por sus mejillas ásperas y cayesen al vacío, uniéndose al viento y mezclándose con los pétalos de las flores que dejaba tras de sí en su rápida carrera hacia un lugar donde poder vaciar los sentimientos que se arremolinaban en su garganta, dificultándole la respiración, por no haber tenido el valor de confesárselos a la mujer que amaba.

Capítulo IX

Guillermo había estado ocupado tratando asuntos importantes. Lord Dark, a pesar de que no le inspiraba ninguna confianza, era un hombre inteligente y con grandes ideas innovadoras en cuanto a estrategia militar. Habían mantenido una conversación interesante acerca de política que había estimulado sus sentidos. Tampoco había pasado inadvertido el indiscreto interés que mostraba por su hermana; de hecho, fue uno de los temas que trataron durante la fiesta, aunque no estaba seguro de que fuera un candidato adecuado.

También había oído, de nuevo, la insistente petición de Jaime; de momento, era el más idóneo para desposar a su hermana y formar parte de la familia. Joven, sin familia y con un negocio floreciente que lo hacía cada vez más rico en un país en el que la nobleza cada vez lo era menos.

Pero tenía un defecto que Guillermo debía considerar con seriedad: no era un soldado, nunca lo había sido, y no creía en la palabra de honor de un hombre que no lo había sentido. Aun así, era la opción menos mala de todas y lo tenía presente.

Todas las demás insinuaciones no le habían interesado, nobles de menor rango venidos a menos deseosos de desposar a una joven duquesa con una dote que era la envidia de muchas otras damas. Tendría que decidirse y Silvia también; no podía estar esperando a Raven para siempre, él ya no era una opción para ellos.

—Raven —llamó a su amigo al verlo pasar por el salón.

—Guillermo.

—¿Te retiras?

—Sí, ya no hay nada en la fiesta que me interese.

—¿Ya? ¿Acaso antes lo había? —preguntó hostil.

—No, Guillermo, no lo había.

—No olvides que me prometiste mantenerte alejado de ella.

—¿Cómo podría, si no dejas de recordármelo?

—Es lo mejor para ella, como bien sabes.

—Sí, lo es —confirmó, pero en realidad no estaba seguro de ello—. Ten cuidado con Dark, es un hijo de perra traicionero.

La conversación se interrumpió por la llegada de Ayla. Guillermo no podía apartar la mirada de esa mujer exuberante tan diferente a las que lo rodeaban. Igualaba en destreza a sus mejores hombres y superaba a la gran mayoría sin perder su atractivo.

Había bailado con ella durante la fiesta y todavía su miembro golpeaba impaciente reclamando el contacto femenino.

—Ayla —la saludó al llegar, con una elegante inclinación de cabeza.

—Señor —dijo dedicándole una bonita sonrisa mientras se alejaba de ellos.

—Ni se te ocurra. No quiero tener problemas —le advirtió su amigo.

—Nunca. No podría. Ya sabes —contestó sin disimular un tono de anhelo en su voz.

—Sí, ya sé. No es lo bastante buena para ti, ¿no es eso, *señor*?

—Vamos, Rav...

—No me llames así, ya no.

—Está bien, laird, como quieras.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos, Raven lo miraba con tristeza; no era el único al que la guerra había cambiado, a su amigo también, y de qué manera... Apenas reconocía en él al que fue su hermano.

—Tan solo cuídate de Dark, no me gusta.

—Me ha pedido la mano de Silvia.

—No se la habrás dado, ¿verdad? —graznó de repente, furioso.

—¿Y si estuviese pensándomelo?

—Entonces me vería obligado a romper mi promesa.

Ambos se midieron un instante. Parecían dos desconocidos y no dos hombres que habían sido todo para el otro en una guerra de la que a veces pensaron no salir con vida.

—Guillermo —murmuró Raven—, con él no. No lo soportaría —confesó.

—¿Y con otro sí?

—Puede.

—Creo que no.

—Me iré pronto.

—Está bien, esperaré hasta entonces —prometió.

Raven se alejó con rapidez de ese salón que cada vez le parecía más pequeño y salió a tomar algo de aire. No podía respirar. Necesitaba sentir el frío de la noche y observar el cuadro brillante que era el firmamento a esas horas, sentirse en casa... de nuevo.

Al salir no pudo evitar dirigir la mirada hacia la ventana de Silvia y orar porque estuviese asomada, por verla una vez más. Tenía la necesidad de saber si estaba bien, si seguía herida, si había derramado lágrimas por su culpa... como tantas otras veces.

En realidad, Guillermo tenía razón, ¿qué podía ofrecerle, aparte de miseria? Nada. Estaría mejor con cualquiera, incluso con ese malnacido de Dark; al menos, tenía un hogar que ofrecerle, él ni siquiera tenía uno, tan solo quedaban montones de escombros y cenizas que le recordaban insistentemente que no había sido capaz de salvar a los suyos porque había estado salvando a otros.

El patio de armas estaba plagado de *plaid*s bajo los que dormían sus hombres. Todos tenían algo que los unía, lo habían perdido todo en el mismo lugar. Eran su familia, lo único que quedaba de su clan. Los MacCormac habían tenido un fin oscuro, de ahí que ahora fuesen el clan del Cuervo Oscuro ¿Qué habría pensado su padre al respecto? Nunca lo sabría. Tal vez era lo mejor.

Se tumbó sobre su *plaid* y miró al cielo. Algunas nubes empañaban el brillo plateado de la luna, pero era una noche hermosa que le recordaba a su tierra.

—Raven —lo llamó Cam.

—Dime.

—No me gusta Dark.

—A nadie.

—¿Crees que van a traicionar al rey de tu amigo?

—Es más que probable, por eso estaremos alerta.

Los susurros enfadados de Ayla y su hermano Ty los distrajerón de su conversación. Parecía que Ty estaba molesto por algo, y tanto Cam como Raven sabían por qué.

—Es por Guillermo.

—Lo imaginaba.

—A Ty no le ha gustado como la miraba mientras bailaban.

—Ayla es una mujer hermosa y fuerte, es normal que los hombres sientan deseo hacia ella.

—Sí, pero es nuestra. Merece estar casada con un guerrero.

—Guillermo es un guerrero, nunca lo cuestiones.

El tono de Raven no dejaba lugar a dudas. No iba a consentir que nadie pusiera en duda que su amigo era un guerrero que se merecía respeto.

—Pero no es de los nuestros.

—Tampoco lo era yo —musitó recordando las palabras de su padre a su regreso.

—No sabía lo que decía. Los últimos meses tenía la cabeza perdida en su propio mundo —respondió al ser consciente de que se refería al desprecio que mostró su padre cuando volvió a verlo después de tanto tiempo.

—Tal vez, pero eso no significa que no me doliese.

Cam decidió que lo mejor era cambiar el foco de atención. Era consciente de que, aunque su laird no lo reconociera, saber que su padre no le tenía aprecio le dolía más de lo que estaba dispuesto a admitir y no menos de lo que era capaz de disimular.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Dejarla ir, ¿qué si no?

—Podrías reclamarla, nosotros te apoyaríamos.

—Lo sé, pero...

—Tiene fuego —confesó Cam.

—Lo sé. Por eso no puedo quedarme mucho a su lado, porque nunca se apagó su calor del todo y tengo el riesgo de arder en cualquier momento.

Permanecieron en silencio un rato más, echados en el suelo. Ayla y Ty habían dejado de discutir. Ella se marchaba furiosa. Todavía llevaba el vestido de la fiesta.

—Laird, voy a quitarme estos trapos de ramera —escupió con desdén, sin duda imitando las palabras de su hermano.

—Está bien. Ayla, ten cuidado. Solo se preocupa.

—Creo que he demostrado que sé defenderme sola.

—Por supuesto, eres un cuervo.

Ayla caminó a toda prisa hasta estar dentro de la torre del homenaje, allí le habían asignado una habitación para asearse y cambiarse las ropas que llevaba por el vestido que le habían traído las criadas. No sabía de quién había sido el préstamo, pero supuso que de Silvia, la mujer por la que Raven seguía solo y con el alma tan rota como su corazón.

—Ayla —la llamó Guillermo al verla.

—Señor —dijo en su castellano, que sonaba tan rudo y a la vez sensual viniendo de su boca.

—¿Estás bien? ¿Sucede algo? —preguntó al verla tan alterada.

—Nada, señor. Cosas del clan —se justificó.

—¿Es porque he bailado contigo?

Ayla no dijo nada, pero Guillermo conocía bien las costumbres de su amigo y sabía que su baile con ella iba a tener consecuencias. Aunque debía evitar estar cerca de ella, esa mujer tenía algo que lo atraía como la luz a una polilla.

—Lo siento —susurró acariciando su rostro.

Debía alejarse, lo sabía. Era tarde, los últimos invitados ya se habían marchado a sus aposentos a descansar para la jornada del día siguiente y podía comprometer el honor de esa joven. No era una candidata que tener en cuenta para tomar por esposa, pero no podía dejar de imaginarse sus firmes y largas piernas alrededor de su cintura y pensar en cómo de fuerte lo atraparían entre ellas.

Antes de darse cuenta, había cedido a la tentación que eran sus labios y la besaba. Ayla se apartó, sorprendida por la reacción del anfitrión de la casa, y cuando este le pidió permiso con la mirada para besarla de nuevo, no se resistió.

La lengua de Guillermo se paseaba por su interior y le hacía sentir cosquillas en la garganta. Era su primer beso y no sabía muy bien cómo actuar, pero cuando su lengua se movió por error y rozó la de Guillermo, notó su reacción y supo que le había gustado.

Así que movió su lengua imitando los movimientos lentos que la del hombre que la besaba hacía y este dejó escapar un jadeo ahogado más parecido a un gruñido animal que a un sonido humano. No pudo evitar

sonreír por la inesperada reacción de un hombre que parecía estar siempre en su lugar y no desentonar nunca, pero resultaba que bajo la capa de perfección rugía un león hambriento.

Las manos de Guillermo recorrieron la espalda de la mujer a la que besaba y que estaba logrando hacerle perder el control como nunca antes le había sucedido. Los dedos de Ayla se aferraron a su cuello y lo atrajeron con fuerza, la levantó fuera de sí y la llevó contra la pared. Al abrir sus piernas para elevarla, oyó como el vestido se rasgaba, pero no le importó, estaba poseído por la necesidad apremiante de hacerla suya y marcarla.

La mujer jadeaba con cada beso y parecía disfrutar de su rudeza. Abrió más las piernas y las enroscó alrededor de la cintura fuerte de Guillermo para acogerlo más adentro cuando notó el miembro masculino rozar el suyo y no pudo controlar el gemido que escapó.

Escalofríos y un frenesí desconocido la recorrían dejándola sin voluntad, ¿dónde estaba la guerrera capaz de matar a dos hombres a la vez sin pestañear? ¿Se rendía ante ese extranjero que ocultaba su cuerpo bajo demasiadas prendas?

Un golpe sordo los interrumpió y Guillermo, jadeando para recobrar el aliento, la dejó de nuevo en el suelo, con el pelo desordenado y el vestido roto.

—Ayla, aléjate antes de que cometa una locura aún mayor —rogó con la voz ronca por el deseo que lo recorría.

Sin decir nada, ella se alejó hasta la habitación que le habían asignado por si prefería dormir «como una mujer y no como un animal salvaje a la intemperie» y se encerró en ella. Esa noche se quedaría allí, no podía salir; estaba en peligro y no le gustaba; ella era la que cazaba siempre y de repente, sin tener claro cómo, se había convertido en la presa.

Capítulo X

Silvia se había despertado del sopor agitado en el que se había sumido. Todavía no había logrado calmar su corazón, necesitaba echar la pena que la consumía y poder pensar con claridad acerca de qué iba a hacer en adelante.

Se levantó y miró por la ventana. Vio a Raven hablar con Ayla y, después de intercambiar unas palabras, la mujer dejó a Raven y a otro de sus hombres, del que no estaba segura si conocía el nombre, y se marchó hacia la torre del homenaje.

Posó las manos sobre la cristalera que los separaba como si así pudiese tocarlo y se dio cuenta en ese momento de que Raven era tan inalcanzable como las estrellas que se apagan en el cielo.

Bajó de su habitación para dirigirse al jardín a tomar algo del aire que le faltaba ahí dentro cuando vio a su hermano besar a Ayla. El momento le pellizó el pecho, pues se dio cuenta de que ya nunca Raven la besaría de esa forma.

Caminó sin rumbo fijo, acariciando las plantas que había a su paso y dejando que la pena brotase y humedeciese su rostro como lo hacía el rocío sobre las flores cerradas que descansaban en la quietud de la noche.

No había ruido, tan solo el agradable susurro de sus pasos. Todo parecía en orden, en su lugar, excepto ella, que de repente no parecía pertenecer a ningún sitio.

—¿Qué haces aquí, hermana, sola y a estas horas? Es peligroso, regresa dentro. —Silvia regresó a la realidad gracias a la suave voz de su hermano; sin darse cuenta, había llorado y se limpió con disimulo las mejillas húmedas gracias a sus lágrimas.

—Lo sé, Guillermo, es solo que necesitaba despejarme. He tenido un sueño inquieto.

—Te lo advertí, pequeña —la consoló—, no es el mismo y no quiero verte sufrir por su culpa. No debí dejar nunca que lo esperases durante tantos años, que permanecieras sola, sin ningún hombre para brindarte protección y regalar calor a tu corazón. Creo que voy a zanjar el asunto de tu matrimonio

antes de lo que pensaba, antes de partir rumbo a Granada estarás desposada.

—Guillermo, te lo suplico —dijo con la voz helada por el pánico que sentía al ver que su última oportunidad se desvanecía entre sus manos como el aire que no se puede retener—, espera a que hable con Raven.

—Ya lo he hecho yo y siento tener que decirte que no tiene intención alguna de hacerte una proposición de matrimonio. Deberías empezar a valorar otros candidatos.

—¿Como quién? ¿Jaime? —escupió enfadada.

Guillermo suspiró; conocía de sobra la reticencia de su hermana, pero también era consciente de que Jaime era, de lejos, el mejor partido que podía conseguir para ella.

—Jaime de Palafox es la mejor opción para nosotros, para ti.

—Mi mejor y única opción es Raven MacCormac —aseveró con firmeza.

—No te desea como esposa. ¡Abre los ojos de una vez, chiquilla!

—Eres cruel, Guillermo... —lo acusó.

Él no disfrutaba del dolor que su hermana era incapaz de ocultar, pero, por el bien de ambos, no podía retrasar más la decisión de cerrar un matrimonio. Cuantos más días pasaban más difícil le iba a ser elegir esposo; hacía ya mucho que debería estar casada.

—Tan solo soy el portador de las noticias —se defendió—, él mismo me ha pedido que te haga llegar su decisión. Ha sido lo primero de lo que hemos hablado. Nada más quedarnos a solas, me preguntó si había cerrado ya un acuerdo matrimonial para ti.

—¿Y qué pasó?

—Le dije que no, que esperaba su regreso, igual que tú —mintió.

—Y... ¿después? —murmuró con la voz atrapada por el gran nudo que se formaba en su pecho.

—Le dije que era nuestra primera opción, pero me dijo que no era posible, que lo que hubo hace tanto tiempo entre ambos está muerto.

—No te creo. ¡No puedo creerlo! ¡Mientes! —defendió a pesar de que había podido comprobar que era verdad.

—Silvia, nunca podréis estar juntos, ya no es el que era. ¡Por todos los santos! Si ni siquiera tiene un hogar.

—¿Qué... quieres decir? —preguntó entre sollozos.

—Ahora es solo un mercenario que se vende al mejor postor. Vagan sin rumbo fijo de un lugar a otro, ¿qué clase de vida te esperaría a su lado? ¿Acaso deseas dormir cada noche a la intemperie? ¿Deseas pasar días sobre una montura sin descanso? ¿O quizá quieras estar sola y sin protección cada vez que se vaya a pelear a cambio de un puñado de oro? —la increpó molesto.

—Guillermo... ¿qué pasó? ¿Qué es lo que me ocultáis?

Su hermano guardó silencio un instante. La noche susurró utilizando la brisa fría que al mover las hojas de los árboles parecía advertirla de que no deseaba conocer la respuesta.

—No es algo que yo pueda contarte, lo único que te pido es que te alejes de Raven. Tiene el alma tan oscura como el mismo infierno. No te conviene. No voy a consentir que seas suya.

—Pero Ayla si es buena para ti, ¿no, hermano? —le espetó molesta.

Guillermo la miró con intensidad; sabía que no servía de nada mentir, los había visto, estaba seguro. A pesar de haber querido mantener a su hermana alejada de todo por su propia seguridad, era una joven inteligente y sagaz que con solo una mirada advertía más que muchos de sus hombres.

—No, Silvia, eso ha sido un error. Nunca pensaría en ella como en la futura madre de mis hijos.

—Así que me pides que me olvide de él sin más.

—¿Sin más? Llevo haciéndolo durante años, pero eres testaruda.

—Tú fuiste testigo de nuestro amor, ¿de verdad crees que me ha olvidado?

—¿Te has molestado si quiera en barajar la posibilidad de que tal vez haya otra?

—No —confesó sintiéndose tonta. En ningún momento había llegado a pensar que esa posibilidad fuese real, porque para ella solo existía él.

—Ve a descansar, es tarde.

—¿A descansar? Antes va a escucharme —dijo con los dientes apretados.

Silvia sabía que esta era una de las escasas ocasiones en las que su hermano tenía razón y por ese mismo motivo se sentía tan mal por lo que iba

a suceder a continuación. Estaba dispuesta a enfrentarse a Raven y exigirle, si era necesario, que le explicase por qué había roto todas sus promesas. Le dolía demasiado el corazón y su mente no paraba de buscar excusas para justificar el comportamiento del hombre al que se había prometido, el problema era que se estaba quedando sin ellas y necesitaba conocer la verdad.

De repente, la quietud de la noche se vio interrumpida por gritos en un idioma extraño.

—¡Guillermo! —llamó Raven a su hermano.

—¿Qué sucede? —preguntó poniéndose alerta al ver al Cuervo acudir hasta él agitado.

A pesar de todo, todavía tenía esa conexión con él cuando se trataba de sobrevivir.

—Han entrado.

—¿Quiénes?

—No lo sabemos, tengo a mis hombres rastreando —explicó nervioso.

—¿Los habéis visto?

—Los ha sorprendido Ayla en su habitación.

—¿La han tocado? —rugió llevando la mano a la empuñadura de su daga.

—No, han huido antes.

—Hay que averiguar qué es lo que buscaban.

—Ponla a salvo —dijo sin mirarla siquiera.

Guillermo cogió a su hermana de la mano con brusquedad y la llevó casi a rastras hasta su habitación.

—Por favor, Silvia, por una maldita vez en tu vida, obedece.

Y así, cerró la puerta y se marchó. Ella permaneció de pie sin moverse durante tanto tiempo que perdió la cuenta. No podía moverse. De repente sus temores se hacían realidad y se temía que no podía hacer nada para recuperar a Raven.

Tendría que irse a la cama, pero no le apetecía, así que, como su hermano debía haber supuesto, abrió la puerta y se dirigió a la pequeña biblioteca de su madre, cuya existencia apenas nadie conocía.

Era una sala a salvo de miradas cuyo fin había sido el de ponerlos a salvo a su madre y a ellos si trataban de tomar el castillo a la fuerza. Estaba

situada al fondo del pasillo, justo al lado de la habitación de sus padres. Había que tocar en el lugar correcto para que los mecanismos se activasen y la puerta de piedra, que era parte del muro, se abriese para desvelar lo que ocultaba.

Se sentó en la vieja silla que su madre usaba para contarles cuentos. Siempre los reñía cuando le pedían en voz alta que les narrase una nueva historia.

«Esta habitación es nuestro secreto. Nadie puede saber que existe», repetía sin cesar. Y, como siempre, Silvia la había desobedecido y había llevado a Raven. En ella habían pasado momentos maravillosos y ese asiento ahora le recordaba la de veces que Raven la había tomado en los brazos y le había acariciado el pelo cada vez que su padre la reñía por no mantenerse al margen de las *cosas de hombres*.

Ahora estaba sola y su alma penaba. Se debatía entre lo que su hermano y el propio Raven le decían y lo que ella deseaba que fuera. Tenía la mente y el corazón enfrentados y eso provocaba un profundo pesar en su alma.

Cogió un libro entre las manos y empezó a leer tratando de ignorar el dolor que sentía, y en algún momento, entre hermosas palabras de amor que ya nunca volvería a escuchar, se quedó dormida.

—¿Y bien? —le preguntó Guillermo a Raven al reunirse con él.

—Todavía no hemos dado con ninguna pista fiable. La noche está oscura, y los hombres, cansados; ha sido un día sumamente agotador.

—¿Y Ayla? ¿Cómo...?

—Está bien. Por desgracia, ha vivido cosas peores. Guillermo —lo llamó—, aléjate de ella. Lo último que necesito es tener otro guerrero con el corazón roto.

—¿Otro? —preguntó con la intención de hacerle confesar.

—Duque de Castro —los interrumpió la voz de Dark—, ¿todo bien?

—Siento si el ruido os ha desvelado; al parecer han entrado en la fortaleza.

—¿Se sabe quién ha sido? ¿Tal vez rebeldes?

El silencio se hizo tan oscuro como la noche que los envolvía. Guillermo estaba en mitad de dos hombres con un odio mayor que ellos, pero estaban en

su casa y sabía que ambos lo respetarían; aun así, no podía relajar la guardia, eran dos toros a punto de embestir.

Pasaron la madrugada indagando sin hallar ninguna pista fiable y sin encontrar a los que habían osado traspasar las grandes murallas de la fortaleza. Tras unas horas frenéticas que solo consiguieron hacerles sentir impotencia y tras asegurarse de que la fortaleza volvía a ser segura, Guillermo dobló la vigilancia y se dirigió con los Cuervos y los ingleses, además de sus hombres, al salón a tomar algo antes de tratar de descansar, aunque se temía que ya no iban a poder disfrutar de muchas horas de sueño: el cielo, a cada segundo que pasaba, iba dejando atrás la oscuridad para teñirse con los rojizos que dan paso al día.

—Duque de Castro —lo abordó Dark una vez en el salón, mientras esperaban a que algunos pajes llevaran a la mesa cualquier cosa con la que apaciguarlos.

—¿Sí, lord Dark?

—Me gustaría hablar de negocios —soltó de repente.

Guillermo podría haberse sorprendido, pero la verdad era que esperaba que Dark insistiera con respecto a su hermana; parecía muy interesado, lo que no le quedaba tan claro era si su interés se centraba tan solo en Silvia o en arrebatarse a Raven lo único que de verdad le importaba. Tal vez su amigo pensara que disimulaba bien sus sentimientos, pero para cualquiera que tuviese ojos era más que evidente lo que seguía sintiendo por ella.

—¿Negocios con un inglés? De ahí no puede salir nada bueno —los interrumpió el laird, molesto.

Dark pensó por un instante en pedirle que les dejase mantener esa conversación en privado, pero después creyó que lo mejor era que lo escuchase; así podría disfrutar y divertirse un poco a costa de su furia.

—¿Sucios? Tan solo quiero mostrar mi interés por la duquesa. Sé que aún no tiene un contrato matrimonial cerrado y me gustaría que me tuviese en cuenta como pretendiente.

—Por encima de mi cadáver, maldito *sassenach* —gritó a la vez que se levantaba del banco de madera donde estaban y ocultaba a Dark bajo la sombra de su estatura.

—No sabía que un salvaje como tú estuviera interesado en alguien tan

sofisticado como ella, ¿qué vas a ofrecerle, Cuervo? ¿Un puñado de escombros? —se mofó metiendo el dedo en la llaga.

Dark era consciente de que ese tema todavía le afectaba. Las noticias de cómo había quedado su clan reducido a cenizas habían corrido como la pólvora.

Raven se sentó y se quedó en silencio unos instantes, la lucha en su interior era fuerte: por un lado deseaba dejar que la bestia tomara el control y destrozara a ese perro inglés; por otro, no podía deshonorar al que había sido su hermano durante tantos años.

—Ni siquiera quiero dote, con esa belleza que posee es más que suficiente. Yo podría darle otro título, una gran casa que gobernar, hijos... preciosos hijos —sonrió deleitándose en el dolor de su enemigo.

Guillermo permanecía en silencio; la verdad era que Dark, aunque fuese inglés, era un buen candidato para desposar a su hermana, lo único que no le convenía era que se marchara tan lejos de él, pero por otro lado quizá era lo mejor, lejos de la guerra, lejos de Raven...

—Si pones uno solo de tus sucios dedos ingleses sobre Silvia, acabaré contigo con mis propias manos —murmuró de forma escalofriante.

En ese momento, todos los hombres presentes en el salón estaban en guardia: los Cuervos, dispuestos y deseosos de emprenderla a golpes contra los perros ingleses; los hombres de Dark compartían ese sentimiento, necesitaban demostrar su fuerza y aplacar el nerviosismo que produce el cansancio, ¿y qué mejor forma que con los puños?

—¿Solo con las manos? No me subestimes, salvaje. Que mis refinados modales, esos de los que careces, no te engañen, puedo ser muy... animal a la hora de pelear —se defendió con una sonrisa que dejaba ver la oscuridad que guardaba dentro.

Raven estaba a punto de coger a Dark por el cuello y dejarlo sin vida; Guillermo sabía muy bien de lo que era capaz su amigo, lo había visto, lo había sentido en su propia piel... y decidió que era el momento de intervenir.

—Casi amanece, todos estamos cansados y a veces las palabras se malinterpretan —dijo conciliador—, y como estamos de celebración, ¿qué os parece que organicemos unos juegos mañana? Así podréis poner a prueba la fuerza, destreza e inteligencia de cada uno.

Los hombres en la sala asintieron con la cabeza y acabaron las bebidas que los pajes les habían servido.

—Será un placer, duque —asintió Dark—, y no olvide pensar en mi proposición; puedo asegurarle que junto a mí estaría a salvo y viviría como una reina —acabó de nuevo con malicia.

—Lo pensaré, lord; tiene una larga lista de candidatos, pero es un honor que se interese por mi hermana.

—Habría que estar tuerto... ciego, para no ver que es una joya. Hasta dentro de un rato —se despidió con esa sonrisa de medio lado que daba escalofríos.

Guillermo lo vio marcharse escoltado por sus perros. Sabía que no tenía buen corazón y ese era el principal motivo por el que no lo tendría en cuenta. Miró a Raven. Todavía se preguntaba cómo había sido capaz de controlarse.

—Nunca —dijo serio—, cualquiera menos ese hijo de perra.

—Tranquilo —calmó a su amigo—, no entra en mis planes.

—Júralo.

—Tienes mi palabra.

Un poco más calmado, se marchó, seguido de los Cuervos, a tratar de dormir algo antes de enfrentarse a esa panda de malnacidos.

Capítulo XI

Las primeras luces del alba hicieron que Silvia volviese a su triste vida, al igual que las flores hambrientas de rayos de sol. Parpadeó confusa; estaba aterida por el frío y por la postura, casi imposible, en la que se había quedado dormida sobre la butaca. Perdida en su confusión, no lograba recordar qué había sucedido ni por qué estaba ahí hasta que escuchó el crepitar de su corazón roto tratando de recomponer, en vano, los trozos, pues se habían perdido.

Se levantó con dificultad y, al hacerlo, el libro cayó de su regazo al suelo. Se agachó a recogerlo y, después, se encaminó, por inercia, hacia la estantería a la que pertenecía. Acto seguido, con mucho sigilo, se dirigió a su habitación antes de que Lina llegase y la descubriese vacía.

No quería hacer correr la alarma y menos después de saber que habían entrado extraños a la fortaleza. Justo cuando llegaba a su habitación, se topó con su doncella, que llegaba con las cosas necesarias para asearla.

—Señora, ¿está bien? ¿De dónde viene? —preguntó extrañada.

—Sí, me quedé dormida en la habitación de mis padres —mintió, pero la biblioteca era un lugar que muy pocos conocían.

—Tiene un aspecto horrible, ¿seguro que está bien? —dijo con sinceridad—. Parece que no está en este mundo...

—Estoy bien... solo es que no he dormido mucho —murmuró sin convicción.

—Su amiga, la baronesa de Espadafor, la espera abajo. Además, tengo que advertirla de que su hermano está enfadado porque todos están en el salón para romper el ayuno y usted, la anfitriona, no ha bajado todavía.

Beatriz acababa de contraer nupcias no hacía mucho con un noble mayor que ella, el barón de Espadafor. Su padre había arreglado el matrimonio con una gran dote que serviría para aumentar las mermadas arcas del barón, y así su hija obtenía un título nobiliario, uno que su padre ansiaba.

La mayoría de los nobles estaban en la misma situación: sus arcas exprimidas y disminuidas por las exigencias de la guerra, una con la que

todos estaban de acuerdo, ya que lo más importante era reconquistar el Reino de Granada y devolverle a la Península su esplendor.

Muchos terratenientes habían conseguido amasar grandes cantidades de oro gracias al contrabando. Aunque todos sabían de esa práctica ilegal, no había hombres disponibles para perseguir esos delitos que, al fin y al cabo, terminaban ayudando a patrocinar la campaña militar de una u otra forma.

Los alimentos imperecederos y las armas eran el principal objeto por el que se pagaban cantidades desorbitadas de monedas. De esta forma había amasado la fortuna el padre de su amiga Beatriz, su única amiga desde la niñez, con la que había compartido muchos días solitarios soñando con sus respectivos futuros. Beatriz era la que más se atrevía a soñar, pues no tenía claro qué iba a ser de su vida. Silvia, sin embargo, siempre había planeado su vida en torno a Raven.

Ahora tendría que enfrentarse a la dura realidad y contarle con sus propias palabras a su amiga que su Cuervo no la amaba, que la había tratado con una frialdad inhumana y que su hermano pretendía cerrar un contrato matrimonial con Jaime de Palafox.

Se frotó los ojos y miró a Lina con desgana. Esa mañana no sentía ninguna urgencia por ver de nuevo a Raven, Dark, Jaime o a su hermano.

—Guillermo últimamente siempre está enfadado —musitó sin fuerzas.

—También la esperan para comenzar la competición.

—¿Qué competición? —preguntó confusa.

Ella no había organizado ninguna competición y, que supiera, su hermano tampoco. ¿De qué hablaba entonces su doncella? Lina esquivó la mirada, como si tuviera la sensación de que ella no debería contarle lo sucedía a su señora, pero ahora no podía guardar silencio, así que empezó a detallar lo sucedido.

—Temprano, ha habido un pequeño enfrentamiento entre los Cuervos y los otros extranjeros.

—¿Enfrentamiento? —volvió a preguntar, esta vez con algo de preocupación en la voz.

—Ya sabe, pujas masculinas sobre quién puede más, quién es más fuerte...

—Entiendo —cabeceó soltando un pesado suspiro—. ¿Hay heridos?

—No, nadie alzó un puño contra otro, pero el señor ha creído conveniente organizar unos juegos para demostrar la fuerza, la inteligencia y la destreza.

—Parece que va a ser interesante. Al menos, voy a poder estar con Beatriz todo el día; la echo de menos.

—Ella también, llegó hace una hora y lo primero que ha hecho ha sido preguntar por usted. ¿Desea que vaya a buscarla?

—¿Lo harías por mí, Lina?

—Claro que sí, mi señora. Ya lo sabe.

—Entonces ve, me muero de ganas de hablar con ella, ¿cómo la has visto?

—La he visto bien, mi señora; tan hermosa como siempre.

—Gracias, Lina.

Mientras su doncella iba en busca de su buena amiga Beatriz, Silvia se aseó y se colocó una túnica color añil que resaltaba su tez y sus ojos. Se arregló ella misma el cabello, recogéndolo en una larga trenza, y acabó el tocado con una pequeña horquilla con forma de mariposa.

El suave golpeteo a la puerta le indicó a Silvia que su invitada estaba allí, por eso abrió sin preguntar, deseosa de abrazar a su buena amiga, a la que había extrañado durante tantos eses.

Al abrir la pesada puerta de madera oscura, que rechinaba siempre sobre sus goznes faltos de aceite que suavizaran su mal humor, no pudo evitar la sorpresa que le causó ver a Raven frente ella, sin más compañía que su sombra.

Estaba tan atractivo que sintió un nudo en la garganta que no la dejaba respirar ni tragar el exceso de saliva que se había producido en su boca. Se había recogido la larga melena en una trenza, igual que ella, y llevaba algunos mechones sueltos cerca del rostro, donde su pelo era más corto. Su rostro estaba cubierto por una fina capa de vello oscuro y, de nuevo, su torso desnudo mostraba cada una de las cicatrices que lo recorrían.

Notó en ese momento lo grande y musculoso que era; un gran Cuervo, desde luego.

—Buenos días —consiguió balbucir.

—Buenos días, duquesa.

—¿Incluso a solas vamos a usar las formalidades, laird? —lo interrogó con un deje de tristeza en la voz.

—A solas, más que nunca —contestó él, cortante.

—Raven... —empezó a decir, pero él hizo un gesto con la mano para que callase.

—Solo he venido a recuperar mi colgante.

—¿Su colgante? —preguntó sin poder creer lo que escuchaba.

Raven no dijo nada, tan solo asintió con la cabeza. Silvia no podía creer que fuese el mismo hombre que una vez le juró amor eterno, que había sido tierno con ella, que le había regalado caricias ardientes, que le había hecho jurar que solo sería suya, el mismo que ahora la trataba con desprecio a la puerta de su alcoba.

—Hace años que no sé dónde está. Creo que lo perdí —mintió esperando que él no descubriese que no decía la verdad.

—¿Perdiste mi colgante? ¿Acaso no sabías lo que significaba para mí? —rugió molesto, olvidando el tono formal.

«Claro que lo sé, lo mismo que para mí».

—No lo recuerdo, lo siento. ¿Para qué lo necesitas? ¿Para dárselo a tu nueva prometida, a tu esposa...?

A Raven no se le había pasado por la cabeza que Silvia llegase a pensar que había otra en su vida. Podía ver en su mirada el odio y la pena que su presencia provocaba en ella. Tenía que acabar de una vez con eso, no podía estar cerca de ella durante más tiempo si quería cumplir la maldita promesa que le hizo a Guillermo y de la que tanto se arrepentía.

—Así que mi hermano no mentía... hay otra —continuó en voz más baja.

Raven seguía sin saber qué decir.

—¡Contesta! —gritó furiosa.

—Silvia, yo...

—No, Raven, no quiero que le des más vueltas a este asunto. Necesito obtener respuestas. Ya. Necesito saber si de verdad no me amas, si de verdad nunca lo has hecho, porque trato de convencerme de que aún sientes algo por mí, pero cada vez estoy más segura de que ya no es así. Raven MacCormac, ¿alguien te espera?

Raven supo en ese momento que tenía la clave para acabar con esa situación desastrosa y dolorosa para ambos, pero era incapaz de mentir. Verla con su tez, que resplandecía a pesar de la incertidumbre, sus ojos rasgados llenos de destellos de pena, su melena dorada con reflejos castaños... ¡Era tan hermosa! Cuando la miraba, solo era capaz de saborear de nuevo aquel beso, el primero, en aquella cocina familiar llena de olores: a hogar, a pan recién hecho, a amor.

Apretó los puños, debatiéndose, tratando de decidir qué alternativa era la correcta. De lo que sus labios pronunciasen en ese momento dependería todo su futuro. Un futuro donde, en realidad deseaba tenerla. Sufría por su ausencia, por no tenerla. Las ganas por apresarla entre los brazos mientras le regalaba un beso eterno hacían que un dolor profundo taladrara su corazón, pero la verdad era que no podía condenarla a la vida de austeridad y retiro que se había impuesto.

Estaba acostumbrada a un hogar confortable y a vivir abrigada por el calor de una chimenea en su habitación para caldear la estancia; no soportaría las noches frías sobre un *plaid* y como único abrigo el cielo estrellado.

Sentía que tenía la obligación de romper el lazo que los unía ahora, por doloroso que fuera; tal vez, con suerte, encontrase un hombre que la amase tanto como él lo hacía, tanto como para que hubiera sido su único sustento durante las batallas, la luz al final del túnel a la que se aferraba, y ella, quizá, lograra amar a otro hombre olvidándose de él, aunque supiese con certeza que nunca podría olvidarla.

—Sí, Silvia. Hay otra mujer esperándome. —Al pronunciar la mentira, el alma de Raven se quebró de dolor, pero contuvo la rabia y el dolor, agarrados entre las manos, con las que hizo un puño para no soltarlos y no confesar la mentira.

—Entiendo, entonces. Si hay otra mujer, ya es tarde, no hay nada que pueda hacer. Aceptaré el compromiso que Guillermo estime oportuno.

—¿Te ha elegido esposo?

—Sí —mintió, pues todavía su hermano no había cerrado ningún acuerdo—, pero eso, ahora, no es asunto tuyo, Raven. Espero que seas feliz, porque yo nunca lo seré gracias a ti y a las mentiras que creí.

—No digas eso. Vas a ser feliz —ordenó brusco.

—¿Me ordena, mi laird, que sea feliz? —le preguntó, a punto de perder el control a favor de la rabia que la consumía despacio—. Me gustaría que esa felicidad tuviese tu nombre, de verdad lo deseo, pero estoy cansada de esperar por una ilusión que se desvanece con el paso de los años, disipándose lentamente, y ahora me parece que puedo ver la realidad dibujarse con claridad frente a mí.

—¿Cuál es esa verdad? —se arriesgó a preguntar.

—Que nunca me amaste, que solo me utilizaste, que nunca pensaste en cumplir las promesas que me hiciste, que todos mis recuerdos son mentira, igual que las palabras que pronunciaste. Te he esperado largos años... ¡Diez malditos y eternos años por tu regreso! Dejé que cumplieras tus sueños de jugar a ser el salvador del mundo, que lucharas por algo en lo que firmemente creías mientras las horas, los días, los meses y, más tarde, los años, devoraban mi tiempo, mis ilusiones y mi amor por ti. No es la primera vez que me dices adiós y al final siempre acabas regresando, pero esta vez todo será diferente, Cuervo —espetó.

—¿Diferente?

—Ya no estoy dispuesta a esperarte de nuevo. Ha llegado el momento de dejar tu recuerdo enterrado en un lugar alejado, relegado en lo más profundo de mi corazón, y me obligaré a desterrar cualquier pensamiento sobre ti o sobre una vida juntos para poder seguir adelante con mi propia vida. Después de todo, nunca me has amado.

—No siempre es suficiente, Silvia —murmuró, apenas un susurro que esperaba que no dejase entrever el daño que sus palabras le infligían.

—Puedo ver que no ha sido suficiente para ti, porque como yo te amo, nadie te va a amar jamás —sentenció.

—¿Cómo puedes decir que me amas? ¿Me has visto? ¿¡Has visto mi rostro deforme!? ¿Mi cuerpo sembrado de cicatrices aradas con armas? ¿Has visto el ser en el que me he convertido? —aulló presa del dolor, arrancando el parche que cubría su ojo.

Silvia, ante el estallido, no se amilanó; lo conocía, empezaba a pensar que mejor que él mismo, y estaba segura de que el Cuervo, aunque agitase las alas y la amenazase con el pico abierto, no iba a dañarla. Miró con fijeza la zona que ocultaba con el parche. La cicatriz que recorría su rostro se había

cebado en ese lugar, donde la piel deformaba algo su hermoso ojo. Pero para ella eso no era un motivo suficiente; eran heridas de guerra, nada más. No cambiaba quién era.

—Y, según tú, ¿en qué ser te has convertido?! —lo increpó sin perder terreno.

—¡En uno que vende sus servicios al mejor postor y que vaga de un lugar a otro sin tener un verdadero hogar al que pertenecer! No tengo nada, Silvia, ¡nada que ofrecer! ¡Maldita sea! —explotó dejando que el dolor lo traspasara.

—Cuando te miro, Raven —musitó—, solo veo a aquel muchacho con la nariz sangrante que no gritó cuando mi padre la colocó en su sitio y que me susurró que le gustaba mientras me robaba un beso. El primero de muchos que acepté de buen grado, el primer beso que plantaste y que creció en mi corazón. Eso veo cuando te miro. Sin embargo, cuando hablas, a pesar de que reconozco tu voz, tus palabras me son desconocidas y no consigo encontrarte entre ellas.

—Es mejor que nos separemos. El destino a veces nos obliga a ir por senderos diferentes.

—¿Ese es tu consuelo? ¿Que no estamos destinados a estar juntos? Créeme, Raven, cuando te digo que el destino no tiene la última palabra y que uno puede rebelarse o al menos intentarlo para hacer que ese camino, aunque se bifurque, vuelva a encontrarse para poder recorrerlo juntos. Pero veo que te has rendido y no deseas tenerme de compañera, agarrar mi mano y saltar los obstáculos que la vida nos ha puesto. Ahora, Cuervo, vete, sal de mi vida. Voy a aceptar el compromiso que a mi hermano más le interese cerrar. Me casaré con toda probabilidad con el marqués de Palafox y viviré lo mejor que pueda esta vida que me has obligado a aceptar. Ahora parte, ve de nuevo hacia la batalla, presta un buen servicio y consigue que mi rey te entregue una gran bolsa repleta de oro para que, al menos, este viaje haya merecido la pena y no haya sido para nada.

—No hables así, Silvia, no deseo... verte con otro —confesó.

Ambos se habían ido acercando. Raven había dejado la seguridad del pasillo y se encontraba en la habitación de la mujer a la que a pesar de amar no podía tener.

—Tus palabras son egoístas, mentirosas y traicioneras, y ese no es el Raven que conocí. No me importa tu rostro, según tú, deformado, ni las cicatrices de tu cuerpo o tu alma; sé que con paciencia y amor podrían sanar, solo que no lo deseas. Incluso me atrevería a decir que sí que tienes un hogar. Aquí, junto a Guillermo, junto a mí... Pero estoy segura de que rechazarás esa alternativa.

El silencio se hizo pesado entre ambos. El día se había oscurecido. Una espesa nube gris se había colocado delante del sol, logrando que su luz fuese apagada, igual que el alma de Silvia. Al ver que Raven permanecía en silencio, decidió acabar con la tortura, que se alargaba demasiado.

—Acaba lo que hayas venido a hacer aquí y regresa con esa mujer que te espera, esa de ojos azules, caderas sinuosas y fuerte carácter que parece tener todo lo que yo no poseo y puede darte todo lo que yo no tengo, y déjame partir para siempre. No trates de retenerme con excusas. No nos queda nada de lo que hablar ni nada más que decir. En esta ocasión, Raven, la que te dice adiós soy yo. Solo una cosa más...

—¿Algo más? —preguntó sin entender qué más podría pedirle.

—Te has rendido... Deberías cortarte la melena —musitó tratando de parecer digna mientras esperaba a que se fuera, algo que deseaba que no tardase en suceder, pues sus piernas temblaban sin cesar a la vez que las fuerzas la abandonaban y la harían caer.

Apretó la mandíbula para contener las lágrimas que ya habían comenzado a humedecer su rostro y que no quería que él viese.

Raven no se merecía su pesar. La había traicionado. Frente a ella, con los ojos empañados por el dolor que sus palabras y sus gestos le causaban, se sentía el peor hombre del mundo. Estaba siendo tan cruel como lo era con sus enemigos en la batalla y no podía negar que todavía la amaba, ¡maldita fuera!, aunque no la mereciese. Aunque no tuviese nada que ofrecer, aun así, era suya y estaba dejándola a merced de cualquiera. Era un cobarde, ella había acertado en eso.

Raven sentía que su pecho iba a explotar por el odio que sentía hacía sí mismo en ese momento. Era el causante de su dolor y no le agradaba, solo podía pensar en fundirse contra su delgado cuerpo en un largo abrazo y confesarle que ella lo era todo para él, y así borrar el dolor de su rostro. Sin

percatarse, había ido acercándose como si una cuerda invisible, que no pudiese ver ni notar, los atrajese cada vez más mientras el nudo alrededor de sus cuerpos se apretaba con firmeza, fusionándolos.

Silvia sentía la garganta seca y, al tratar de tragar saliva, que le supo igual que la arena, el nudo se hizo más grande y le arañó la garganta al pasar por ella.

Su pupila verdemar la tenía hipnotizada, podía ver en el fondo arder ese fuego que siempre se prendía cuando estaban juntos. Sin saber por qué, levantó la delicada mano y acarició la mejilla del hombre, dejando que su vello arañase la palma de su mano. Le gustaba esa sensación y repitió la caricia, despacio, dejando que su cuerpo percibiese al hombre.

Raven no dijo nada; no podía. Estaba hechizado. Silvia lo miraba como si de verdad no le importasen su aspecto deformado o su cuerpo plagado de cicatrices. Se había ganado cada una de las marcas y no por lo que todos pensaban. No se sentía orgulloso de ellas; aunque fuesen la prueba de que había peleado cara a cara contra la muerte por lo que creía y por su vida, también eran la prueba de las vidas que les había arrebatado a otros que peleaban por lo que creían justo.

Debía detenerla antes de que fuera tarde. Sentía los músculos tensarse como la cuerda de su arco ante la inocente caricia. Apretó la mandíbula; tenía que lograr reunir sus malditas fuerzas para apartarla, unas que parecían haber mermado, pues no encontraba el arrojito para apartarla ni alejarse. Su contacto era suave, dulce y sensual, todo a la vez, y lo enloquecía.

Cerró el ojo. Se permitiría solo un momento de debilidad, y cuando volvió a abrirlo creyendo que ya era dueño de su control, la vio mirándolo extasiada, con su generosa boca entreabierta y sintiendo la otra mano de la joven apoyada en su pecho, recorriendo la cicatriz que tenía cerca de su corazón y que había estado a punto de costarle la vida, con el pecho agitado por la falta de aire.

Esa herida que lo mantuvo en la cama perdido entre delirios durante días y en todas esas horas que pasó inmerso en la inconsciencia solo fue capaz de pronunciar una palabra con claridad: Silvia.

—Me deseas —murmuró Silvia, segura de reconocer el sentimiento que se desvelaba en su mirada.

Su garganta se secó al advertir que era rudo, salvaje y a la vez dulce y suave... Tan sensual que supo que tenía que besarlo; no podía esperar más, moría por hacerlo, por tenerlo dentro, porque fuera solo suyo.

Alzó el rostro y se acercó salvando la distancia que separaba sus cuerpos. Podía ver que el pecho masculino se agitaba con fuerza, y el suyo luchaba por respirar sin dificultad. Nunca había sentido un deseo así por nadie, nunca. Quizá el amor verdadero sí que existía y ella había tenido la suerte de conocerlo a una edad temprana. Raven era suyo; su cuerpo se lo gritaba y el del hombre frente a ella lo corroboraba a pesar de las duras palabras que fuese capaz de pronunciar.

Se puso de puntillas y besó con suavidad la barbilla del hombre; acto seguido, le regaló otro beso, cerca de los labios, pero sin llegar a rozarlos. Con roces tiernos, besó su rostro sin descanso, aprovechando el momento, y Raven gruñó sin poder soportar más el deseo abrasador que despertaba en su interior. Con un abrazo feroz la rodeó y la levantó para fusionarse con su boca.

Silvia sonrió. Sus bocas estaban unidas, como debía ser. Como estaba escrito, desde siempre. Raven apretó a Silvia contra su cuerpo, que ya latía endurecido por su contacto, y ella le devolvía los besos con la misma intensidad. Era puro fuego. Pura pasión. Y era suya. Y, aun así, no podía estar con ella. Le había prometido a Guillermo alejarse de ella, no pedir su mano en matrimonio a favor de alguien que la mereciera más y, a pesar de todo, cada vez que se acercaban no podían evitar fundirse el uno con el otro. Perdido en su boca, sediento de su cuerpo.

Pensar en Guillermo, en su decepción y en que podría herirlo al faltar a su palabra, le hizo reaccionar y reunir las fuerzas necesarias para romper, una vez más, ese beso que tanto ansiaba.

—Duquesa, no puede ser. Le ruego que se mantenga alejada de mí, por favor. No puedo faltar a mi palabra.

Y, así, haciendo acopio de toda su entereza, se dio la vuelta y se marchó una vez más por la puerta, con el miembro endurecido y protestando, y su corazón latiendo como si cien sementales galoparan en su interior.

Silvia no oyó como la puerta se cerraba con un golpe fuerte y sordo. Otra vez había apostado a ganar y había perdido. Raven la había dejado

plantada, excitada y hambrienta. Y lo que más le dolía eran sus palabras, que le rogaban que se mantuviera lejos de él.

Las lágrimas acudieron de nuevo a sus párpados y aunque trató de contenerlas no fue capaz de retenerlas todas; algunas humedecieron su rostro.

Beatriz apareció por la puerta instantes después, preciosa, con su larga melena castaña y rizada recogida con un broche de piedras preciosas. Se la veía radiante; a pesar de su reticencia a contraer matrimonio con un hombre mayor que ella y viudo, parecía ser feliz.

Sus ojos, grandes y de mirada amable, acompañados de su sonrisa fácil, la dotaban de una belleza sencilla y sincera. Siempre había sido el alma de las fiestas: coqueta, parlanchina y, sobre todo, agradable con todo el mundo; era la mujer a la que los hombres deseaban y las mujeres admiraban.

—¡Silvia, amiga! —exclamó feliz, hasta que se percató de que algo no iba bien—. ¿Qué sucede? ¿Lo que veo son lágrimas? —preguntó cambiado el tono de voz.

—¡Beatriz! —exclamó—. Me alegro tanto de verte —dijo entre sollozos.

—¿Qué ha pasado? Ah, déjame, adivinar... ¿Raven?

—Sí, Raven.

—Y, bien...

Beatriz la miraba fijamente. Se conocían desde hacía tanto... Ella mejor que nadie conocía el amor que le había profesado a Raven, el que aún ardía con fuerza en su interior, y confesar en voz alta aquello que la estaba matando con lentitud la hizo derrumbarse.

—Ya... ya no me ama. Ha olvidado lo nuestro, sus promesas, su amor por mí... todo. Se ha olvidado de todo, Beatriz. —Lloró entre los brazos de su amiga.

—No puede ser —murmuró sorprendida por la repentina confesión.

—He tratado de convencerme de ello, pero sí, sí puede ser. Me ha pedido que me aleje todas las veces que me he acercado a él. Me ha despreciado con duras palabras y me ha confesado que hay otra mujer esperando por él.

Beatriz guardó silencio durante un instante, el que necesitó para asimilar lo que su amiga le había confesado entre amargos sollozos.

—Es un... ¡un salvaje que no te merece! —concluyó.

—También he tratado de convencer a mi corazón de eso, pero es testarudo y se empeña en seguir amándolo... Bueno —se interrumpió—, no hablemos de mí. —Trató de calmar los espasmos que acompañaban a las lágrimas—. ¿Qué tal tú? Te veo muy elegante y más bonita que nunca, ¿qué tal tu vida de casada?

Beatriz sabía que su amiga intentaba no pensar en el hecho de que el hombre al que amaba la había despreciado; por eso, a pesar de que sabía que Silvia no estaba bien y que tardaría un tiempo en recuperarse, la distraería con una charla diferente y menos amarga.

—La verdad es que al principio tenía mis dudas, pero he de decir que ahora mismo estoy encantada. Mi *baroncito* me trata de maravilla, es amable, cariñoso y muy atento. Supongo que no puedo pedir más.

—Sí que podrías... —dijo más para sí, pensando en lo feliz que se podía ser al lado de un hombre al que se amaba en vez de vivir junto alguien al que te obligan a permanecer atada.

—Sí, podría, es cierto, pero ¿sabes? En unos meses seremos tres y entonces no podré pedir nada más.

—¿Estás encinta? —preguntó al cabo de unos segundos, cuando comprendió las palabras de su amiga, que asentía sin dejar de sonreír—. ¡Enhorabuena, Bea! ¡Qué alegría! —chilló saltando junto a su amiga y olvidando la amarga realidad por un momento—. ¿Tienes síntomas? ¿Náuseas? ¿Mareos? ¿De cuántos estás?

—No tengo síntomas, de momento —Beatriz sonreía divertida por la larga retahíla de preguntas que su amiga le hacía—, solo algunos leves mareos por la mañana y un poco de malestar que se me alivia en cuanto tomo algo dulce. La comadrona me dijo que solo tengo dos faltas y que he de esperar a la tercera para asegurarme de que ha cuajado bien, pero no podía dejar de contártelo a ti.

—¡Qué feliz estoy por ti! —gritó de nuevo, con los ojos empañados por la emoción.

Ambas permanecían agarradas de las manos y se paseaban nerviosas, sonriendo como niñas pequeñas. Cuando se cansaron de saltar, se dirigieron, juntas y entre risas, hacia la planta baja, donde Marisa les tenía preparada una

cesta llena de panecillos, fruta y algunos dulces para disfrutar de la competición mientras seguían charlando de sus cosas.

Capítulo XII

Llegaron a un patio de armas irreconocible. Habían preparado circuitos para las pruebas y todos los invitados se habían reunido allí para disfrutar del espectáculo. Había tres bandos perfectamente diferenciados: de un lado podía verse a los Cuervos; de otro, a los soldados de su hermano, y algo más alejados, a los ingleses.

Los más altos y fuertes eran, sin duda, los salvajes *highlanders*; incluso Ayla los superaba en estatura a muchos de ellos. Lord Dark llamaba la atención entre los suyos, y entre los soldados de su hermano, Guillermo sobresalía. Junto a él, Jaime, que le dedicó una intensa mirada y le guiñó el ojo con descaro, lo que provocó que Silvia desviase la vista ruborizada.

—¿Qué ha sido eso? ¿Tienes algo que contarme? —interrogó Beatriz a su amiga al ver su gesto y su respuesta.

—Al parecer, y si nada ni nadie lo remedia, va a convertirse en mi esposo.

Beatriz se quedó sin palabras mientras asimilaba lo que su amiga acababa de confesarle y se sentaron en un pequeño palco que habían improvisado sus criados para ellas. Colocaron la cesta con la comida en el suelo, entre ambas, para esperar a que comenzaran los juegos.

—¿Y tú estás de acuerdo? —murmuró para evitar que nadie las escuchara.

—No, pero ¿acaso tengo otra opción? Guillermo me ha dicho que va a desposarme con quien crea oportuno en breve.

—¡No puede! Se lo prometió a tu padre —justificó.

Beatriz iba a continuar enumerando las razones por las que el duque de Castro no podía hacer algo así cuando se vieron interrumpidas por el objeto de su conversación.

—Buenos días —las saludó su hermano—, baronesa, Silvia... Nos hemos quedado esperando a que la señora de la casa nos acompañase en el salón —increpó sin ocultar que estaba molesto.

—Lo siento, Guillermo, anoche no dormí bien —dijo sin más.

—Te veo bien, Beatriz —comentó antes de inclinar la cabeza furioso y dejarlas de nuevo a solas.

—Parece de mal humor.

—Sí, últimamente es su estado natural.

Las dos rieron mientras Guillermo se alejaba con paso firme y regio para reunirse con el grupo que había elegido para la competición.

—¿Una mujer? ¿Raven lleva a la guerra a una mujer? —preguntó a su amiga sin poder ocultar su sorpresa.

—Sí, a mí también me pareció de lo más extraño, pero al parecer es una gran guerrera.

—No entiendo nada, ¿cómo puede ser? —insistió su amiga.

—Ahora lo comprobaremos —sonrió.

Silvia pudo distinguir a Ayla con facilidad, no era difícil ver a una mujer entre tantos guerreros; iba a ser la primera en batirse. La prueba consistía en luchar con las espadas, y el primero que desarmara al otro se haría con la victoria.

Ayla, armada con su *claymore*, que parecía demasiado grande y pesado para los brazos de una mujer, se movía con maestría, manejándola con seguridad.

Su adversario, uno de los ingleses, sonrió al verla, se relamió los labios de forma obscena y le lanzó un beso más grosero todavía. No contento con esas muestras desagradables, se giró e hizo un movimiento grotesco con las caderas que hablaba por sí solo. Silvia sintió vergüenza por el comportamiento de ese soldado y lo miró fijamente para, más tarde, decirle lo que pensaba de su actitud.

Ayla, que se había dado cuenta del insulto al igual que el resto de los Cuervos que se removían inquietos, deseosos de poner al hombre en su sitio, no esperó que el árbitro hiciera la señal de que el juego empezaba, agarró a su contrincante por los hombros y lo lanzó volando unos metros hacia atrás, sorprendiéndolos a todos, incluida la anfitriona.

Silvia dejó escapar el aire por la admiración que sentía hacia esa mujer de aspecto tan femenino y que, sin embargo, peleaba como el más rudo de los guerreros. ¿Cómo había conseguido lanzar a un hombre de ese tamaño y peso

tan lejos?

—Es preciosa y, además... pelea mejor que un hombre... —murmuró Beatriz.

—Sí, es impresionante, ¿verdad?

—Así es. Parece que tiene la admiración de muchos...

—Menos del joven al que ha vencido, aunque me alegra —confesó Silvia—; se merecía una lección.

—Está muy bien entrenada, ese chico no sabía con quién se metía... —sonrió Raven, de repente, a su lado.

A Silvia la pilló desprevenida el comentario de Raven, al que no esperaba cerca de ella, y no supo qué decir.

—Cuanto tiempo sin verte, Raven MacCormac —dijo Beatriz en su lugar—, veo que los años te han cambiado... y mucho.

—Sí, supongo. También está cambiada, baronesa.

—Todos hemos perdido y ganado cosas estos años —comentó acariciando su tripa.

—Enhorabuena —sonrió Raven y se marchó sin más.

Ambas se quedaron mirando al imponente guerrero, que se alejaba con paso seguro y decidido. Silvia dejó escapar un suspiro de anhelo.

—Si me permites una observación, querida, tengo que decirte que es escalofriante; creo que lo más sensato es que te olvides de él.

—Gracias, Beatriz, por tu sinceridad. Todos os empeñáis en decirme que estaré mejor sin él; sin embargo, cada vez que imagino un futuro sin Raven... mi alma se rompe un poco más.

—Parece que él ya no tiene. Tenlo presente, amiga.

Silvia se quedó en silencio, pensando en las palabras de su amiga; quizá todos tenían razón y la que estaba equivocada era ella, empeñada en seguir adelante con algo que no tenía futuro. Raven había dejado de existir para dar paso al Cuervo y, la verdad, empezaba a no estar segura de que él fuera lo que deseaba.

La siguiente prueba fue divertida: consistía en lanzar una pesada roca lo más lejos posible sin pisar en la marca. Silvia y Beatriz pudieron admirar la destreza y fuerza de algunos de los hombres al lanzarla.

—Parece tan pesada... —le comentó Beatriz a su amiga.

—Sí, no creo que pudiese ni moverla.

—Ha ganado Raven —informó Beatriz.

—Diría que me sorprende, pero estaría mintiendo.

Raven pasó cerca de ella y se dirigió a la zona que habían preparado con bebidas y lienzos para secar el sudor de sus cuerpos por el esfuerzo.

Silvia sabía que no estaba bien, pero no podía evitar maravillarse con la musculatura de Raven. Tenía que parar, apartar la mirada; si no, iba a suscitar habladurías. Pero no podía dejar de hacerlo, estaba hechizada.

—Duquesa —la interrumpió Dark con una elegante reverencia acompañada de una seductora sonrisa.

—Milord —saludó con cortesía.

—Mi siguiente victoria es para vos —dijo alzando la voz y posando un beso en una de sus manos.

Silvia vio que Raven apretaba los puños a pesar de que aparentaba que ignoraba a Dark. No estaba segura de si Dark le prestaba esas atenciones porque de verdad estaba considerándola o si tan solo lo hacía por la animosidad que sentía hacia los escoceses.

De todas formas... ¿no iban a pasar solo la noche y continuar viaje hasta Santa Fe? Sería algo que tendría que averiguar con su hermano.

—Ese lord Dark es muy apuesto —murmuró Beatriz en su oído en cuanto se hubo alejado—. Y ese acento...

—Sí, es apuesto, no puede negarse algo tan evidente, pero no sé, Beatriz. Tiene algo... oscuro.

—¿Así que ves la oscuridad de Dark y no la de Raven? Curioso. Es cierto eso que dicen.

—¿Qué? —preguntó, aunque no estaba segura de haber hecho bien, porque no sabía si iba a gustarle la respuesta sincera de su amiga.

—Que el amor es ciego —contestó.

—Ya no sé qué pensar, Bea. Me hiere con sus palabras, me desprecia con sus gestos y... me ha pedido que le devuelva el colgante.

—¿El que te regaló para sellar la promesa de que iba a regresar para hacerte su esposa? —interrogó con sorpresa, pues conocía la historia y sabía lo importante que era para su amiga ese recuerdo.

—Ese mismo.

El ruido de los hombres charlando mientras la siguiente prueba empezaba las distrajo. Bebían cerveza y vino y sonreían; en realidad, parecía que lo pasaban bien. ¿Por qué no podía disfrutar también de la fiesta?

—Se lo has devuelto, ¿verdad?

—No, le he mentado. Le he dicho que hace mucho que lo perdí.

—¡Silvia! —se quejó su amiga.

—Lo sé, Bea, lo sé... pero no puedo hacer que mis sentimientos por él desaparezcan de la noche a la mañana.

—¿De la noche a la mañana? —dijo con tono serio—. Diez años, Silvia. Diez largos años hace que Raven llegó a tu vida, ¿cuántos desde la última vez que lo viste?

—Seis —murmuró con pesar, pues sabía que su amiga tenía razón.

—¡La siguiente prueba consistirá en empujar el tronco para sacar del círculo al oponente! —gritó el mozo que hacía las veces de árbitro, interrumpiendo su conversación.

Silvia miró hacia el círculo. En él, Arturo, uno de los hombres de su hermano, esperaba sonriente. El tronco tenía unas agarraderas fabricadas con cuerda en cada extremo, cada participante debía agarrar por ese extremo el grueso tronco y empujar con la fuerza suficiente como para que el otro saliera del círculo dibujado en la tierra.

Competiría contra Dark, que la miró y le dedicó una bonita sonrisa; ella, aunque no lo deseaba, se la devolvió y esperó a que Raven reaccionara de alguna forma, pero la indiferencia que estaba mostrando le dolía más que sus palabras.

Dark empujó con fuerza y sacó en volandas del círculo, sin esfuerzo aparente, al joven soldado que estaba bajo las órdenes de su hermano. Era demasiado joven para competir con la fuerza y destreza de un soldado curtido como era Dark.

Uno tras otro, los hombres de su hermano cayeron y Dark se daba como absoluto ganador, cuando Raven apareció en escena.

—Ahora, lucha contra mí, a no ser que tengas miedo de enfrentarte a alguien de tu nivel en vez de a niños imberbes.

—Lo estaba esperando, Cuervo.

El sol golpeaba sobre el pecho duro de Raven y su cabello oscuro,

recogido en una larga trenza, le daba un aspecto más salvaje, si eso era posible. El parche le otorgaba a su rostro un aspecto amenazador y la expresión adusta de su cara lograba el mismo efecto. Parecía inmortal, y con toda seguridad lo era. Silvia estaba segura de ello. Explicaría el motivo por el que había burlado a la muerte en tantas ocasiones.

Dark lo miraba sonriente y agarró el tronco con fuerza. Raven hizo lo mismo y, en ese instante en el que todos los presentes contenían el aliento, el pájaro de Raven graznó con fuerza colocándose en el tronco, como si fuese a ser el que diera la señal para empezar.

Era un ave de gran envergadura, de plumaje oscuro y tan brillante como el de su dueño, y lo más llamativo era que le faltaba un ojo. Parecía estar hecho para acompañar a Raven; dos cuervos solitarios, dos supervivientes diferentes a los demás.

El cuervo alzó el vuelo y Dark tomó la delantera dándole un fuerte empujón a su contrincante, que, por un momento, perdió algo de territorio. Silvia advirtió que Dark le decía en gaélico algo a Raven, lo que provocó que se recompusiera con rapidez y empujase con tanta fuerza el tronco que Dark no tuvo nada que hacer cuando sus pies abandonaron el suelo.

Raven lo había levantado varios centímetros y lo sacó del círculo de manera impresionante y en muy poco tiempo. Los Cuervos se pavoneaban y vitoreaban a su laird, que respiraba con brío.

—Desde luego, es un ejemplar magnífico... a su manera —murmuró Beatriz, embelesada en el espectáculo.

—Lo es —afirmó Silvia, que no pudo evitar sentir que su pecho se llenaba de orgullo.

Miró a ambos. Dark estaba dolido, lo sabía porque apretaba los puños y miraba a Raven con una intensidad que podía catalogar de odio, sin duda alguna. Con el pelo claro, los ojos azules y su corpulencia, que no era tan intimidante como la de Raven, se podía considerar un hombre atractivo; sí, sin duda lo era. A pesar de todo, había algo en su mirada que la hacía estar alerta.

Raven era todo lo contrario, oscuro, fiero... con su larga melena oscura trenzada, su pecho descubierto lleno de cicatrices y esa fiera mirada que dejaba sin aliento a cualquiera, fuese hombre o mujer, por diferentes motivos.

A pesar de todo, no era capaz de ver la maldad en Raven.

La siguiente prueba era por equipos. Silvia tomó unos bocados de queso y pan, y le ofreció algo a su amiga, que se decantó por un trozo de dulce bizcocho. Los hombres de su hermano se colocaron en fila y los ingleses en otra. Tenían que agarrar una larga cuerda y tirar; perdería el equipo que primero pisara la marca del suelo.

Los jóvenes soldados de su hermano no fueron unos rivales a tener en cuenta y no podía evitar preguntarse si estaban realmente preparados para batallar. El grupo de Cuervos, con Ayla en cabeza, tomó el lugar del equipo que había perdido y la lucha comenzó de nuevo.

Durante unos minutos eternos los hombres se resistían a ceder ni un solo centímetro de su terreno, pero, al final, los Cuervos se impusieron y derrotaron a los ingleses entre palabras que no comprendía, pero que sabía qué significaban. La enemistad entre los escoceses y los ingleses era más que evidente.

Quedaba una última prueba, Silvia no lograba distraerse como había imaginado en un principio; al contrario, se le hicieron eternas y no fue capaz de disfrutar ninguna, mucho menos la última, en la que Jaime y Raven se enfrentaron. La prueba consistía en elevar una roca de gran tamaño todo el tiempo posible, y Jaime, al saber que no iba a poder sostenerla durante mucho tiempo y viendo que su contrincante parecía levantar una pluma, más que una piedra de esas dimensiones, tropezó y cayó contra él *accidentalmente*, por lo que Raven estuvo a punto de salir mal parado y ocasionar daños a algunos de sus Cuervos. Ayla, ni corta ni perezosa, le había dado un buen golpe a Jaime en el estómago que le provocó arcadas, mientras los demás se reían de él. Estaba enfadada. Mucho. Pero no iba a intervenir; esas pruebas no habían hecho más que constatar el hecho de que los Cuervos superaban en fuerza a los demás y ahora provocaría más animadversión entre ellos.

Tras el incidente, se excusó y se retiró a descansar, seguida de su buena amiga, y no salió de su habitación hasta que llegó la hora de la cena de despedida, cuyo colofón sería un último baile. Seguía molesta con su hermano, Raven y Jaime. Ninguno de los tres se había ganado su respeto ni su perdón durante el largo día que, al final, había estado plagado de malentendidos y muestras de hombría innecesarias.

Se miró en el espejo por última vez y sonrió. Era consciente de que a su hermano, de nuevo, iba a desagradarlo el vestido que había elegido para el baile, pero necesitaba despertar algún sentimiento en Raven. Aunque no tenía claro que sirviera de nada, quería corroborar una vez más que no sentía nada por ella, necesitaba saber qué había de verdad en sus palabras. Algo en su interior se negaba a creer que de verdad todo lo que habían sentido el uno por el otro hubiese quedado relegado en un rincón del olvido. Había llegado a la conclusión, durante la larga tarde a solas en su alcoba, de que era más fácil adivinar sus verdaderos sentimientos a través de sus gestos que por sus palabras, las mismas que manejaba a su antojo para dañarla.

El brial de color negro con adornos en hilos plateados era deslumbrante; se pegaba a su figura como un guante, marcando sus curvas lo justo para atraer las miradas de los caballeros que llenaban la sala. Al unirse con ellos a la mesa, comprobó que su hermano no aprobaba su elección y, sin decir apenas nada, se sentó ocupando su lugar.

Tras una conversación tensa sobre la partida del día siguiente que apenas despertó el interés de Silvia, comenzó el baile. Se reunió con su amiga Beatriz y habló con ella sobre los invitados que habían asistido y sobre los que Bea tenía muchos y jugosos secretos de los que informarla.

Se reían a carcajadas cuando un joven se acercó y le pidió el siguiente baile. Como anfitriona que era, aceptó el brazo tembloroso del joven, que no estaba segura de si sabría bailar.

Miró de reojo a Raven; era algo que no podía evitar, siempre andaba en su busca y lo vio reír con una joven mujer a la que acarició disimulado un mechón de cabello, y eso la hizo decidirse; bailarían con todo el que le solicitara un baile, y así hizo, no hubo hombre, soltero ni casado, que se resistiera a bailar con esa anfitriona tan atractiva y dispuesta.

Raven no soportaba más la tensión. Pensó que si apretaba más la mandíbula iba a rompérsela y que si se clavaba más los dedos en las palmas de las manos iba a traspasar la carne. Había bailado con todos, absolutamente todos los hombres de la sala, excepto con él. Pero, ahora, era su turno.

Se acercó a la pareja cuando los acordes de la música se apagaron e hizo una reverencia para solicitar el próximo baile.

—He esperado con paciencia mi turno. Ahora me toca a mí.

—Quizá, Cuervo —usó su apodo de forma intencionada—, lo que sucede es, simplemente, que no deseo bailar contigo.

—Sí lo deseas.

—¿Lo deseas tú, Raven?

—Solo quiero bailar contigo. He tenido que ver cómo bailabas, sonreías y hablabas con los demás durante demasiado tiempo; ahora yo también quiero algo de tu compañía.

—Como bien sabes, mi hermano va a elegirme marido y debo conocer a los candidatos, así que he pensado que la mejor forma de averiguar algo sobre ellos era conversando mientras nos mecíamos con una suave música de fondo.

Raven apretó la mandíbula de nuevo; no soportaba escuchar que Guillermo iba a elegir esposo para Silvia, aunque no era algo nuevo, ya lo sabía desde hacía tiempo.—No deberías haber elegido ese vestido. Fue un regalo de ese cobarde, ¿verdad? —increpó refiriéndose a Jaime.

—Estás en lo cierto. Lo fue. ¿Cómo lo sabes?

—Porque no ha dejado de jactarse durante toda la noche de que ese vestido fue un regalo suyo y que al ponértelo estás dejando claras tus preferencias.

—No ha sido el único vestido que me ha regalado, ha estado cortejándome durante años. Además, no creo que tenga que recordarte que no eres mi padre ni mi hermano. Ni siquiera puedo decir que seas algo mío, me has dejado muy claro que lo que hubo entre nosotros acabó hace mucho tiempo y que no estás dispuesto a tratar de recuperarlo, ¿qué te hace pensar que puedes inmiscuirte en mi manera de buscar marido?

—No me gusta que ningún hombre te mire con deseo.

—No tiene que gustarte a ti, tampoco podrías evitarlo —dijo riendo con ganas mientras la música los envolvía.

—Podría. —Le devolvió una sonrisa que mostraba crueldad.

—No me das miedo, Raven MacCormac. Ni tú, ni el Cuervo Oscuro.

—Deberías. No enciendas la furia del Cuervo si no vas a ser capaz de atenerte a las consecuencias.

—Tu furia no es mayor que la mía, Raven, y ahora, si me lo permite el Cuervo, esta ave deja tu bandada. Tengo cosas más importantes que hacer,

como encontrar un marido, ya que el candidato que tenía en mente me ha rechazado en reiteradas ocasiones; al parecer, ya tiene otra a la que dedicar sus días. Así que buenas noches, laird Raven MacCormac.

Con todo el dolor que decir esas palabras causó en el corazón ya maltrecho de Silvia, se alejó de Raven para demostrarle que podía vivir sin él, aunque fuese una gran mentira, pero no estaba dispuesta a soportar más ni uno solo de sus rechazos. Si no la deseaba, trataría de ser feliz con otro, a pesar de que su alma le gritaba que con el único que alcanzaría esa felicidad sería con él.

Capítulo XIII

Raven observaba a Silvia desaparecer despacio por las escaleras que la llevarían a su habitación. Conocía esas escaleras a la perfección, ya que la había asaltado en más de una ocasión en ellas. No sabía qué estaba haciendo; tenía que mantenerse alejado de ella, pero le era imposible. Lo que de verdad deseaba era cargarla al hombro y hacerla suya, cumplir con la promesa que le había hecho a ella y no tener que cargar con el peso de lo que le debía a Guillermo.

¡Se arrepentía tanto de haber hecho aquella promesa! Aunque si era sincero consigo mismo, debía reconocer que era lo mejor, no para él, que sufría por su ausencia, pero sí para ella. Sería feliz con el candidato que Guillermo le eligiese; tenía que serlo. Era lo único que pedía. Renunciaba a ella por no tener nada que ofrecer, pero deseaba que el que la desposara la hiciera tan feliz como se merecía.

Miró a Jaime de Palafox; parecía un buen hombre. No era un Cuervo y no tenía fortaleza suficiente, pero sí tierras y mucho dinero con el que darle todo lo que necesitara o deseara.

—Tienes miras muy altas —dijo una voz seca a su lado—. Puedo entenderlo, Cuervo, pero ¿no crees que es demasiado premio para ti? ¿Dónde ibas a colocarla? ¿Sobre las cenizas de tu padre?

Dark le pedía a gritos una buena batalla. Sabía que no era rival para él; sin embargo, su soberbia le hacía pensar que tenía alguna oportunidad contra él.

—Mantén las manos alejadas de ella y te permitiré conservarlas —graznó furioso.

—¿Es una amenaza, salvaje?

—No, es un hecho —afirmó dejándolo solo.

Su intención era salir de la gran sala donde todos se divertían y cabalgar un rato para aliviar la tensión, sin embargo, se encontró subiendo a toda prisa las escaleras para cazarla antes de que llegase a su cuarto.

Enseguida la divisó. Caminaba despacio, sin prisa, cuando la abordó.

—Silvia, espera —la llamó.

Ella se giró y lo miró con la sorpresa dibujada en su hermoso rostro, ese que tanto había echado de menos, ese al que se había aferrado con uñas y dientes para sobrevivir.

Raven no pudo contener por más tiempo todo lo que ella le hacía sentir; todo lo que pensó que había muerto dentro de él, lo resucitaba con una de sus miradas; cenizas apagadas que de repente ardían con intensidad. Con una furia que le hizo no poder contener durante más tiempo el deseo que lo consumía y acercándose más a ella, tanto que no dejó espacio entre sus cuerpos, se hizo con su boca, esa boca que había deseado besar desde la primera vez que la vio.

Sus labios eran tan cálidos y suaves como los recordaba, pero ahora no era la niña tímida y asustada que aquella primera vez no supo reaccionar. La mujer que tenía frente a él utilizó las manos para aferrarse a su cuello y devolverle el beso con ferocidad; sin miedo.

Y ese beso era la paz que necesitaba. Ella era lo que necesitaba. Lo sabía y la guerra que se libraba en su interior entre lo que deseaba y lo que había prometido hacer era cada vez más sangrienta.

Sus lenguas se enredaron en una lucha desesperada por decir sin palabras todo lo que sentían. Él necesitaba que comprendiese todo lo que no se atrevía a pronunciar en voz alta. Silvia se pegó más a su cuerpo, tanto que pudo notar sus pezones erizados por el deseo traspasando la fina tela con la que estaba confeccionado su vestido.

Raven acarició la suave cintura femenina envuelta en el suave crepitar de las prendas que llevaba y subió las manos justo hasta donde comenzaba el pecho. La sentía cálida... ¡Sabía tan endiabladamente bien!

Sus besos eran la vida que le faltaba y en ese momento podía olvidar que se había convertido en un salvaje desterrado e incompleto y que no podía ofrecerle una vida digna, solo una nómada, deambulando de aquí para allá en busca de alguien dispuesto a pagar monedas a cambio de algún trabajo sucio. No se merecía eso. ¡Maldita suerte! No se merecía eso...

La imagen de Silvia cabalgando sin rumbo fijo ni descanso y pasando penurias de todo tipo lo hizo detenerse de la misma manera brusca en que había comenzado a besarla. Miró un instante a sus hermosos ojos confusos y

pensó en contárselo todo, pero se decantó por guardarse para él mismo lo que sentía.

Se alejó y, dándole la espalda, bajó los pequeños escalones tan aprisa como los había subido, tratando de alejarse todo lo que pudiese de su imagen. Estaba tan hermosa con el pelo alborotado, las mejillas sonrosadas, los labios inflamados por los besos, la boca entreabierta y la pasión y el anhelo que ambos sentían, que el dolor se le hacía insoportable.

Salió a toda prisa. Silbó para que su cuervo lo alcanzase y de un salto ágil subió a lomos de su montura, a la que espoleó como si le fuera la vida en ello.

La noche era fría y eso lo hizo sentirse algo más vivo y lo ayudó a bajar el calor que quemaba sobre su piel. ¡Maldición! La había besado; sabía que no debía, pero era tan difícil resistirse a la tentación... Lo más difícil que había hecho desde hacía mucho.

No podía apenas controlarse cuando estaba a su lado. Si tan solo supiera cómo de difícil y doloroso resultaba esto también para él... Recordó el colgante, ¿sería verdad que lo había perdido?

No, estaba convencido de que le había mentado; si lo había esperado todos estos años aun sin que lo mereciera, no iba a perder algo que simbolizaba su unión. Un galope a su lado le dijo que no estaba solo. Al volver la mirada se encontró con algunos de sus hombres.

—Laird, ¿sucede algo? —preguntó Cam, sin resuello.

—No, tan solo necesitaba despejarme —contestó aflojando el paso.

De repente, sus hombres lo rodeaban, todos menos Ayla, lo que lo sorprendió y a la vez enfureció; si Guillermo la deshonraba, iba a tener que vérselas con él y estaba seguro de que no le gustaría.

—¿Y Ayla?

—En el baile, es la única que parece pasárselo bien —escupió Callum.

—Sí, incluso la anfitriona ha desaparecido —sonrió Ty.

—Laird —lo llamó Cam, serio de repente.

—¿Sí?

—Entraron por ahí.

Raven se bajó de su montura de un salto y se agazapó junto al suelo. Allí estaban las huellas de un caballo que había transportado a dos jinetes.

—¿Serán las huellas de la pasada noche? —inquirió Ty.

—Podrían ser; este es un camino poco transitado, está demasiado cerca de la zona boscosa, la conozco. Hay cuevas y recovecos traicioneros en los que ocultarse.

—No se llevaron nada, ¿para qué entrarían?

—No lo sé, Cam, pero me da mala espina. El animal llevaba a dos personas, las pisadas traseras son más profundas.

—¿Damos la señal de alarma?

—Todavía no, pero hablaré con Guillermo. Mañana partimos para Santa Fe y la fortaleza quedará con poca vigilancia. Le pediré a Guillermo que deje algunos hombres más de los que pensaba.

—¿Crees que buscaban a alguien en concreto, laird?

—No lo sé... la verdad es que ahora la fortaleza está repleta de gente importante, nobles, soldados, los ingleses, nosotros... El objetivo podría ser cualquiera.

—Si los que corren peligro son los ingleses, no me importa. —La afirmación de Ty hizo reír al resto.

—Si estuviese seguro de que el objetivo son ellos, tampoco me preocuparía, pero si tratan de hacerle daño a Silvia, entonces no sería capaz de controlar al Cuervo...

Raven se interrumpió, subió a su montura, la espoleó y dio un círculo completo, observando el paisaje. Cerró los ojos y dejó que sus sentidos se mezclaran con el entorno, escuchando los sonidos e identificándolos. Con paso lento empezó a cabalgar de vuelta al castillo.

—Laird —interrumpió sus pensamientos Cam.

—¿Sí, Cam?

—¿Me permite hablarle como amigo y no como su segundo?

—Por supuesto, Cam; eres un hermano, lo sabes.

—Lo sé, Raven, por eso te pido perdón por expresar lo que pienso en este momento en voz alta. Pero creo que, a pesar de tus negativas, amas a esa mujer.

Raven pensó en no contestar, también en mentir, ¿pero de qué serviría?

—Aunque así fuera, no importa —murmuró.

—¿Cómo no va a importar? ¿Ella te ama?

—Sí, eso parece —sonrió.

—No lo entiendo, laird; si es tuya, ¿por qué no la reclamas?

Raven guardó silencio unos instantes, desvió la mirada hacia un horizonte que en ese momento le parecía tan oscuro como su futuro y cerró los ojos, pues la verdad era tan pesada como dolorosa.

—¿Qué vida puedo ofrecerle, Cam? De un lado para otro, buscando a quien necesite armas prestas para combatir a cambio de monedas... Además, mírame, Cam...

—Son heridas de guerra causadas en un acto de valentía por salvar a tu amigo y hermano en la batalla, Guillermo, que además es de su propia sangre; si a esa mujer le importan las cicatrices, quizá no te merezca.

—Ese es el maldito problema, que a ella no parecen molestarle.

Cam miró a su Laird y amigo, confundido; si ella no lo rechazaba por su aspecto y parecía amarlo, ¿por qué demonios su amigo no la reclamaba?

—Sigo sin entender cuál es el problema para no hacerla tu mujer. Si estás cansado de vagar, instalémonos en nuestras tierras; hay mucho trabajo, las arrasaron hasta dejarlas áridas y yermas, pero podemos levantarlas. Nosotros te apoyaremos, ya lo sabes, Raven.

—Suenas tan hermoso —confesó dejando escapar un suspiro que no sabía que había contenido; era tan fácil imaginarla en sus verdes y amadas tierras junto a él...

—Podría serlo. Teneros monedas de sobra. Y manos tampoco van a faltar.

—No sé si podría soportar estar rodeado de tantos recuerdos que he destruido y otros tantos que me destruyeron a mí.

—No todos son malos. Yo atesoro muy buenos momentos.

Raven casi podía sentir la brisa fresca acariciarle el rudo rostro, podía notar la suavidad de la verde hierba entre las curtidas manos, escuchar el crujir de sus pasos, el olor de la niebla temprana llegada del mar...

—Cam, me haces creer que sería posible. Vivir en nuestra amada Alba, levantar nuestra aldea, hacer de nuevo que los Cuervos sean un gran clan...

—Estoy seguro de que los hombres te apoyarían; muchos están cansados de vagar y desean volver a su hogar.

—Un hogar en ruinas.

—Pero nuestro hogar, laird.

Cam se sumió en el mismo mutismo que su laird, que le daba vueltas a todo el asunto; podía imaginar con suma facilidad a Silvia paseando por las tierras verdes de su amado hogar, recogiendo verduras y frutas frescas con un par de pillastres agarrados a sus faldas. Podía verla resplandeciente bajo la luz del sol escocés otorgando a su piel un color tornasolado, brillante, mágico... como si de una *fae* se tratara, y eso era, su hada.

Al llegar de nuevo al patio de armas en el que pasarían la noche, encontró a Guillermo despidiendo a los sucios ingleses. Ver a Guillermo dándole la mano a Dark le revolvió el estómago; aunque sabía que la posición de su amigo lo obligaba a guardar las apariencias y la compostura, odiaba a Dark de una forma salvaje, y más aún odiaba sospechar que Dark deseaba a Silvia.

Su cuervo, Sombra, llegó desde algún punto en el cielo y se posó en su hombro, reclamando un poco de atención que Raven le dio sin dudar. Pasaba los dedos por la cabeza delicada y suave del ave cuando los recuerdos lo asaltaron y casi le hicieron caer del caballo.

—Laird, ¿está bien? —lo devolvió a la realidad su hombre.

—Pensaba en todo; tal vez tengas razón y sea hora de regresar cuando todo acabe. Hasta las sombras necesitan un lugar en el que desaparecer.

Capítulo XIV

Habían partido al amanecer. Sin hacer ruido, habían abandonado la gran fortaleza. Raven le había trasladado a Guillermo sus sospechas y habían dejado algunos hombres más cuidando del hogar que abandonaba una vez más.

Silvia los vio partir desde la ventana. No había querido despedirse de ellos ni de su hermano. Estaba hastiada de toda esta situación y esperaba que de verdad la maldita guerra que le había arrebatado tanto terminase de una vez para siempre para así poder vivir en paz.

Tras verlos marchar, dejó que las últimas lágrimas que se prometió derramar la sumieran en un sueño inquieto.

Despertó pasado el mediodía. Cuando bajó descubrió que los invitados se habían ido y encontró el gran castillo solo y triste; un reflejo fiel de ella.

—Lina, ¿se ha marchado ya Beatriz? —preguntó triste a su doncella.

—Sí, señora; no quiso que la despertara. Partió junto a su esposo en la mañana temprano, le ha dejado una misiva.

«No tardes demasiado en visitarme. Beatriz».

Leyó la frase escrita con cuidada caligrafía en el papel y no pudo evitar sentir ese vacío en el estómago que le recordaba que estaba sola. Paseó por la gran casa tratando de encontrar algo que hacer que no fuese pensar en Guillermo y en Raven, aunque era consciente de que sería una tarea titánica, pues por más que trataba de convencerse de que lo suyo había terminado, su mente se negaba a dejarlo ir.

—Lina, no tardes en tener listo mi equipaje, voy a devolverle la visita a Beatriz antes de lo que piensa.

—¿Cuándo quiere que esté lista?

—Partiré en tres días. Necesito poner un poco de orden primero —añadió en voz baja.

Caminaban en silencio. Los hombres de Guillermo iban delante, los malditos ingleses se habían adelantado para reunirse con el resto de los suyos

en la ciudad-campamento que habían levantado los reyes mientras duraba el asedio a Boabdil.

Varios hombres talaban los árboles a su paso; necesitaban visibilidad y algunos jóvenes eran los encargados de preceder la marcha y arrasarlo todo a su paso con sus afiladas hachas.

El rey de España, don Fernando de Aragón, había demostrado ser inteligente y sagaz en cuestiones militares a pesar de despertar recelos en Raven. Había escuchado multitud de historias acerca de la necesidad de recuperar el último reino nazarí que quedaba en la Península, a pesar de ser un reino vasallo que pagaba sus impuestos, pero Fernando deseaba más. Necesitaba recuperar todos los territorios que por derecho de nacimiento pensaba que eran suyos.

El rey de los musulmanes podía compararse a Fernando en astucia y, según contaban de él, se movía como pez en el agua entre la traición, la guerra y las dobles intenciones. Todos los nobles, incluso el clero, habían tomado parte en esta última batalla de la que estaban seguros de que saldrían victoriosos.

Mercenarios de toda Europa, incluido el clan de los Cuervos Oscuros, se habían unido a esta guerra de la que sacarían una gran bolsa de monedas de oro. Todos los que eran alguien estaban allí presentes, observando un acontecimiento que iba a darle un nuevo rumbo a la historia.

Durante los últimos años no había habido muchos enfrentamientos directos; se pactaban en secreto las capitulaciones para que Boabdil dejase el Reino de Granada de la forma más pacífica posible y así evitar más derramamientos de sangre, de ahí la sorpresa de todos al darse cuenta de que algunos hombres de los que los acompañaban con la función de despejar el camino se revolvieron contra ellos. A todos, sin excepción, la sorpresa los agarró por los tobillos. Los *highlanders*, rápidos y acostumbrados a los asaltos inesperados, actuaron con destreza.

De repente, la tranquila caminata se había convertido en un campo de batalla sangriento en el que todo era confusión y dolor. Raven no dejaba de buscar con la mirada a Guillermo, una vieja costumbre que no podía olvidar.

Lo localizó justo cuando uno de los traidores cargaba con su afilada hacha en su dirección. Raven se lanzó en picado y se interpuso, consiguiendo

que el inevitable golpe ocasionara daños irreparables, pero llegó tarde y solo pudo cambiar la trayectoria del arma, impidiendo que el golpe ocasionara la muerte de su amigo al partirlo en dos y desviando el arma hasta el brazo, que quedó destrozado.

—¡Laird! ¡Maldición!

Los aullidos de Guillermo y los gritos de sus hombres lo sacaron del trance, y cuando abrió los ojos, el atacante yacía a sus pies despedazado, con el arma hundida por la garganta y sobresaliendo por la espina dorsal, a la altura del coxis.

Había sucedido de nuevo, la bestia había tomado el control de su cuerpo y había entrado en un estado que lo convertía en una perfecta máquina de matar. El joven que los había atacado no había tenido ni la más mínima oportunidad.

No era capaz de recordar con claridad lo que había sucedido; eso era lo que lo asustaba, lo que temía, que la sed de sangre lo transformara en una bestia frente a ella. Había soportado las miradas de desprecio de muchos, incluido Guillermo, pero ver en su mirada miedo hacia él... eso no sería capaz de sobrellevarlo.

Su amigo permanecía en el suelo, gritando y con el brazo abierto por la mitad. La sangre y los músculos se mezclaban y colgaban en un amasijo atroz que no le era desconocido.

Con rapidez, le ordenaron al médico que los acompañaba que asistiera a Guillermo el primero, pero poco podía hacer sin apenas material y sin los medicamentos necesarios. Tan solo vendó a su amigo con una manta vieja y sucia, que cortaron en tiras largas, y trataron de que siguiera adelante a base de whisky para calmar el dolor, dosificado en tan grandes proporciones que también adormilaba sus sentidos.

Así continuaron la marcha hasta llegar al campamento, donde los reyes castellanos habían construido de la nada toda una ciudad en la que los soldados llevaban una vida casi normalizada.

Al llegar, Raven sintió que su mundo se venía abajo cuando los informaron de que el médico había regresado a la villa por un asunto personal y de gravedad y que solo contaban con la ayuda de su ayudante, un joven inexperto que se mareó y perdió el equilibrio al ver el brazo del paciente.

Raven observaba impotente, minuto a minuto, cómo su amigo iba apagándose y pasaba de la consciencia a los delirios a intervalos frecuentes.

—Raven —susurró en una ocasión en la que el delirio dio paso a la lucidez.

—Dime, hermano —dijo con la voz cargada de emoción.

—He de pedirte que hagas algo por mí, una promesa a este hombre que va a perder su vida, aunque no lo merezca.

—No vas a morir, Guillermo. No voy a permitirlo.

Guillermo intentó sonreír, aunque solo pudo hacer una mueca. Ese testarudo *highlander* siempre tratando de imponer su voluntad, incluso por encima del mismísimo destino, como si eso fuera posible.

—Prométeme que cuidarás a Silvia, que la harás tu esposa cuando yo no esté; no quiero que se quede sola de nuevo.

—No vas a morir —repitió para convencerse a sí mismo.

—Júralo, hermano, hazlo por mí.

—Sabes que no puedo prometerte tal cosa. Ya te prometí que me mantendría alejado de ella.

—¿Vas a negarme mi última voluntad? Sé que la amas.

—Con todo mi ser.

—Promételo. Raven... —Su voz se apagaba poco a poco—. Necesito morir en paz, morir sabiendo que no la he dejado a su suerte. No tiene a nadie más. Solo a ti.

Raven temió que su amigo abandonara esta vida para vivir una más pacífica dondequiera que eso fuera y accedió.

—No puedo, Guillermo, ya le he roto el corazón.

—Raven... voy a morir, lo sé. No puedo dejarla sola. Júralo.

—¿Y Jaime? Es mejor candidato que yo mismo.

—Jaime no es un guerrero, no podrá defenderla; además, ella no lo ama.

Esas palabras y el estado lamentable de su amigo hicieron que sus defensas se desmoronasen por completo y claudicara.

—Lo prometo, la haré a mi esposa si llegas a perder esta batalla —se rindió.

Raven esperaba no tener que cumplir ese juramento, pero se temía que su amigo iba a perder esa guerra, igual que él acababa de perderla.

—Bien, hermano —susurró Guillermo, y después, se quedó inmóvil.

Raven graznó en busca de ayuda. Sus gritos de desesperación y urgencia movilizaron a todos los hombres del campamento. El joven doctor tardó toda una vida en revisarlo; cuando salió, Raven esperaba impaciente.

—¿Y bien, doctor? —preguntó.

—Está muy mal, el brazo está infectado. Solo veo una solución: amputar.

—*Nae* —negó en su propia lengua—, es un guerrero. Busque otra alternativa.

—Si no amputamos, mi consejo es que regrese a su hogar y, con suerte, podrá despedirse de los suyos antes de convertirse en el polvo del que viene.

Raven escuchó las oscuras palabras del médico y se enfrentó de nuevo a una tesitura importante. Deseaba estar con su amigo, cogerle la mano y consolar a Silvia, pero había dado su palabra de permanecer junto al rey mientras se libraba la batalla final en la que esperaban que Boabdil, por fin, se rindiese y dejase libre la ciudadela de Granada para que los reyes pudiesen oficialmente tomar posesión de la gran fortaleza roja, la Alhambra.

De esta manera, optó por honrar a ambos, se despidió de su amigo y continuó al lado de Fernando brindándole todo su apoyo y el de sus Cuervos.

Los días pasaban y cada vez estaba más cerca la rendición musulmana. Raven estaba entusiasmado con la idea, ya que en cuanto todo finalizase podría regresar a su hogar. Su hogar... sonrió apesadumbrado. Su hogar era Silvia, de la que huía y a la que sin poder hacer nada para remediarlo, debía arrancar de su corazón para no arrastrarla a la penosa vida que él mismo se había ganado a pulso. Solo esperaba que Guillermo sobreviviera y no tuviese que cumplir el juramento que le había hecho.

Habían cabalgado en un silencio sepulcral hasta el punto de encuentro en el que el rey musulmán le daría el testigo al rey cristiano. Fernando se giró sobre su montura para dirigirse a sus hombres, que lo miraban con admiración y con la esperanza reflejada en la mirada.

—Casi diez años dura ya una guerra que hoy llega a su fin —comenzó Fernando a gritar frente a sus tropas—. Una guerra sin descanso en la que la nobleza y hasta la propia Iglesia han aunado fuerzas para que recuperásemos unas tierras que han estado bajo dominio musulmán demasiado tiempo...

Ochocientos años que bajo mi reinado, nuestro reinado —enfaticó mirando sonriente a Isabel— acaban hoy. Estas serán las últimas navidades que pasaremos en guerra. ¡Gracias, mis valientes! ¡Lo hemos conseguido!

Los militares vitorearon a su rey y sonrieron aliviados por la liberación que suponía para ellos el fin de una lucha que había desgastado a ambos bandos, cuyo fin era volver a estar bajo la supremacía cristiana. Boabdil el Chico había firmado y aceptado las capitulaciones cuando tuvo la certeza de que no iban a poder llegar refuerzos nazaríes desde el norte de África, ya que Málaga también había sido tomada.

Por fin, el dos de enero del nuevo año, los reyes entrarían en la ciudad de Granada y la harían suya mientras el rey Boabdil les rendía pleitesía y les daba las llaves de su amada Granada.

Raven y sus Cuervos cuidaban las espaldas de los reyes, que vestían sus mejores galas y lucían sus coronas para que no quedase lugar a dudas de quiénes eran ahora los dueños de la ciudad.

El Cuervo y sus hombres sabían que estaban ante algo grande, la estampa era única y la emoción lo envolvió como un suave halo que le recordó por qué los hombres luchan. Boabdil dejaba su amada ciudad y se exiliaba a las Alpujarras, donde residiría a partir de ese momento.

—Aquí tiene, mi señor, las llaves de mi hogar. Los que estamos dentro y yo somos vuestros.

—Mi señora... —dijo Fernando entregándole a su vez las llaves de la ciudad a su esposa.

—Complace más la gloria cuando se ha sufrido tanto para alcanzarla —afirmó Isabel antes de encaminar la marcha hacia el centro de la ciudad para tomar posesión de la hermosa fortaleza roja.

Una vez a salvo de posibles ataques, todos los mercenarios fueron liberados de sus obligaciones, algo que alegró a los *highlanders* y a Raven particularmente, ya que deseaba volver y comprobar si su amigo seguía con vida y, también, aunque no debiera, ver a Silvia, la única que le devolvía a la vida con sola una de sus miradas.

Raven dejaba la ciudad a la vez que un Boabdil triste, que trataba de contener las ganas de volver la mirada hacia el hogar que amaba y que había perdido, acompañado por la reina Aixa, su madre.

Camino del destierro, cuando no pudo resistirse más y las ganas vencieron la lucha interna que no le daba descanso, se volvió a mirar lo que dejaba atrás, y las lágrimas que durante tantos días había contenido resbalaron en silenciosa penitencia por sus mejillas acompañadas de las palabras de su madre.

—Llora como mujer lo que no supiste defender como hombre.

Capítulo XV

Silvia estaba a punto de partir al hogar de su amiga Beatriz. Los últimos tres días se le habían hecho interminables, pues cada recoveco le recordaba a Raven, cuando llegaron las fatídicas noticias: su hermano estaba herido de gravedad y llegaría en apenas unas horas. Entre lágrimas preparó todo lo necesario para recibir a su hermano, si es que llegaba con vida.

La sola posibilidad le nubló la mente y se desvaneció. No le quedaban más fuerzas, habían sido los días más agotadores de su vida.

En el momento en el que Guillermo atravesó las puertas del castillo, el doctor ya lo esperaba en su habitación desde hacía rato y todo estaba dispuesto para atenderlo. Su hermano llegaba en una improvisada camilla fabricada con maderas y algunas mantas zarrapastrosas. Lo primero que vio fue su aspecto febril y débil. Su rostro enfermizo y amarillento provocaba que sus pronunciadas ojeras violáceas destacasen más contra la piel pajiza.

Temblores continuos sacudían su cuerpo, que daba la sensación de necesitar rendirse a un mundo más tranquilo.

Silvia estaba aterrada, se sentía desfallecer, ¿su hermano herido de gravedad, moribundo y delirante? ¿Cómo había sucedido? Se suponía que esa campaña no era militar, sino política, que estaban tratando acuerdos con Boabdil para que dejase la gran Fortaleza Roja pacíficamente y así poner punto final a esa larga guerra que tantas vidas se había llevado consigo.

No podía pensar en cómo, cuándo o por qué había sucedido mientras su mirada se empañaba en tristeza.

—¡Hermano! ¡Guillermo! —gritó descorazonada—. ¿Cómo estás? ¡Guillermo, háblame! ¡Maldita sea, que alguien me diga algo! —exigió al ver que su hermano no era capaz de contestar.

Silvia lloraba desesperada cuando su hermano abrió los ojos velados por la fiebre y le sonrió.

—¿Ganamos? —preguntó entre balbuceos.

—Sí, hermano, lo conseguisteis —sollozó, aliviada al comprobar que seguía atado a la vida.

Guillermo volvió a sumirse en un estado de inconsciencia y Silvia miró a los hombres que portaban a su señor, que bajaron la mirada; ninguno quería ser el que diese las malas noticias a la señora, noticias que significaban que su hermano estaba más en el otro mundo que en este. Durante el tiempo que había durado el viaje, su hermano no había dejado de delirar y de pronunciar palabras incomprensibles e incoherentes.

—Subid al señor arriba, a su alcoba, el doctor lo espera —murmuró entre sollozos.

Gracias a Dios que Marisa estaba acostumbrada a lidiar con semejante caos y estaba también Lina para ayudar, porque ella pensaba que iba a enloquecer. La locura que en los últimos días se empeñaba en hacerla caminar al filo de un abismo insondable que alimentaban las desgracias que sucedían y el recuerdo de Raven.

¡Raven! ¿Qué habría sido de él? ¿Estaría herido, fallecido...? No, no... Eso era algo inconcebible. No podía imaginar una vida sin él, no le importaba que su alma penara y vagara por toda la eternidad sumergida en un mar de tristeza que la zarandeara entre grandes olas de desesperación, lo prefería a que él no estuviese de cuerpo presente en este mundo.

Incluso si la rechazaba continuamente. Aunque fuese de otra. A pesar de que amara a otra. Lo prefería, podría vivir con ello aunque su vida se transformase en un pozo de amargura, pero no sin él.

—¿Y el laird MacCormac? ¿Alguien sabe algo de los Cuervos Oscuros? —gritó.

—Están bien, mi señora, siguen protegiendo a nuestro rey.

—El laird de ese clan mercenario —continuó otro joven que no supo diferenciar, pues todo a su alrededor no era más que un borrón de tinta de diferentes colores mezclados entre sí y un tumulto de voces difusas— fue el que salvó a su hermano. Interpuso su propio cuerpo desprovisto de armadura u otra protección entre el hacha y nuestro señor. Salió ileso; su hermano, herido, y el enemigo... Ese bastardo no podrá contarles nada de la batalla a sus seres queridos.

Y era cierto. Ese hombre que había tratado de acabar con su hermano lo había hecho defendiendo algo por lo que creía y tendría familia, quizá, una mujer adorable y unos niños cariñosos; en las guerras todos perdían y muy

pocos ganaban algo.

Silvia se paseaba nerviosa mientras el médico inspeccionaba a su hermano. No era capaz de estar presente y ver el cuerpo destrozado y purulento de su hermano, que, en esos momentos, le recordaba a una manzana que comenzaba a pudrirse.

El olor que despedía el cuerpo debido a la suciedad, la sangre reseca y la fresca, sumados a la infección que supuraba la herida era insoportable, a lo que debía añadir que para ella era muy doloroso ver a hermano en ese estado inerte. Un hombre joven y fuerte que siempre andaba nervioso y vivaz.

El doctor Messeguer llevaba atendiendo a su hermano lo que a Silvia le parecieron días. Nadie salía de la habitación para contarle cómo iban las cosas. Marisa se había encargado de que dispusieran sábanas limpias y cortadas y suficientes baldes de agua para calentar en el fuego del hogar que ardía con violencia, la misma que se derramaba en un campo de batalla.

Durante el intenso día y muchas largas horas de la noche, el doctor no salió de la habitación. Algunas de las doncellas salieron a buscar algún alimento ligero, como pan y queso, y algo de beber, pero los demás permanecieron inmóviles dentro de la habitación.

El alba ya despuntaba con sus primeras luces rojizas, tiñendo las plateadas de un aspecto mortecino y fantasmagórico cuando, por fin, la puerta de la estancia de Guillermo se abrió y el doctor salió al encuentro de Silvia.

El doctor Messeguer parecía mucho mayor que cuando entró en la habitación; su aspecto cansado hacía que sus arrugas se marcasen profundamente en su rostro amable. Por un momento, Silvia se temió lo peor, pero el hombre sonrió para calmarla.

—Parece, muchacha, que va a salir de esta.

—¿De verdad? —dejó escapar el aliento—. Gracias, gracias —lloriqueó abrazada al grueso hombre.

—Todavía es pronto para saber cómo sanará, pero, al menos, está mejor de lo que pensaba; en un primer momento temí que tendría que amputar para salvar la vida de su hermano. He tenido que abrir de nuevo la herida y limpiarla a conciencia, estaba supurando y hemos encontrado restos de ramas, tierra y otros desperdicios en su interior. Después, Marisa la ha cosido de forma experta. Le quedará una bonita cicatriz de la que presumir —sonrió

—, pero no sé cuál ha sido el alcance a nivel muscular. Era una gran abertura, existen muchas posibilidades de que no pueda volver a usarlo en su totalidad.

—Entiendo —murmuró—, ¿quiere decir que esa extremidad quedaría inútil...?

—Eso me temo, Silvia. Me apena, pero, al menos, puede que salve la vida. Es pronto para saber cuáles serán las consecuencias. Esta noche aún tendrá fiebre, le he dejado a Marisa un remedio para ayudar a paliar los efectos febriles; hay que darle la medicación cada ocho horas en la dosis que le he recomendado y dejarlo descansar. Si se despierta, no dejes que se mueva; debe estar en reposo para evitar que la herida se abra y cause un daño aún mayor, desgarrando más tejido y músculos.

—Yo lo velaré.

—Tú, niña, deberías descansar también y dejarle eso a alguna doncella, para reponer fuerzas y hacer frente al día.

—No se preocupe, estoy bien.

—Como desees. Abre la ventana, mantén la habitación fresca y su pecho abrigado, y usa paños húmedos para mantener la fiebre a raya. Las próximas cuarenta y ocho horas serán decisivas. Yo regresaré a la noche, ahora necesito descansar; estos viejos huesos no son lo que eran.

—Se lo agradezco tanto... —murmuró con la voz entrecortada.

—No, niña, sabes que nos une un gran afecto desde siempre.

—Lo sé, aun así... No sé cómo pagarle esto, doctor...

—Vi morir a tus padres sin poder hacer nada, no dejaré que a Guillermo también se le escape la vida. Es aún joven y fuerte, esperemos que supere este bache.

—Sí, doctor, lo ayudaremos. Gracias.

—También le he dejado a Marisa ungüentos para las cicatrices y para la herida. Aunque he limpiado toda la infección que he podido, eso lo ayudará a combatir la que pueda aparecer y de paso ayudará a cicatrizar con más rapidez la herida.

Silvia entró en la habitación de su hermano y lo vio tendido, tan quieto que parecía que la vida lo había abandonado. Se acercó y posó la mano en la frente, tratando de averiguar cómo de alta era la fiebre o si ya se había normalizado tras limpiar la mayor parte de la infección.

Asustada, comprobó que Guillermo todavía estaba muy caliente.

—Está ardiendo...

—Es normal. Humedece su frente y muñecas con agua fresca y no olvides darle el medicamento que le he dejado a tu doncella —le recordó el médico antes de irse.

—Vamos, Guillermo, ahora tienes que sacar las fuerzas necesarias para librar esta última batalla, la más importante —murmuró.

—Nada podemos hacer, salvo esperar, Silvia. Ahora todo está en manos de Dios —comentó el hombre, apenado.

—En las manos de Dios, como tantas otras cosas que se dejan en manos de este, demasiadas para una sola persona, aunque sea un Dios.

—Reza, es lo único que puedo recetarle a tu alma en estos momentos. — Fueron sus últimas palabras antes de irse a descansar—. Hasta mañana, niña.

—Hasta mañana.

Cuando el doctor desapareció de su vista, volvió a prestarle atención a su hermano, asegurarse de que estaba bien. La estancia, tan solo iluminada por el fuego de la chimenea y algunos candiles, parecía un campo de guerra. Las doncellas se afanaban en quemar los trozos de lienzo que habían utilizado para limpiar la herida de Guillermo.

—Señora —dijo Marisa—, el doctor nos ordenó que lo quemáramos todo para evitar infecciones.

—Perfecto, obedeced sus órdenes.

—¿Va a permanecer aquí, señora? ¿Velándolo?

—Sí, quiero estar junto a él cuando despierte.

—Como desee, mi señora. Esta es la medicina que nos ha dejado el doctor, hay que darle una medida de esta cuchara tres veces al día.

—De acuerdo. Lo haré.

Las chicas acabaron de quemar todos los retazos de sábana que habían usado para la cura. Había sangre alrededor de la cama, que Silvia pidió que limpiasen. Una vez aseada y recogida la habitación, sin baldes con los que poder tropezar y sin trapos cubiertos de sangre, gasas y los utensilios del médico, la habitación parecía confortable y cómoda, como siempre.

Guillermo se revolvía inquieto, a pesar de lo cual parecía estar en calma, más que cuando llegó. Silvia observó con detenimiento la herida bajo las

vendas; le ocupaba desde el hombro hasta la muñeca, una gran herida que podría haberle costado la vida. Se preguntó adónde iría dirigida si Raven había sido capaz de desviarla. A su pecho. El atacante había tenido la intención de partirlo en dos. En ese momento, solo en ese preciso instante, Silvia se alegró de que Raven hubiese acabado con la vida del agresor.

Pasó el resto de la noche suministrándole la medicación, humedeciendo su frente para ayudar a bajar la fiebre, dejando que la brisa de la madrugada refrescase la habitación, tapando su pecho cada vez que, con sus movimientos involuntarios, Guillermo se deshacía de las mantas.

No podía dormir ni pensar en nada más que no fuese el momento en el que abriría los ojos. Su brazo... el brazo con el que luchaba. Si perdía la movilidad de ese miembro, conociendo a su hermano como lo conocía, quizá deseara haber muerto que estar para lo que él sería muerto en vida.

Pero, para eso, ella iba a estar a su lado, para superar ese fatal percance si era necesario.

Guillermo no dejaba de murmurar frases extrañas que no era capaz de entender, salvo palabras aisladas que no formaban nada coherente entre sí.

Compinches, traidor, Silvia... y sobre todo susurraba: «salva al Cuervo».

Silvia observaba por la ventana la luz mortecina del amanecer brumoso que ocultaba los escasos rayos de sol que peleaban por abrirse paso a través de la espesa bruma cuando Guillermo despertó después de dos intensos días en los que no se separó de la cama de su hermano, tan solo para ir de vez en cuando al baño.

—Silvia... —oyó la voz de su hermano, que apenas era un susurro—, Silvia, ¿eres tú?

—¿Guillermo? ¡Guillermo! —exclamó a media voz, pues el cansancio le había pasado factura—. ¿Estás bien? ¡Marisa! ¡Marisa! Ordena a algún muchacho que se dirija raudo en busca del doctor, ¡Guillermo ha despertado!

Silvia notaba la visión borrosa a causa de las lágrimas que empañaban sus ojos agotados y, ahora, no tan tristes.

Por fin había despertado. La pasada noche, al irse el doctor, lo notó preocupado porque Guillermo aún no había despertado de su inconsciencia, pero la luz del día había traído consigo claridad no solo a la habitación rancia

y oscura, sino también al alma de Silvia. ¡Había despertado y parecía lúcido y sano!

Se acercó hasta la cama y se arrodilló junto a él, advirtió que sus ojeras no eran tan oscuras y que su tez había adquirido un tono rosado.

—¿Estás bien, Guillermo? Dime, ¿cómo te encuentras?

—Creo que bien, aunque siento un dolor intenso en el brazo y un hambre voraz. Pareces cansada... ¿Estoy en casa? ¿Quién me trajo? ¿Raven está bien? Lo último que recuerdo... —comenzó a hablar atropelladamente y con esfuerzo— fue el arma sobre su cuerpo desnudo. Es un bastardo cabezota. Usó su cuerpo como escudo... ¿Qué persona comete semejante barbaridad? Solo un loco desesperado que busca la muerte.

—Tranquilo, hermano; los hombres que te trajeron hasta casa me contaron que Raven y los suyos están a salvo y protegen a nuestro rey. Don Fernando estará en deuda con ellos, están comportándose como auténticos Cuervos.

—Sí, Cuervos Oscuros —susurró más tranquilo—. ¿Mi brazo?

—El médico ha dicho que está cicatrizando bien, pero hay que esperar; lo tenías muy lastimado... quizá... —Se interrumpió con la voz ahogada por la emoción.

—¿Van a amputarme? —preguntó su hermano, con el rostro serio y la mirada triste y distante, esperando la confirmación de boca de su hermana.

Silvia lo observaba con el corazón en un puño, había estado a punto de perderlo. Verlo en la cama, postrado y tan débil, distaba mucho de la imagen que tenía de él, y eso la entristecía, ¿sería capaz de volver a alzar el vuelo? No podía estar segura. De lo que estaba completamente convencida era de que no iba a dejarlo solo.

—No, al principio el médico temió que quizá la infección lo obligara a ello, pero la verdad es que después de limpiar la herida, que Marisa cerró con sus manos expertas, esa opción quedó descartada; solo había que esperar a ver si sobrevivías.

—¿Tan mal he estado?

—Al borde la muerte. Has delirado durante más de dos días, sin descanso. Hemos cuidado de ti lo mejor que hemos podido.

—¿Has estado a mi lado todo este tiempo...?

—Por supuesto, no he dejado tu cama ni un instante. —Sonrió con cansancio, pues estaba agotada—. Debía salvar al único familiar que me queda. Sin ti, Guillermo, no tengo a nadie.

Guillermo la miraba a unos ojos hundidos por la falta de sueño y supo que no podía dilatar más la situación; debía encontrar un marido para ella sin más demora, fuese o no su amigo.

—No solo a mí. También tienes a Raven.

—No, Guillermo, ya no. Lo espera otra mujer en sus tierras altas, él mismo me lo ha confesado.

—Eso te entristece, aún lo amas.

—Nunca dejé de hacerlo. De hecho, hermano, no creo que pueda arrancar este sentimiento de mi corazón con facilidad, parece empeñado a agarrarse a él con férrea determinación.

Un silencio pesado se cernió sobre los dos, como una tupida y espesa cortina de terciopelo.

Guillermo debía permanecer en silencio; aunque había cosas confusas en su mente, estaba seguro de haberle pedido a Raven que la desposara en caso de que él no lo lograra. Debía dejar arreglado ese asunto de una vez, en cuanto repusiera las fuerzas.

No hablaron más, tan solo dejaron que el tiempo pasara, esperando la llegada del médico que le diese a su hermano la noticia de que, tal vez, no recuperase la movilidad de ese brazo. Silvia se sentía exhausta y, por primera vez en días, solo deseaba descansar, pasar un rato agradable y dejar apartados en algún hueco profundo de su mente todos los problemas, las dudas y el dolor.

Capítulo XVI

El doctor acudió tan rápido como sus viejas piernas se lo permitieron, abrió la puerta de la habitación después de llamar con premura y esperar el permiso pertinente que llegó a la vez que la sacudida y temblor de la puerta al abrirla enérgicamente.

—¡Doctor, ha despertado! —exclamó Silvia.

—Lo sé, niña —sonrió sin aliento; en el momento en que habían llegado con la noticia, había salido a toda prisa a ver a su paciente—, por eso estoy aquí. ¿Has notado algo extraño en su comportamiento?

—No. Está lucido y fresco, aunque dolorido.

—Eso es una buena noticia. Ahora, apártate y déjame entrar, que le eche un vistazo.

—Sí, claro —dijo ruborizada.

—Niña, ve a descansar y comer algo, te ves agotada.

—Está bien, luego regresaré, Guillermo.

Silvia los dejó y pensó que en realidad no tenía ni idea de qué había sucedido tras las murallas de la gran fortaleza roja que presidía Granada y miraba con orgullo a todos desde su elevado asentamiento, pero cuando su hermano, en tan mal estado, le había preguntado, había decidido calmarlo. Si tenía que dejarla, que lo hiciera en paz y satisfecho. Que creyera que su muerte había valido la pena. Gracias a Dios, no había sido así. Había oído infinidad de historias sobre el magnífico palacio y también había escuchado rumores sobre la crueldad de sus reyes que provocaban que el vello de su piel se erizase sin remedio. Sabía, por las habladurías, que el rey musulmán poseía muchas esposas y que todas ellas convivían juntas en un palacio más pequeño dentro de la gran ciudad amurallada. Todo el mundo alababa la belleza de la construcción y la armonía que reinaba en sus extensos jardines llenos de agua que alegraba a su paso cada uno de los rincones de esa ciudad que la fascinaba y la asustaba por lo desconocido que era para ella todo lo que se ocultaba tras sus altos muros.

Demasiados años duraba esta eterna batalla por recuperar los últimos

asentamientos musulmanes que se resistían a caer. Silvia no era muy dada a alternar con las demás damas de la sociedad, pero en las escasas ocasiones en las que se veía obligada a ello, no podía dejar de advertir que las conversaciones de sus congéneres versaban sobre lo fieros que eran esos guerreros musulmanes, sus atractivos rasgos y el hermoso color oscuro de su piel, sus ojos rasgados e infinidad de calificativos entre risas y rubores. Silvia pensaba que de no ser porque amaba con toda su alma, aunque esta estuviese destrozada, a Raven, quizá habría sido otra joven soñadora que por las noches anhelase ser besada o raptada por alguno de esos bravos y exóticos guerreros.

Sin embargo, había pasado su vida aferrada a aquel beso que Raven plantó y que ella misma dejó que enraizase en su alma tan profundo que pasaba los días esperando algunas míseras letras plasmadas sobre un papel, cartas que él escribiría entre descanso y descanso de las largas campañas militares, cartas que nunca llegaron. Ahora descubría la verdadera razón: no habían llegado porque él había estado ocupado entre las piernas de otras mujeres, de las que había disfrutado, hasta dar con la que decidiera pasar el resto de su vida, una mujer que no era ella.

Se dirigía a las cocinas, perdida en sus pensamientos y oyendo los graznidos de su estómago en protesta, graznidos como los de su Cuervo. Porque, a pesar de todo, no podía quitárselo de la cabeza ni un solo instante. ¿Qué era lo que de verdad le impedía estar con ella? ¿Otra mujer? No podía ser cierto, sabía que a la mayoría de los hombres eso no les suponía un obstáculo insalvable. Entonces, ¿se habría olvidado de ella? Pero, si era así, ¿por qué le habría dicho que la amaba?

Caminaba a paso rápido pensando en la rebanada de pan untado con mermelada y el vaso de leche recién ordeñada y caliente que iba a tomar cuando se topó, en el recodo de la escalera, con el cuerpo imponente de Raven.

Su primer impulso fue gritar, pero al descubrir que era él, un gran alivio se apoderó de todo su ser, lo que la hizo actuar de forma precipitada. Sus brazos, sin pensarlo, estaban alrededor del cuello musculoso del guerrero, y la emoción al verlo fue tan grande que no pudo contenerse y su boca se precipitó hacia la de él, que gruñó por la sorpresa y la necesidad que destilaban los labios de Silvia.

Raven tembló. Siempre le sucedía cuando ella lo besaba de esa forma: sincera, pura y repleta de una pasión sin límites. Temblaba de deseo, placer y amor, pero era consciente de que no podía ni debía condenarla a la vida en la que él mismo se había recluido después de la matanza de su clan, de la que se culpaba sin cesar.

Los pocos supervivientes decidieron vivir fuera de las normas de los demás clanes que no habían acudido en su ayuda, de ahí que el clan de los Cuervos se hubiese convertido en el clan de los Cuervos Oscuros.

Aun así, cada vez que ella estaba cerca, perdía, se rendía en secreto a lo que le hacía sentir. Conseguía que se sintiera más vivo, más fuerte e invencible, y que, por unos instantes, se olvidase de esa maldita cicatriz que partía su rostro y lo había privado de un ojo y de todas las demás que cruzaban su cuerpo como rayos tatuados. Se olvidaba del mal que había visto, vivido y del que había sido partícipe por ser un joven con demasiadas esperanzas e ilusiones en unas creencias que habían resultado estar vacías.

La crueldad del ser humano podía llegar a límites insospechados que solo eran creíbles bajo la luz mortecina de los millares de cadáveres y destrucción que dejaron las cruzadas a su paso. Ahora, como mercenario, se vendía al mejor postor. Había decidido no depender de nadie y que nadie dependiese de él; así la vida sería más fácil. Y, para abrigar su cuerpo frío durante las noches de invierno bajo el cielo oscuro y raso, se aferraba con todas sus fuerzas a los recuerdos que conservaba de ella, de la única mujer que lo hacía sentirse como una hoja bailando con el viento: Silvia.

En esos momentos la tenía entre los brazos, besándolo con ardor, sin importarle su rostro desfigurado, sus bruscos modales o el daño que le había causado, sin duda, con sus palabras. A pesar de todo eso, lo besaba entregándole su alma, esa alma pura que no había conocido el pecado y que compartía con él, pues estaba vacío y yermo, ya que su esencia había sido destruida hacía mucho tiempo en alguna de las horrendas sangrías que había vivido durante sus largos años en la batalla.

Debía soltarla, apartarla de él, implorarle que, si de verdad lo amaba, lo dejara, ya que no era un hombre libre porque amaba a otra; mentirle de nuevo, porque en realidad la amaba a ella. Pero no podía. Su parte egoísta y hambrienta de sus caricias y el amor que le ofrecía se negaba a rendirse y

peleaba con todas sus fuerzas para retenerla unos instantes más...

¡Maldita sea! Se sentía tan bien entre sus brazos, tan cálidos, frágiles y fuertes a la vez, que en esos momentos solo pensaba en hacerla suya y no permitir que ningún otro la tocara ni siquiera de una forma inocente.

El beso de Silvia lo hizo gruñir de nuevo, sus manos acariciaron las curvas de la joven, la alzaron para acercarla más a él y usó la dura y fría pared como punto de apoyo. Ella jadeaba y se retorció entre sus manos, y Raven supo que iba a perder el control, y eso lo asustaba, pues la amaba con tal intensidad que era consciente de que sería capaz de matar por ella.

Su olor penetraba en su piel, que vibraba por la cercanía del cálido cuerpo de la mujer; sus senos redondeados y excitados rozaban su musculoso pecho desnudo volviéndolo loco de deseo. Debía alejarse, debía hacerlo ya y se ordenaba a sí mismo alejarse de ella, pero no encontraba las fuerzas necesarias para llevar a cabo semejante hazaña.

Deseaba poseerla allí mismo, penetrarla contra la fría pared, besarla y acariciarla y susurrarle cuántas veces había imaginado que le hacía el amor con desesperación, tantas, que era imposible llevar la cuenta.

Silvia se alejó de él despacio, dejando que sus labios se despidieran sin prisa; deseaba contemplar al hombre al que amaba y que la correspondía a pesar de sus insistentes excusas, pero adivinó que Raven iba a alejarse y dejarla de nuevo y atacó otra vez con un beso largo y profundo en el que se atrevió a jugar con su lengua, acariciándola, saboreándola, dejando que el sabor del hombre impregnara todos sus sentidos, ese sabor especial que poseía, dulce y sensual, que tan bien recordaba y que la había atormentado en sus largas y solitarias noches aferrándose a su paladar y trayendo su recuerdo inesperadamente para torturarla sin compasión.

—Silvia —jadeó—, debemos detenernos o...

—¿O...? —preguntó entre gemidos.

—O voy a devorarte hasta el alma —contestó.

Silvia abrazó con más fuerza al hombre para que no tuviese ninguna duda de que lo que deseaba era eso, que la devorara hasta las entrañas. La bestia egoísta a la que trataba de dominar se despertó furiosa y se liberó de la pesada cadena bajo la que Raven la mantenía a raya para tomar el control de la situación, exigiendo mucho más de ella.

Sus manos acariciaron sus senos tersos bajo la suave tela de su túnica; la curva de sus caderas, que ahora eran más generosas y pronunciadas que cuando era una chiquilla, se adaptaba a sus rudas manos moviéndose con exigencia entre suspiros provocados por las caricias que él le brindaba.

Las manos de Silvia acariciaron la larga y ancha espalda de Raven haciendo que la bestia gruñese liberando una satisfacción y un deseo contenidos durante demasiado tiempo. El prolongado beso acabó y ambos contemplaban sus miradas oscurecidas por la sombra espesa del deseo susurrando secretos ocultos entre ambos; todo lo que no podían decir en voz alta.

De nuevo se perdió en su boca, su lengua se enredó en la de él y dejó que la pasión tomase el control; sentía su cuerpo febril y notaba que los pezones de Silvia se erguían de deseo, reclamando sus manos en busca de atención, una que estaba dispuesto a prestarle y que sus manos, obedientes, le ofrecieron. Apretó y pellizó sin compasión los erguidos pezones mientras Silvia se derretía entre sus brazos entre cientos de gemidos que se mezclaban con la oscuridad que los albergaba. Las manos de ella, osadas, bajaron por su espalda y se detuvieron en el duro y prieto trasero del hombre, que jadeó.

—Me estás matando, Silvia... —rugió besándola con más fiereza.

Los besos y caricias no cesaban y se temía que no iba a respetar la virtud de Silvia ni el techo de su amigo y hermano que lo cobijaba, y la iba a marcar como suya sobre las escaleras o contra la rugosa pared.

Silvia no estaba dispuesta a dejarlo ir, podía notar la humedad que bañaba sus muslos y sentía la necesidad apremiante de que su miembro la penetrara enterrándose dentro de ella para siempre. Pero no podía, así que dejó que de nuevo el mercenario frío y controlador tomase las riendas del asunto y se alejó de ella, dejándola confundida y con la respiración agitada.

—Silvia, no debemos.

—¿Es por la otra mujer? —preguntó sin ocultar su dolor y su rabia, entre lágrimas de frustración.

—¿La otra mujer? —inquirió confundido, sin saber a qué se refería.

—Esa que te espera en tus queridas Highlands.

De repente comprendió; se había olvidado de la mentira que le había contado. No podía volver a cometer ese fallo, como tampoco podía caer

rendido cada vez que se encontraba con ella, pero ¿cómo luchar contra eso?

—Sí, es por ella, no se merece que le haga esto. Le prometí que regresaría. —De nuevo le mentía y el dolor en sus ojos fue tan palpable que lo dejó sin aliento, se sentía un ser rastrero. Debía terminar ese juego peligroso que se traían, porque solo conseguiría dejarlos a ambos más heridos, si eso era posible.

—¿Por qué, Raven? —Silvia oía de nuevo el crujir de su alma al rasgarse un poco más, pero debía poner fin a esa tortura de la que parecía no querer escapar.

—¿Por qué...?

—Sí, ¿por qué me prometiste que regresarías?, ¿por qué me hiciste prometer que te esperaría hasta tu regreso? He cumplido con mi parte; sin embargo, tú...

—Lo sé, soy un perro traidor —la interrumpió antes de que ella fuera la que pronunciase esas palabras. De nuevo, un comportamiento cobarde, porque era consciente de que escucharlas de su boca dolería más que si era él mismo el que se acusaba.

—Mucho más que eso —escupió en su cara mientras se alejaba de ese hombre, que había vuelto a destrozarla un poco más, a toda prisa por las escaleras.

Raven se sentía mareado, débil e insatisfecho. Posó la frente contra la fría pared de piedra y trató de recuperar algo del aliento que había perdido al entregárselo a ella.

Maldijo en silencio con los dientes y puños apretados por ser tan cobarde y vil con ella, por ser el causante de su sufrimiento y, sobre todo, se odiaba por permitir que otro hombre fuese a hacerla suya cuando ya tenía un dueño, uno que no la reclamaba, uno que no la merecía.

Golpeó la pared con furia hasta que sus nudillos dejaron un rastro, imborrable y rojizo, en el muro y en su propia mano.

¡Qué equivocado había estado! ¡Había sido un ingenuo, un ignorante, un joven loco y cegado por aires de grandeza, y había sido un estúpido! Y todavía lo era.

Nunca imaginó cuánto iba a perder en la lucha; no solo había perdido amigos y compañeros en cada batalla, sino que había arrebatado cientos de

vidas, tal vez miles... y con cada vida que dejaba de existir bajo la hoja de su *claymore*, él perdía un poco más de sí mismo, de su esencia, de ese joven ingenuo que fue. Y ahora todo lo golpeaba en el estómago con la fuerza de diez hombres, haciendo que el dolor fuese tan intenso que lo doblaba en dos. Recordó, justo en ese momento en el que el dolor por lo que había hecho parecía nublarle el juicio, la promesa que hizo y que ahora, aunque se arrepintiese de ella, no podía romper.

Contemplaba con tristeza el último campo de batalla en el que lucharía; acababa de tomar esa decisión. Se había convertido en una bestia que no dudaba en arrebatarse vidas y ahora... ahora no se reconocía.

Les había quitado la vida a seis hombres a la vez en un despliegue de destreza salvaje que lo había consumido y que lo había llevado a cruzar la otra línea, esa en la que dejaba de ser un hombre y se transformaba en un fiero demonio, uno al que el propio Satanás debería temer.

Todavía temblando y contemplando lo que acababa de hacer con sus propias manos, vio que su amigo se cercaba horrorizado. No pudo más, se odiaba a sí mismo, ¿en qué clase de bestia salvaje se había convertido? ¿En qué momento le habían arrebatado el corazón y puesto en su lugar un pozo negro de maldad?

—¿Estás bien, Raven? —preguntó su amigo guardando las distancias.

—No, Guillermo, no lo estoy.

—¿Qué te ha pasado? Estabas...

Se detuvo porque no era capaz de encontrar las palabras adecuadas que describieran lo que acababa de sucederle a su amigo.

—Consumido por la sed de sangre. Será mejor que me vaya —confesó entre murmullos.

—¿Adónde?

—Regresaré a mis tierras, junto mi clan... junto a los Cuervos. Hoy me he convertido en uno de ellos; quizá mi padre, por fin, esté orgulloso.

—¿Y Silvia?

Raven se miró las manos, le temblaban y estaba seguro de que no era el miedo lo que hacía que no pudieran parar quietas; temía que fueran la emoción y la fuerza de la bestia en la que se había transformado mientras solo

pensaba en acabar con... todo.

—¿De verdad lo preguntas? —interrogó con desesperación en la voz—. ¿Acaso deseas que me acerque a ella, hermano?

—Sigues siendo mi amigo en la vida y mi hermano en la batalla, tan solo es cansancio; los dos necesitamos un respiro. Te acompañaré hasta tus tierras y después decidiremos.

—Guillermo —dijo cuando se hubo calmado—, tienes razón. Necesito ir a casa. Alejarme de toda esta destrucción, estoy... agotado.

—Sí, es hora de regresar; yo también empiezo a estar cansado.

Después de esa última batalla en la que había dejado lo poco que quedaba de su humanidad, pusieron rumbo a las Highlands, el lugar en el que se encontraban el castillo de Raven y su familia; su clan.

Raven no dejaba de preguntarse, mientras cabalgaba a lomos de su semental, si de verdad merecía la pena atacar a otros tan solo por tener diferentes creencias religiosas. Cuando a uno de sus atacantes se le cayó el pañuelo que le cubría el rostro, solo vio la muerte de un joven que ya no disfrutaría de la vida.

En ese momento en el que sus manos se llenaban de la vida que escapaba de la herida en el pecho del enemigo, decidió que dejaría de pelear. Necesitaba ir a casa, ver a su padre, respirar el olor de los prados y las verdes montañas que rodeaban su castillo, asomarse a la ventana de su habitación y dejar que la sal de las olas que se estrellaban contra sus muros salpicase su rostro.

Solo había otro lugar en el que se sentía como en casa, y se sentía así porque ella estaba allí. Silvia. Cada vez que veía el sol recordaba su cabello, las flores le recordaban su alegría, su inocencia, y las noches traían el lejano recuerdo del sabor y el calor de sus cálidos labios, esos que solo saborearía él, porque era suya.

Así, varios días después llegaron a Escocia. Al llegar, todos le dieron la bienvenida al hijo pródigo, que regresaba convertido en todo un hombre y con marcas de victoria adornando sus fuertes músculos.

A todos pareció alegrarlos su vuelta, menos a su padre. Aunque nunca lo decía en voz alta, él sabía que haber heredado el pelo oscuro de su madre y sus mismos ojos verdes torturaba a su padre, que nunca se había repuesto de

la pérdida de la mujer a la que amaba.

—Guillermo, descansa y come algo, voy a ver a mi laird, enseguida regreso —le dijo a su amigo, dejándolo en el gran salón para que las doncellas se ocupasen de él.

No deseaba enfrentarse a su padre frente a su amigo, sus fuerzas estaban demasiado mermadas como para soportar una humillación delante del que se había convertido en su familia. Caminó con el mismo temblor en sus fuertes piernas que cuando apenas era un crío y llegó a la sala en la que su padre miraba al vacío sentado en su sillón favorito.

—Mi laird —dijo al verlo, poniéndose de rodillas—, he vuelto.

Raven no se atrevía a levantar la mirada del suelo, el silencio lo arropaba como una manta espesa y caliente que a la vez provocaba frío en su cuerpo. Sabía que su padre lo observaba con detenimiento; tal vez, las heridas que poblaban su cuerpo, la fortaleza que ahora mostraba y la destreza adquirida en la batalla lo hicieran sentirse orgulloso de su hijo y dejase, de una vez, de menospreciarlo.

—Veo que has crecido y que te has convertido en algo parecido a uno de nosotros.

—¿Algo parecido a uno de vosotros? Soy un *highlander*, padre, un Cuervo —se defendió.

—Laird, llámame laird. Y no, no eres uno de nosotros, ya no, ahora no perteneces aquí. Has pasado demasiado tiempo fuera.

El dolor al escuchar esas palabras de la boca de su padre le atravesó un alma que creía olvidada, pero no dio muestras de ello; era un guerrero.

—No fue por voluntad propia, laird —recalcó la palabra que le había pedido que usara.

De nuevo, el silencio se hizo entre ellos. Raven permanecía con una de las rodillas clavada en el duro suelo de la estancia y su padre no parecía tener la intención de pedirle que se pusiera en pie.

—¿Vas a quedarte? —lo interrogó su padre, sin embargo, con indiferencia.

—Solo pasaba a ver cómo seguía todo —contestó serio. Desde luego, no era la bienvenida que esperaba.

—Que tengas un buen viaje... —le dijo sin más.

—Padre —lo llamó de nuevo—. ¿Por qué? —preguntó. Sabía que su padre comprendería la pregunta que nunca había tenido el valor de formular.

—Porque me recuerdas demasiado a ella y es tan doloroso... que no soporto mirarte.

Y así, sin mirarlo, lo despidió con un gesto de la mano.

Raven se levantó y supo con convicción que dejaría atrás a su laird, a su padre y esas tierras que habían sido su hogar, sin volver la vista atrás.

—Nos vamos, Guillermo —informó a su amigo en cuanto lo encontró sentado en el salón de invitados.

—¿Tan pronto? ¿No vamos a reponer fuerzas?

—Lo siento, amigo; aquí no son bienvenidos los *sassenachs* —escupió sin ocultar el dolor que sentía por el rechazo del hombre que lo había engendrado.

—Pero... —empezó Guillermo, que sabía bien el significado de esa dura palabra.

—Lo soy, Guillermo, lo soy. Aquí y allí —afirmó antes de que continuara.

Sin más, montaron en sus caballos y emprendieron el largo camino de regreso a casa; a Silvia. No sabía qué había hecho para merecerla, pero era suya y estaría siempre agradecido.

Cabalgaron unas millas a toda velocidad; necesitaba poner distancia entre el hogar que amaba y que a su vez le devolvía desprecio, cuando unos jinetes llamaron su atención.

—Parece que vienen a por ti, Raven.

—So —detuvo la montura—. So.

—¡Señor, señor! —lo llamaron los dos jinetes que acudían hacia ellos al galope.

—¡Gracias al cielo! ¡Tiene que regresar! ¡Su padre, el laird!

Raven no necesitó más explicaciones, ver el rostro de los jóvenes guerreros deformado y la alarma en sus miradas fue suficiente. Espoleó su montura y galopó tan rápido como el viento le permitió.

Cada paso que daba en dirección a su hogar peor se sentía, su instinto le gritaba que llegaba tarde. Ese pensamiento le hizo perder la calma y el Cuervo desplegó las alas, ansioso. Al llegar, saltó de la montura sin llegar a

frenarla y sacó su *claymore*; estaban devastando su clan, las casas ardían, los niños aparecían sin vida por todas partes y eso hizo que la sed de sangre despertara al Cuervo con más hambre que nunca.

De repente la bestia tomó el control, el guerrero entrenado para la batalla acababa con los hombres que destrozaban su hogar... su hogar.

Cuando clavó la espada en el pecho del último hombre, jadeaba por el esfuerzo. La clavó tan profundo que lo dejó anclado a la tierra. No podía respirar con normalidad. No podía haber terminado, todavía sentía esa sed.

Una mano golpeó su hombro y se levantó con un ágil salto sacando la espada del cuerpo sin vida y colocándola en el cuello del nuevo enemigo.

—Raven... soy yo... tranquilo, soy yo, amigo... soy Guillermo —le repitió con voz suave a su amigo, que parecía fuera de sí.

Tras unos segundos eternos en los que no parecía recuperar la cordura, Raven volvió y dejó ese estado frenético en el que se encontraba sumido... muy profundo.

Raven parpadeó al ver la mirada asustada de su compañero y apartó el arma de su cuello. Se dio la vuelta y contempló con horror lo que había sucedido a su alrededor y de lo que había sido partícipe. El infierno se había desatado y él había sido uno de los demonios.

Su clan estaba masacrado. Apenas unos cuantos hombres sobrevivían. A sus pies, el joven al que acababa de asesinar; a su alrededor, solo muerte y destrucción.

Caminó despacio, tratando de comprender lo que sus ojos le contaban, pero que a sus oídos le sonaba a mentiras. No podía creerlo, ¿cómo había sucedido? ¿Por qué? Todos los cuerpos llevaban el tartán de los Douglas, pero ¿por qué? No comprendía por qué un clan de las Lowlands se había aventurado hasta allí, y mucho menos comprendía un ataque con tal ferocidad. Niños, mujeres, ancianos... todos sin vida. No era un ataque por las tierras o el poder, no, era una masacre cuyo fin era el exterminio del clan MacCormac, estaba seguro de ello. Caminó hasta donde había dejado a su padre horas antes, dentro del gran castillo, y lo encontró clavado a su silla.

Corrió hacia él, pero no había mucho que hacer; su padre yacía sin vida, con los ojos huecos y vacíos. De rodillas, cayó atravesado por el graznido que su garganta profirió y que acabó con lo que restaba de su alma.

—Raven... —oyó a su amigo llamarlo.

—Guillermo, vete —le ordenó.

—¿Que me vaya?

—Sí, vuelve a tu hogar, con ella. No regresaré contigo.

—Pero... Raven.

—¿Acaso deseas esto —gritó señalándose a sí mismo— para tu hermana? ¡Dime, amigo! ¿Dormirás tranquilo si la hago mi esposa? No, Guillermo, no lo harás; he visto tu mirada, sé en qué me he convertido... Ahora, vete, regresa a tu hogar; yo me enterraré en el mío. Ahora soy parte de sus ruinas.

—Raven, podemos arreglarlo —insistió Guillermo.

—¡Mientes! ¡Todo esto es por tu culpa! ¡Nunca tendría que haberme alejado de ella! ¡Nunca! Ahora no queda nada en mí, soy un terreno yermo en el que nunca florecerá nada... Dejaré que el tiempo y la pena me consuman y moriré en este sitio, dejaré que mis cenizas se mezclen con esta tierra que nunca tendría que haber abandonado.

—No ha sido culpa tuya...

—¿De verdad lo crees? Mientes muy mal, Guillermo; veo el temor en tus ojos cuando me miras... ya nada es como antes. Vete, olvídate de mí.

Guillermo miraba a su amigo, el que había sido como un hermano, y no lo reconocía; no era capaz de ver a aquel joven bajo las pesadas capas de odio y cansancio.

—Para ser sinceros, no lo deseo. Pero ella te espera. ¿Qué le diré a mi hermana?

—Dile que el que ella espera está muerto y enterrado.

—Raven... no es culpa tuya. Esto pasará.

—No, no hay vuelta atrás. He cruzado la línea. ¿Quieres que me arriesgue a perder el control cuando esté con ella? ¿Cómo podría...?

Raven se detuvo; no era capaz de seguir hablando. Tan solo miraba sus manos, que no dejaban de temblar, y no estaba seguro de si era por el odio, la furia o el dolor que sentía en ese momento.

—¿Cómo podrías... qué? —animó Guillermo.

—¿Cómo podría acariciarla con estas manos que son capaces de sesgar vidas en segundos? ¿Cómo amarla sin alma? ¿Cómo, Guillermo? —preguntó

con la voz rota por el dolor.

—Yo... —Guillermo suspiró; en realidad no sabía qué decir, sus palabras estaban atascadas en algún lugar de su garganta y no era capaz de hallarlas.

—No, no digas nada, hermano; si de verdad tu corazón guarda alguna clase de afecto por mí, hazme prometer que no la desposaré.

—No puedo... no quiero hierirla. Te ama profundamente desde hace tanto... Desde siempre. Desde aquella primera vez.

—Oblígame a jurarlo, será la única forma de que cumpla mi promesa. Es lo único que queda de mí con honor; mi palabra.

—Raven...

—Por favor... —rogó desesperado.

—Está bien, Raven. Si le digo que no vas a volver jamás y tengo que romperle el corazón, mantendrás tu palabra y te mantendrás lejos de ella, para siempre, pase lo que pase.

—No será problema, amigo, no volveremos a vernos —sentenció.

—Me quedaré unos días, hasta que todo esté en orden.

—No, amigo, este vuelo he de hacerlo solo.

—Como quieras, solo te pediré algo a cambio.

—¿Qué?

—Si alguna vez necesito tu ayuda, vendrás.

—Pides demasiado.

—Igual que tú.

—Ya no pediré nada más, Guillermo; lo he perdido todo. Pero lo haré: si alguna vez necesitas mi ayuda, acudiré a tu llamada, aunque signifique volver a arder en el infierno.

Y, con esas palabras, sacó la espada del cuerpo de su difunto padre y cargó con él en brazos para perderse en la espesa humareda que la hoguera que iba a prender formaría, una de humo tan oscuro como lo estaba el Cuervo de su interior.

Caminó sin volver la mirada, sin prestar atención a los cascos del animal que cargaba a su amigo, dejando que el dolor que lo rodeaba se hiciera con el control. La muerte lo envolvía todo con su manto fúnebre y dejó que algunas lágrimas resbalasen por sus sucias mejillas, convirtiendo su llanto en lágrimas

negras, tan oscuras como se presentaba su futuro.

Algunos hombres quedaban en pie y encontró una sola mujer, una chiquilla. No lograba entender cómo había sobrevivido a la furia de sus atacantes, pero ahí estaba; era un Cuervo, sin duda. Un graznido llamó su atención y lo divisó. El pobre pájaro se tambaleaba. Cuando se acercó más, se dio cuenta de que había perdido un ojo, igual que él.

Dejó a su padre en un hueco en el suelo sobre el que pondrían al resto de los miembros de su clan, cogió al cuervo y le acarició la cabeza. El animal graznó algo parecido a un «gracias». Lo dejó en su hombro y contempló la sombra que su cuerpo creaba, la sombra de un demonio con un pájaro en el hombro.

—Te llamaré Sombra, porque tan solo somos la sombra de lo que fuimos y de lo que pudimos ser.

Capítulo XVII

Silvia volvió a mirarse en el gran espejo de marco dorado que poseía en su dormitorio y no pudo evitar llevarse las manos a la boca para acallar el nuevo sollozo que amenazaba con salir de su pecho.

Después del encuentro con Raven, le había quedado claro que él ya no la amaba, y además no podía seguir así, persiguiendo a un hombre que ya tenía dueña, aunque le doliese en las entrañas como si se las estrujasen desde dentro no ser ella.

Lo había besado en un acto impulsivo e infantil, pero verlo sano y salvo la había alegrado tanto que no había sido en realidad consciente de lo que hacía, y después... después él le había devuelto el beso con esa pasión que la derretía como si sus huesos fuesen mantequilla bajo un cuchillo caliente y se había olvidado de todo, perdida en ese mundo en el que Raven todavía era suyo.

Con paso firme bajó al salón para tomar algo; llevaba varios días sin comer en su empeño de cuidar a Guillermo sin abandonar su lado y lo necesitaba. No quería volver a desvanecerse, aunque lo que de verdad deseara fuese sumirse en un sueño sin fin.

—Buenos días —saludó seria al llegar al gran salón.

Todos los presentes la miraban con ojos compasivos; sin duda, su aspecto lo decía todo, aunque aquellos que no la conocían en absoluto pensarían que su dolor y su decadencia física se debían a la enfermedad de su hermano, y a pesar de que eso había sido, días atrás, lo que la había consumido, en esos momentos lo que más le corroía el alma era saber que Raven no la amaba y el hecho de que era muy probable que nunca la hubiese amado, que tan solo hubiera sido un capricho infantil para él cuando para ella lo había sido todo.

¿Cómo se cosía un alma destrozada? No se podía. No existía ninguna aguja, ni siquiera las hechas con oro y piedras preciosas, que pudiesen repararla. Solo el amor. Y de eso la vida de Silvia estaba vacía.

—Buenos días. —Le devolvió el saludo un coro de voces de las que solo

reconoció una, la de Raven, que miraba hacia el plato que contenía su desayuno sin dignarse a levantar la mirada y enfrentarla a la de ella.

Silvia deseaba quedarse para gritarle y escupirle la verdad a la cara, para ver si así reaccionaba, pero no fue capaz de plantarle cara, así que tomó un panecillo y no se sentó a la mesa para desayunar. Sin apenas nada en el cuerpo, se dirigió al jardín, a la vez que su doncella y su cocinera murmuraban que no podía seguir sin alimentarse, que iba a caer enferma. Palabras sin sentido, pues ya llevaba padeciendo una enfermedad que había minado su alma; estaba enferma de amor, un amor intenso y profundo, infinito como el firmamento, y, a su pesar, no correspondido.

Sintió el gran vacío que habitaba en su pecho y supo que en el lugar donde antes había estado su corazón ahora tan solo había un gran agujero negro que la absorbía sin remedio hasta que consumiera todas sus fuerzas.

Paseaba distraída por los jardines, tan solo necesitaba dejar la mente vagar y no pensar en él. Hacía frío, el invierno se hacía notar y el aroma que se respiraba era el de la proximidad de la paz, gracias a la rendición o eso deseaba pensar. Las plantas que quedaban no eran apenas la sombra de lo que fueron, tan solo un rastro marchito del esplendor de meses atrás, al igual que ella.

Ahora debía decidir qué hacer y sabía que sería lo acertado, así que cuanto antes entendiera que Raven no la necesitaba ni la quería en su vida, antes trataría de curarse, de reponerse.

Después de darle vueltas y más vueltas al asunto durante su larga y tormentosa noche, había llegado a la conclusión de que en realidad lo más conveniente para ella en esos momentos era precisamente contra lo que se había revelado con tanta fuerza: convertirse en la esposa de Jaime de Palafox, alejarse de su hermano y del recuerdo de Raven que convivía con ella tras las murallas de la fortaleza.

Un escalofrío, y no causado por el frío, le recorrió la espalda.

—Es la segunda vez que he de salvarte —escuchó la voz de Jaime a su espalda.

—¿Salvarme? —preguntó confusa.

—Del cruel frío —sonrió.

Silvia lo observó un momento, atenta; en realidad era un joven atractivo,

de rasgos más delicados que los de Raven, pues no era tan rudo ni fuerte ni salvaje, pero era atractivo de una manera... refinada. Su barba y bigote siempre bien recortados; su pelo peinado siempre a la moda; su atuendo, el adecuado en cada ocasión, y sus manos, suaves y cuidadas.

Era la antítesis de Raven, y eso hacía que se cuestionara si una mujer podía sentirse atraída por dos hombres tan diferentes, aunque no sentía por Jaime una atracción tan desgarradora como la sacudida que Raven provocaba en ella, tan solo comparable a un terremoto que iba a partirla en dos. Sentía algo por Jaime, que era un hombre agradable, inteligente y siempre había mostrado un interés por ella que no se preocupaba en ocultar como si se avergonzara de lo que sentía.

—Gracias, Jaime, es muy amable por tu parte —murmuró con una media sonrisa y aceptando la capa que el hombre le colocaba sobre los hombros.

—¿Gustarías de pasear conmigo unos momentos a solas? —preguntó expectante, con el brillo de la ilusión pintado en los ojos.

Y, tras pensarlo, Silvia decidió que si estaba escrito en el destino que ese hombre frente a ella fuese su esposo, ¿por qué no iba a darle una oportunidad y tratar de dejar a un lado por algún tiempo el dolor?

—Gracias, será todo un placer.

Jaime se quedó perplejo al escucharla aceptar su proposición de tan buen talante y un calor alumbró su corazón con la llama de la esperanza de que, tal vez, al final no estaba todo perdido y esa mujer a la que llevaba años pretendiendo y por la que sentía una pasión desmedida, acabaría amándolo o, al menos, aceptándolo de buen grado.

—Jaime, ¿me permites hacerte una pregunta?

—¿Acaso no acabas de hacerme una? —bromeó.

—Sí, tienes razón. —Le devolvió la sonrisa.

—Claro, cualquier cosa, querida —contestó acariciando los dedos de su mano que descansaban en el brazo que tan cortésmente le había ofrecido.

—Me pregunto qué sucederá ahora con las personas que vivían bajo el mandato del rey musulmán.

Jaime la miró con sorpresa. No era un tema habitual de conversación con una dama, aunque tenía claro que ella era diferente de las demás; ese era

el motivo principal de su afán por hacerla suya.

—Son temas políticos que no suelen interesar a las mujeres.

—Bueno, supongo que no soy como el resto.

—Sin duda alguna. —Sonrió de nuevo al escuchar sus propios pensamientos en boca de ella—. Hace algunos meses se elaboró un documento por ambas partes en el que Boabdil renunciaba a la soberanía musulmana haciendo entrega de todas las fortalezas, puertas y torres de la ciudad, y Fernando e Isabel, a cambio, permitirán el libre comercio de los musulmanes sin añadir aranceles y se comprometen a respetar los ritos de la religión islámica sin destruir mezquitas.

—¿Así que todos podrán quedarse?

—Todos no. Boabdil, su rey, ha sido desterrado a las Alpujarras.

Silvia se quedó pensando en lo que Jaime le contaba; era el único al que parecía no importarle su curiosidad por la política.

—Boabdil se ha rendido, no sin pesar, por el bien de su pueblo. Él cree que es posible una convivencia pacífica entre cristianos, musulmanes y judíos.

—¿Tú lo crees? —inquirió. La duda de si los reyes mantendrían o no su parte del acuerdo planeaba como una sombra oscura sobre su cabeza.

—A veces, querida Silvia, hay que rendirse y creer que no todo está perdido y que puede que tras la oscuridad haya una nueva luz, más brillante y firme.

Silvia supo por la mirada que Jaime le dedicaba que le pedía que le diese una oportunidad y tal vez, solo tal vez, tenía razón y ella estuviese dispuesta a ofrecérsela.

Regresaron para la hora del almuerzo y entraron al salón juntos, sonriendo divertidos y bajo la capa que habían utilizado para refugiarse de la improvisada llovizna que los había sorprendido cerca del riachuelo que regaba sus tierras.

Los comensales miraron en su dirección y, sin pretenderlo, Silvia se perdió en la mirada asesina que Raven les dedicaba, furioso y con los puños apretados, listo para iniciar el combate.

Silvia pensó que su aspecto desaliñado a causa de la carrera, su pelo revuelto, la camisa mal colocada y el sonrojo por la rápida caminata habrían

hecho pensar a más de uno que entre ambos había ocurrido algo que en realidad no había sucedido.

Raven se levantó sin mirar a nadie que no fuese ella. Sentía que la furia contra la que trataba de combatir se abría paso en su interior y acababa con cualquier atisbo de cordura; solo había cabida para la mirada de los que allí estaban reunidos.

El resto de los Cuervos, como impulsados por un resorte, se levantaron y siguieron a su laird como un escudo humano. Los demás ocupantes del salón, en su mayoría soldados de las tropas de su hermano, dejaron de comer para observar lo que sucedía. La tensión era más que evidente.

Silvia sabía que debía poner orden, pero en realidad estaba encantada con la actitud posesiva que mostraba. Eso significaba que tenía que sentir algo en su interior y a lo mejor todo estaba perdido, quizá su amor no había muerto...

Raven retó a Jaime con la mirada; se había colocado frente a él con las piernas abiertas y los brazos en tensión cruzados sobre el pecho, en una muestra impresionante de fortaleza. Silvia notó que se le quedaba la boca seca y que se humedecían partes de su cuerpo que no debía conocer todavía, pues no estaba desposada.

Jaime iba a decir algo, pero los Cuervos se colocaron entre él y su laird, que cogió a Silvia por la muñeca y la arrastró sin compasión alejándola del salón.

—¿Adónde me llevas? —jadeó, pues le costaba seguir el ritmo del hombre.

—A un lugar donde podamos hablar.

—¿Qué demonios te sucede? —exigió, olvidando las buenas maneras al llegar al hueco de la escalera que llevaba a su habitación, ese mismo lugar en el que la había besado con pasión noches atrás.

—¿A mí, Silvia? ¿Qué demonios te sucede a ti, muchacha? ¿De dónde vienes? ¿Qué te ha hecho? Si se ha atrevido a tocarte un solo pelo, yo...

—Si lo ha hecho, ¿qué? ¿Qué harás? —preguntó furiosa por la actitud de ese hombre que no dejaba de confundirla.

—Lo mataré —graznó con fuerza.

—¿Por qué?

—Porque..., porque no tiene ningún derecho —escupió tensando la mandíbula.

—Tiene el derecho que tú, laird, le has otorgado al renunciar a mí —fue su respuesta dura.

A Raven el reproche le dolió como si le hubiesen golpeado con fuerza las entrañas; tenía razón, él estaba dejándola libre para otro hombre y eso lastimaba más.

Sin pensar, la agarró con fuerza y atacó sus labios. Silvia iba a quejarse por la intrusión y él aprovechó para colar su lengua dentro de su boca y saborearla; necesitaba grabar con fuego su sabor, anclarlo a su paladar para no olvidarlo jamás. ¡Era tan dulce! La necesitaba más de lo que quería reconocer, la amaba con lo poco de alma que le quedaba en algún rincón oscuro de su interior, pero no podía seguir así, no debía. Tenía que huir de la trampa que era para él su boca; debía alejarse del calor de su cuerpo, aunque le costase la vida.

¿Qué tenía de malo amarla? Si ella lo aceptaba, ¿por qué se castigaba a sí mismo? Porque había hecho cosas imperdonables que ella no se merecía escuchar y solo podía darle una triste y miserable vida que no merecía.

La dejó sin aliento, se lo había robado con su beso y la miró a los ojos mientras con las manos, colocadas en su cuello, acariciaba sus labios rosados e inflamados por el profundo beso que acababa de darle.

—No puedes ser de nadie más —rugió.

Silvia lo miraba atónita; no esperaba para nada esa confesión inesperada. La confundía, siempre lo hacía. Su boca decía palabras que no se correspondían con sus miradas o gestos y, ahora, por primera vez coincidían.

Sus manos acariciando su rostro; su mirada relajada, que le recordaba a aquel joven del que se enamoró; su respiración tan agitada como lo estaba la suya propia...

Sin ser consciente, alzó los dedos y acarició el parche con el cuervo grabado que ocultaba su ojo, siguió con los dedos la cicatriz que bajaba hasta la barbilla y notó que era profunda y suave, y dejó que los dedos descansaran en la base de su cuello, donde su corazón latía con fuerza.

Raven vio la mirada de Silvia y tembló; lo amaba de verdad y eso era un error, así que cogió su mano entre la suya y la apartó con brusquedad.

—Lo siento, esto no volverá a suceder. —Fueron sus palabras duras y serias.

—No es la primera vez que me amenazas con lo mismo; sin embargo, siempre acabas regresando.

—No esta vez, el juego ha terminado.

Sin más, la dejó de nuevo sola, con el corazón rompiéndose tan aprisa como acelerado era su latido.

Capítulo XVIII

Guillermo paseaba por su despacho, nervioso. Había tratado durante varias horas el tema del compromiso de Silvia con varios candidatos más que aceptables, pero necesitaba estar seguro de que Raven lo aceptaba. De verdad.

No tenía ni idea de dónde se habría metido. Hacía rato que había mandado a uno de los mozos en su busca y empezaba a impacientarse cuando la puerta sonó.

—Adelante —dijo bastante seguro de que tras los golpes a la puerta estaba Raven.

—Guillermo, ¿me buscabas?

—Sí, Raven; toma asiento —pidió de manera formal y seria.

—¿Qué sucede? ¿Te encuentras bien? —Raven estaba sorprendido por la actitud de su amigo y la duda apareció en su mente, ¿estaría bien? ¿Le habría dicho el doctor algo que lo cambiase todo?

—Amigo, voy recuperándome, aunque mi brazo ya no volverá a ser el mismo... Pero no me quejo, al menos salvé la vida.

—Estoy seguro de que al final quedará como nuevo, de peores heridas hemos salido —afirmó más tranquilo.

—De eso quería hablarte: esta vez casi no lo logro... y por eso necesito que mi hermana tenga a alguien más que cuide de ella.

—Lo comprendo.

—Entonces, ¿te parece bien? ¿No vas a objetar nada?

—No, ¿debería hacerlo? —Quería sonar seguro, indiferente, pero era consciente de que por dentro sus ruinas se hacían pedazos cada vez más pequeños.

—¡Por favor, Raven! Nos conocemos desde hace mucho, no trates de engañarme; quizá te engañes a ti mismo, pero no a mí. Aún la amas, se te nubla la mirada cada vez que otro la mira o se le acerca.

—Aunque eso fuese verdad... no puedo ofrecerle nada.

—¡Por el Dios Todopoderoso por el que luchamos! ¡Eres un maldito

laird de las Highlands!

—Lo era, hermano, lo era... Ya no queda nada del clan MacCormac, nada.

—¿Qué te ha pasado?

—Ya sabes que cuando regresé lo hice para presentarme ante mi padre, para que viese el hombre en el que me había convertido, en uno capaz de liderar mi clan, de mantener a salvo a mi gente; sin embargo, ya no quedaba nada. ¡Nada, maldita sea, Guillermo, nada!

—Lo sé, estaba allí —susurró sin ocultar la amargura que el recuerdo de aquel día le dejaba en la boca.

—Sí, lo recuerdo. Sobre todo recuerdo cuando casi acabo también con tu vida.

—Tan solo perdiste el control... —justificó, triste por el estado de su amigo.

—Me dediqué a sesgar la vida de los enemigos del Dios en el que creía, ¿para qué? ¿Para que mi clan lo destrozara otro sediento de poder?

—¿Qué ocurrió? ¿Llegaste a averiguarlo?

—Mi padre estaba enfermo —confesó bajando la guardia. Su postura se había relajado desde que entró.

—Lo siento, no lo sabía.

—Yo tampoco, nunca me lo dijo; ni siquiera cuando me echó de su lado... Otro clan vecino sabía que el laird de los MacCormac estaba débil, que sus hombres no lo apoyaban, que volaban como buitres en vez de como cuervos, esperando el momento para alimentarse de la carroña. Así que el clan Douglas aprovechó la situación... El resto lo sabes, lo viste: un hogar destrozado junto con casi todos los que lo habitaban.

—Raven... —fue lo único que se le ocurrió decir.

—Tuve que enterrarlos juntos en una gran fosa porque no podía cavar tumbas para todos ellos... —Tenía los hombros caídos y su voz se había convertido en apenas un susurro.

De la ventana entreabierta llegó el graznido de un cuervo, su cuervo, Sombra, que entró en la habitación y se posó en su hombro. Era curioso verlos a los dos, tan diferentes y tan parecidos.

—Apenas hubo supervivientes —continuó—. Ayla, a la que encontré

escondida en el bosque cercano, llevaba días sin comer ni beber, la habían violado y dado por muerta... Apenas era un despojo, así que la cuidé y fui recogiendo a hombres sin hogar, parias desterrados hasta formar el clan del Cuervo Oscuro, el nuevo clan MacCormac.

—Siento tanto escucharlo...

—Cuando Ayla se recuperó me pidió que la enseñara a pelear, no quería que nunca más le sucediera algo parecido y accedí. Ahora es uno de mis mejores hombres. Después encontramos a Ty, su hermano, la había buscado desesperado y cuando la vio sana y salva y supo lo que esos perros rastreros le habían hecho, salió a cazarlos como un lobo hambriento. Tuvimos que mantenerle atado hasta que se calmase...

—Siento tanto oírlo... Pero ¿y tus tierras? ¿Y tu hermoso castillo sobre el acantilado? ¿Acaso no merecen la pena?

Raven sopesó las preguntas de su amigo en silencio, los malditos recuerdos que trataba de mantener en lo más oscuro de su vacía alma regresaron para recordarle la atrocidad que vivió. Entendía a su amigo, solo quería mostrarle que tenía algo por lo que luchar, no lo hacía con la intención de herirle, era solo que el dolor quemaba con demasiada fuerza dentro de su pecho todavía. No había pasado el suficiente tiempo para que ese ardor se apagase, igual que le ocurría cada vez que miraba a Silvia, que todo el pasado resurgía con la fuerza de cien cuervos.

—Necesito el oro para regresar, por eso trabajo de mercenario, por eso acudí a tu llamada porque tu rey nos paga muy bien y porque te hice una promesa.

—Y por ella.

—No, por ella no —mintió, y las palabras quemaron su interior.

—A mí no puedes mentirme, hermano; te conozco demasiado bien. Conozco lo peor y lo mejor de ti.

—Por esa misma razón me obligarás a mantenerme lejos de lo único bueno que queda en mi vida.

Guillermo guardó silencio un instante mientras sopesaba todas y cada una de las razones que su amigo argüía para mantenerse alejado de Silvia, ¿de verdad no quedaba nada en él que mereciera redimirse? ¿No había forma de recuperar su alma? ¿De llevarle algo de luz?

—Te prometiste a mi hermana; puede que ella no lo supiera, pues era muy joven, pero el juramento...

—El que hizo tal promesa no vive en mí —cortó, tajante, sin dejar que acabara.

—Raven, ella aún te ama —argumentó para tratar de hacerle entrar en razón.

Él se levantó y le dio la espalda. Con calma, caminó hacia la gran ventana y dejó que su mirada vagase por los alrededores de ese lugar en el que tan buenos momentos había tenido con ella. ¡Maldita fuera! Había tantos buenos recuerdos encerrados en aquellas paredes que se le hacía muy complicado mantenerse alejado de ella.

—Ya no valgo nada más que lo que otros estén dispuestos a pagar por mis servicios —confesó con tristeza—. Guillermo, no tengo nada que ofrecer, ni siquiera soy un hombre completo.

—Si lo dices porque *casi* perdiste un ojo por salvarme la vida, déjame decirte que eso te hace mucho más hombre que muchos otros que conservan intactos todos sus miembros.

—No voy a desposarla. Además, te hice una promesa.

—Esa promesa no tiene valor para mí, hiciste que te la arrancara.

El laird volvió a girarse para enfrentar a su amigo; tenía que dejarle claro que había llegado el fin.

—No puedo estar con ella, temo perderme de nuevo en esa niebla tan espesa que me atrapa y en la que dejo de ser yo para dar paso a esa bestia oscura que vive dentro, perder el control y lastimarla.

—Nunca le harías daño, no a ella. Estoy seguro de ello.

—No viste el estado en el que dejé a los guerreros del clan que osó destrozar el mío. Créeme, Guillermo; es mejor que me mantenga lejos de ella.

—Está bien, entonces tendré que comunicarle mi decisión.

—¿Con quién vas a desposarla?

El silencio se hizo espeso entre ellos. El cuervo graznó y se marchó por el mismo sitio por el que había entrado a interrumpir la conversación, para dejar claro que no deseaba ser testigo. Raven miraba a su amigo, que sin hablar le había confesado su elección.

—¿Tiene que ser precisamente con él? —No pudo evitar que sus

palabras salieran tan afiladas como una daga.

—Es joven, bien parecido, adinerado... Podrá cuidarla como se merece; además, hay otra cosa a su favor.

—¿Cuál?

—Que la ama. Lleva años cortejándola.

—Pero ella no le corresponde.

—No y no va a corresponder a nadie que no seas tú. Piénsalo, tienes de plazo hasta mañana al alba. Es tu última oportunidad; no la desperdicies.

Sin más, se dio la vuelta y dejó a su amigo solo, con la única compañía de la copa que iba a tomarse para tragar todo el dolor que apretaba su pecho.

Raven montó su caballo, Ronan, y cabalgó durante horas mientras las palabras de su amigo no dejaban de repetirse en su mente sin cesar.

«Piénsalo, tienes de plazo hasta mañana al alba».

Guillermo pasó el resto del día sin dejar de darle vueltas al asunto de su hermana. Sabía que tenía que buscarle un esposo digno y que la cuidase, y podía entender las razones de Raven, pero, en el fondo, algo le gritaba que nunca la lastimaría.

Era cierto que el Cuervo se había convertido en una bestia salvaje y sin alma en más de una ocasión cuando se encontraba en los campos de batalla, pero ¿qué hombre no lo era cuando su única misión era acabar con la vida de los demás para no perder la propia?

Le había dado hasta el alba; después, le comunicaría a su hermana una decisión u otra. No podía alargarlo durante más tiempo; él no iba a ser el mismo y no podía garantizar su propia seguridad, así que mucho menos la de su hermana.

La puerta sonó de repente, lo que le hizo regresar de sus cavilaciones.

—Adelante —dijo expectante; no esperaba a nadie.

—Con su permiso, señor —saludó la voz provocativa de Ayla.

—¿Sucede algo, Ayla? —preguntó sorprendido por verla.

—Nada, mi señor. Como no bajó a almorzar con los demás, estaba preocupada. No lo he visto desde nuestro regreso de Granada.

—Sí, he estado ocupado con... esto —dijo con pena, señalando su brazo.

—Guillermo —se atrevió a decir a la vez que salvaba la distancia entre

ambos—, tenía tanto miedo, creí que... —La interrumpió el suspiro que aguardaba en su garganta desde hacía varios días.

—Ayla, estoy bien, de verdad.

Guillermo se había acercado a ella; no tenía claro por qué no podía mantenerse lejos de ella, había evitado encontrársela porque ahora era él quien no estaba a su altura; había dejado de ser un guerrero capaz de defenderse para convertirse en tullido con tan solo una fortaleza tan enorme como la soledad que sentía.

—Cuando te trajeron de vuelta desde Santa Fe, no parecía que fueses a lograrlo, y yo... he estado preocupada —confesó.

Guillermo no pudo evitar sentir ternura por esa mujer fuerte y con más valor que muchos de sus hombres al verla sufriendo por su causa. Con los dedos, levantó el rostro hasta que sus increíbles ojos azules se encontraron con los suyos, oscuros como una noche sin luna.

—Ayla... —murmuró rozando con los dedos su labio inferior, lo que le arrancó un profundo jadeo al pecho agitado de la mujer.

Guillermo debía resistirse, pero no lo deseaba; esa experiencia al borde de la muerte le había enseñado que todo era efímero y que la vida de los guerreros tenía los minutos contados. Acercó la boca a los generosos labios de la mujer, que se ofrecía sin miedo, y la besó con la desesperación de quien quiere seguir atado a la vida.

El beso se hizo más profundo, las manos de Ayla se agarraron de su cuello mientras la suya acariciaba la espalda femenina. Se apretó más a su hombría y eso hizo que jadeara por el calor que nacía dentro de su cuerpo y que no sabía si iba a poder controlar; al fin y al cabo, solo era un hombre frente a una diosa.

—Ayla, mi diosa, no debemos. No puedo...

—¿Por qué no? ¿Porque no soy noble? No me importa, no voy a exigirte matrimonio.

—Pero soy un caballero de honor y tendríamos que desposarnos si te robo la honra.

—No te preocupes por eso, me la robaron sin preguntar hace muchos años ; es la primera vez que decido cómo, cuándo y con quién. Toma lo que te ofrezco, Guillermo, porque tal vez no volvamos a vernos.

Esas palabras sentenciaron el destino de Ayla. Guillermo no pudo contener más a la fiera que aún vivía dentro de su maltrecho cuerpo y la hizo suya sin pensar en las consecuencias, sin pensar en el mañana...

El día se levantó tan gris como lo estaba ella misma. Ni siquiera le apetecía ver de nuevo a su amiga Beatriz, estaba tan triste... Nada había salido como esperaba, había soñado durante la larga noche con las manos de Raven acariciando la puerta para que la abriese y confesarle entre susurros su amor, pero se quedó tan solo en un sueño; esa visita a su habitación nunca sucedió.

Se levantó perezosa pensando en inventarse que estaba enferma y, en realidad, así era. Tenía el estómago encogido por el dolor que le causaba saber que el futuro que había imaginado junto a él tenía los días contados.

—Señora, ¿está levantada? —oyó la voz de Lina al otro lado de la puerta.

—Sí, Lina, adelante.

—Su hermano me ha pedido que en cuanto esté presentable, acuda a su despacho; hay asuntos que desea tratar con usted.

—Gracias, Lina —contestó apática. Su destino acababa de sellarse.

Guillermo se paseaba furioso por el despacho, no podía creer que Raven no fuese a pelear por Silvia. Había intentado hacerle cambiar de opinión por todos los medios, pero no había cedido, ¿habría dejado de amarla realmente o tan solo se había convertido en un cobarde que se escudaba en su propio miedo?

No podía evitar recordar la cantidad de noches en las que lo había visto añorando a su hermana y ahora parecía que nunca hubiese albergado ningún sentimiento por ella en su corazón.

Y, por más que le doliese, tenía que tomar una decisión y la había tomado; tenía que pensar en ella, en su futuro y su bienestar. Lo había esperado hasta el alba y más aún, pero no había ido a reclamarla y ahora esperaba a Jaime para cerrar el trato por su hermana.

Se sentía mal, pues le había prometido a su padre que la desposaría con alguien que la amase y que la protegiese, y lo había intentado, pero no había sido posible, y ahora... Ahora no podía permitirse el lujo de esperar más, no

con esa mano cuyo control y fuerza nunca iba a recuperar por completo. Necesitaba asegurarle un marido que la protegiese, y aunque no fuese Raven, Jaime la amaba o decía que lo hacía.

Jaime llegó mientras él seguía perdido en sus pensamientos, que se vieron interrumpidos por el joven que, sin duda, sabía para qué se le había hecho llamar.

—¿Me buscabas, Guillermo? —lo tuteó gracias a la confianza que los años les habían dado.

—Sí, pasa, Jaime.

—¿Y bien? ¿Sucede algo?

—He decidido escuchar tu oferta.

Jaime no pudo ocultar la sonrisa de triunfo que ocupó su rostro. Se acomodó y se colocó el dedo índice sobre la boca, pensativo.

—¿Soy el primero? —quiso saber.

—Eres el primero al que voy a tomar en serio —mintió; en realidad, el primero habría sido Raven, pero no había acudido a la cita—, aunque no el único de la lista —aclaró para atenuar la sonrisa que se había dibujado en la cara—. ¿Qué quieres?

—Quiero como dote las pequeñas tierras que lindan con lo que antes era la frontera musulmana.

—¿El olivar? —preguntó sorprendido. Apenas valían esas tierras y la verdad era que había esperado que Jaime pidiera como dote algo más valioso; no tenía claro si sentirse ofendido o aliviado.

—Sí, el olivar.

—¿Qué más? —preguntó de nuevo; no podía salir de su estupor.

Jaime sabía que lo había pillado desprevenido; los ojos de Guillermo mostraban sin disimulo la cautela que su parca petición había provocado. Desconfiaba, pero con eso ya contaba.

—Nada más. Con esas tierras y la mano de tu preciosa hermana será más que suficiente. Nunca he ocultado lo que sentía por ella, lo que aún siento. Ella por sí misma es para mí la mejor de las dotes.

—Está bien, lo tendrás y añadiré una generosa suma de dinero para que mi hermana pueda disponer de ella a su antojo, pero, antes de cerrar el acuerdo, hay algo que quiero a cambio.

—¿El qué? No es normal que se pida algo a cambio de la novia y menos cuando la dote es tan pequeña para todo lo que podría aportar.

—Bueno, tú y yo sabemos que Silvia no es cualquier novia.

—No, no lo es.

—Quiero que firmes este documento en el que te comprometes a cuidarla y protegerla de cualquier peligro.

Jaime levantó las cejas sorprendido; no se esperaba para nada que Guillermo le hiciera una propuesta de esa índole.

—¿Por quién me tomas, amigo? Eso es algo que no es necesario que me pidas —dijo más alto de lo que pretendía, pero lo había ofendido que su amigo le pidiera algo que pensaba hacer.

—Hay más, Jaime, déjame acabar, por favor.

—Adelante. Te escucho.

—Quiero que nunca se la fuerce a mantener relaciones íntimas y...

—¡Esto es intolerable! —exclamó furioso—. Soy un caballero de honor, ¿por quién me tomas? ¿Por uno de esos salvajes que tienes como invitados?

Guillermo apretó las manos en dos feroces puños; no le gustaba ese tono, que, a veces, empleaba Jaime, pero no podía evitar ser como era. Lo habían criado de esa forma y además no era un guerrero, por lo que no era capaz de ver el valor de un hombre que se enfrentaba a la muerte cara a cara y salía vencedor.

—Puede que no haya que aclararlo, que tengas honor; aun así, hay más. Quiero que sea la única heredera en caso de que fallezcas antes que ella.

—¡Guillermo! ¡Es inaudito! ¡No creo que el rey consintiera eso!

—Creo que nuestro rey no pondría muchas objeciones, me debe más de un favor. De todas formas, puedes aceptar o no, está en tu mano. Nadie va a obligarte. Tengo más candidatos esperando, entre ellos un lord inglés dispuesto a aceptar cada una de mis condiciones sin objetar nada.

Ajenos a todo lo que no fueran los términos del contrato matrimonial, no se percataron de la presencia de Raven tras la puerta entreabierta. Este se había debatido durante toda la larga noche en la que no había dejado de rebatirse a él mismo lo que era o no mejor para Silvia, y al final de la larga batalla, se había rendido a su egoísmo y había decidido aceptar, hacerla su esposa. Ver a Jaime allí dentro hizo que su sangre hirviese como si fuese lava

ardiente. Alzó la mano para interrumpir esa reunión que no iba a finalizar con sus firmas estampadas en el documento cuando Jaime dijo las palabras.

—La amo, Guillermo, respetaré y cumpliré todas tus condiciones. Te juro por la tumba de mis padres, que descansan junto a los tuyos, que conseguiré hacerla la mujer más feliz de la tierra y que arrancaré a esa *bestia salvaje* de su corazón.

—Ojalá lo consigas —murmuró.

Raven escuchó las palabras y reconoció que, aunque doliesen, era la verdad. Silvia iba a estar mejor sin él, que no era más que un salvaje sin patria, hogar ni corazón. Se daba la vuelta cuando Guillermo abrió la puerta y lo vio parado frente a ella. Por un instante, a Guillermo se le iluminó la mirada, ¿habría venido a reclamarla? Todavía no era tarde, no habían formalizado nada.

—Raven, hermano, ¿acaso...?

Guillermo se olvidó un momento de Jaime, pero este miraba al salvaje con un odio poco disimulado.

—No, no. Siento interrumpirte, no sabía que estabas ocupado. Ya hablaremos.

—¿Estás seguro? —insistió.

—Es de lo único que lo estoy —afirmó con una determinación que en realidad estaba muy lejos de sentir.

—Como deseas —musitó, no sin pena, su amigo.

Jaime le dedicó una sonrisa triunfal y, aunque le habría estampado el puño con gusto en su bonita cara, se dio la vuelta y se marchó. Necesitaba poner en orden sus pensamientos y averiguar qué era lo que quería en realidad.

Silvia llegaba al despacho de su hermano cuando divisó a Jaime, que se alejaba con una gran sonrisa en su rostro aniñado. Tembló porque sabía perfectamente qué era lo que significaba. Agarró la tela de su túnica con fuerza entre las manos e intentó no llorar, aunque eso fuese lo que deseaba.

Llamó con miedo a la puerta, pero era algo que debía hacer; tarde o temprano ese momento iba a llegar.

—Guillermo, soy yo.

—Pasa, hermana.

—¿Querías verme?

—Así es. Te he prometido —soltó sin más.

Conocía a su hermana y con ella todo era mejor con esa brusca sinceridad que ella misma practicaba. Cuanto antes cerrasen este capítulo, mejor. Era hora de que dieran un paso adelante, los dos.

—¿A quién? —preguntó a pesar de conocer la respuesta.

—A Jaime. Lo siento. —Se disculpó porque tenía la sensación de haber fallado.

—Está bien.

—¿Está bien? ¿Eso es todo? —dijo con la ceja levantada.

—¿Qué esperabas? —preguntó al borde de las lágrimas.

—Que pelearas por él.

—¿Que peleara por él...? He estado haciéndolo sin descanso durante diez largos y malditos años, pero ya no tiene sentido. Se acabó. No lo amo.

—No puedes mentirme, Silvia. Te conozco, en tu corazón solo guardas bondad y cuando mientes puede verse, se refleja en tu clara mirada, la oscurece. Y ahora me mientes; lo amas.

—No, no lo amo, ya no —confesó, aunque su voz sonaba mentirosa.

—La verdad es que no deberías. ¿Sabes en lo que se ha convertido? En un demonio del que todos huyen en la dirección opuesta. Solo queda maldad corriendo por sus venas. Deberías alejarte de él, porque ya no es bueno para ti —trató de justificar su decisión.

—Lo sé.

—Y, aun así, lo amas.

—Te he dicho, hermano, que ya no albergo ese sentimiento por él.

Guillermo la miró a los ojos. Podía ver en ellos cada pizca de dolor, cada suspiro de dolor que guardaba dentro del pecho para soltar más tarde cada palabra de reproche que se callaba...

—No soy estúpido ni tú tampoco. No me mientas, no te mientas.

—¿Y qué quieres que haga? Se fue dejándome destrozada y sé que volverá a hacerme daño si le doy la oportunidad, pero no puedo evitar que mi corazón lata más aprisa y más fuerte cuando lo veo o cuando escucho su voz —comenzó a sollozar imponente.

Estaba devastada, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Los años pasaban y no podía seguir esperando a un hombre que ya no tenía el menor interés por ella; quería hijos, una vida plena... a su lado, aunque le había dejado claro que no era posible y había llegado el momento de dejar de batallar en una guerra que había perdido hacía ya muchos años. Estaba cansada, trataría de ser feliz junto a Jaime y llenar ese vacío con el amor de los hijos que vendrían.

—Te entiendo, Silvia, y aunque ahora me odies, espero que algún día te alegres de la decisión que tomé por ti. Jaime te ama; a su manera, te ama. Te respetará y te cuidará.

—Nunca seré feliz con otro, ninguno de los dos lo seremos; me condenas a un matrimonio sin amor...

—Puede, aunque quiero creer que Jaime podrá hacerte olvidar el amor que guardas con tanto celo en tu corazón.

—Ojalá, Guillermo. Solo deseo que este dolor que me estremece por su intensidad se desvanezca.

Sin decir nada más, se alejó de la habitación y se encaminó hacia los jardines. Necesitaba respirar, ver la luz del sol y creer que la posibilidad de un futuro más o menos aceptable era posible.

Caminó por el paseo de adoquines flanqueado por rosas rojas y blancas. Le encantaba esa parte del jardín camino al riachuelo que atravesaba las tierras. Siempre la relajaba contemplar la belleza de esas flores y aspirar su fragancia.

Al final del camino, junto al río, vio la figura de Jaime. Debía reconocer que aunque no era ni de lejos tan fuerte y apuesto como Raven, era bastante bien parecido, atractivo de una forma refinada, nada que ver con el atractivo salvaje del Cuervo.

—Silvia —murmuró al darse la vuelta y verla.

—Jaime —susurró tratando de ocultar sus lágrimas y la sorpresa.

—¿Te lo ha contado Guillermo? ¿Por eso lloras? ¿Tan desdichada te hace? —murmuró con pesar.

—No lo entenderías.

—Inténtalo.

—No deseo este matrimonio. No te amo.

—Lo sé. No estoy ciego.

—¿Acaso no te importa? —preguntó confusa por su respuesta.

—El amor entre la nobleza no es algo frecuente, Silvia. Aunque tengo la esperanza de que aprendas a tolerarme, sé que no te soy indiferente y yo te amo desde la primera vez que te vi. Tengo la firme esperanza de que el amor llegue. Tal vez tarde, pero llegará.

—Nunca podré amarte, mi corazón no me pertenece para poder disponer de él a voluntad.

—¡Ese salvaje desfigurado no te merece! —gritó de repente, con una furia desmedida—. Aprenderás a amarme, me darás hijos hermosos y fuertes a los que amarás más que a nada en este mundo y en un futuro cercano él no será nada más que la triste sombra de un recuerdo pasajero y vacío.

—No deseo herirte, pero estás equivocado. Aunque su rostro estuviese más desfigurado de lo que lo está, seguiría amándolo. Si le cortasen la lengua y no pudiese volver a escucharlo nunca más susurrarme que me ama o simplemente pronunciar mi nombre, incluso así lo amaría. Si perdiese el ojo que le queda privándome Dios de su dulce y verdosa mirada, lo amaría con más intensidad para que pudiese ver con el corazón, y si muriese o me abandonase, lo amaría eternamente. Nada podrá hacerme cambiar de parecer y nada ni nadie podrá obligarme a dejar de amarlo.

—Me lastiman tus palabras, Silvia, pero escúchame con atención. Te haré mía, solo mía. Te meteré en mi cama todas las noches y te haré el amor tan salvaje e intensamente que tu mente se emborrachará de pasión, nublará tus sentidos y, a pesar de tu resistencia, acabarás gritando entre jadeos mi nombre, no el de él.

Esas palabras, inesperadas, la dejaron sin aliento. Estaba dispuesto a amarla con toda su alma para hacerla olvidar que la suya pertenecía a otro y, aunque dudaba que lo consiguiera, sus palabras solo la predisponían a luchar con más fuerza por Raven y su corazón tronaba con voz firme que atesoraría todo el amor, las palabras, las caricias y los besos que habían compartido para siempre. Una cosa debía admitir: su determinación la agradaba. Raven nunca había luchado por ella de esa forma tan apasionada, como si de verdad lo único que le importase en esta vida fuese eso.

—Recuerda, Silvia: al final acabarás perteneciéndome en cuerpo y alma.

No voy a conformarme con menos. —Con esa frase, sentenció su profecía y la besó.

Silvia trató de resistirse, pero su lengua insistente y húmeda produjo en su cuerpo una excitación que la pilló desprevenida. Jadeó un instante, que Jaime aprovechó para invadirla. Su lengua saboreó y lamió su interior. Era suave, dulce y, a la vez, salvaje.

No pretendía hacerlo, pero su cuerpo se dejó arrastrar por la pasión que ese beso le transmitía, y su lengua, inocente, se unió a su juego. Cuando su cuerpo se relajó y su lengua empezó a jugar con la suya, un gruñido gutural y animal que nació en lo más profundo del pecho de Jaime la hizo temblar.

El beso acabó tan de repente como empezó y vio al hombre temblando por el beso. Su frente, perlada en sudor, apoyada en la suya mientras rozaba con la nariz la de Silvia y jadeaba nervioso; sus pulgares acariciaban la mejilla femenina y llevó los dedos hasta la boca de labios inflamados por el beso. Su pulgar rozó el labio inferior de Silvia y clavó la mirada, oscura como una noche sin luna, en sus ojos.

—Recuérdalo, Silvia; serás mía y nada ni nadie se interpondrá.

Sin palabras que pronunciar, pues era incapaz de articular una sola sílaba, observó cómo su ahora prometido se alejaba dejándola con el cuerpo tembloroso. Pensó, con miedo, que iba a desfallecer. Acababa de suceder algo que no espera, algo que nunca había pasado por su cabeza. Había sido besada por su futuro esposo, uno al que no amaba y que no era el elegido por ella, y por unos eternos y terroríficos segundos se había olvidado de todo: del dolor, del miedo, de la soledad, de Raven... Y eso fue lo que más la asustó de todo, descubrir que existía la posibilidad de olvidar a su Cuervo.

Capítulo XIX

Raven era consciente de que el pobre árbol no tenía la culpa de nada, lo que no le impidió destrozarlo a puñetazos. No tenía claro por qué estaba tan frustrado si estaba sucediendo justo lo que siempre había deseado, que Silvia fuese de otro.

Tenía claro que no podría darle lo que se merecía, su hogar no era más que un puñado de rocas dispersas, su pueblo no era más que los que los habían seguido, sus fieles guerreros.

Recordó el puñetazo que le había dado a su hombre cuando hizo el comentario sobre Silvia; en verdad lo que le dolió fue que fuese tan obvio.

—Si no puedes darle lo que necesita a la *sassenach*, se lo daré yo.

«Extranjera», eso era para ellos, o mejor dicho, para sus hombres. La sangre andaluza de su madre corría por sus venas. Siempre había sido el raro entre los de su clan. Todos con el cabello claro, de diferentes tonalidades de rubios o rojizos, y él con su cabello oscuro como la noche. Lo había heredado de su madre, un recordatorio hacia su padre que él había pagado caro; lo desterró porque no podía soportar ver que cada día se parecía más a ella.

Todavía penaba por la muerte de su esposa. La tuberculosis se la llevó en unos días, de repente, sin que pudieran hacer nada. Su padre, el más fiero guerrero de las Highlands al que todos temían y cuyos hombres dormían a la intemperie sin importar las inclemencias climáticas, había tratado de vencer a la muerte que se cernía sobre la mujer a la que amaba y había perdido esa batalla.

Nunca fue el mismo y lo pagó con el pequeño niño de mirada triste. Decidió enviarlo con los padres de Guillermo, antiguos y buenos amigos de su madre, que se mostraron felices de acoger al hijo de Leonor.

Así conoció a Guillermo, que fue como un hermano para él y la conoció a ella, a esa niña tímida que se asomaba a verlos pelear a escondidas y que lo miraba con extrañeza y curiosidad.

—Laird —lo interrumpió Callum.

—Dime, Callum.

—¿Se me permite hablarle como amigo?

—Claro que sí, Callum. Sabes que somos familia, somos los únicos que quedan de nuestro clan.

El joven guerrero de pelo rojo como el fuego y los ojos más azules que un cielo despejado observó el destrozo que su laird había ocasionado a su alrededor. Sabía que sufría por más que se empeñase en ocultarlo, todos sabían que su amor por la joven y hermosa duquesa no había mermado a pesar de los años.

—Ve a por ella. Si tanto te importa esa mujer...

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no soy digno.

—No hay hombre más digno que tú, Raven.

—Merece alguien con riquezas, tierras y posición, para poder llevar una vida acomodada. ¿Qué puedo ofrecerle yo? ¿Un hogar ruinoso?

—Merece a alguien que la ame como tú. Además, MacCormac Castle es nuestro hogar, tarde o temprano haremos que recupere su esplendor.

—¿Quién nos ayudará?

—Al final tendremos que sentar la cabeza y más hombres estarán dispuestos a formar parte del clan de los Cuervos. Hay muchos otros *highlanders* que por un motivo u otro se han quedado sin clan. Robaremos ganado, nos haremos con esposas, llenaremos nuestras verdes tierras de gritos de niños, de cantos de mujeres, de vida.

Raven bajó la mirada. Quería creerlo, quería y deseaba con todas sus fuerzas pensar que así sería, pero sabía que era solo un sueño inalcanzable.

—No puedo, ya no soy aquel que recuerda, no queda en mí nada de aquel hombre. Soy una bestia, un Cuervo Oscuro dispuesto a desgarrar con sus garras a toda presa que se cruce en su camino.

—Eres eso y mucho más, laird.

—No lo siento de esa forma.

—¿Cuándo se celebrará la ceremonia?

—No lo sé, pero no quiero estar aquí cuando suceda.

Raven no había pensado en ello, pero ahora que Callum se lo había hecho notar supo que debía partir antes de que sucediera. Caminó dejando

atrás a su hombre y se adentró en el castillo en busca de Guillermo.

Marisa, esa mujer que parecía estar siempre en todas partes a la vez, le indicó con amabilidad que su señor se encontraba todavía en su despacho, que no lo había dejado en todo el día.

Raven llamó a la puerta y Guillermo no hizo que esperara. Al entrar vio en el rostro de su amigo algo parecido a la esperanza, o tal vez era felicidad; no le extrañaba, se quitaba un peso de encima al dejar asegurado el futuro de Silvia. Era un buen hermano; a pesar de todo, se preocupaba por ella, aunque no siempre estuviesen de acuerdo.

—Raven —dijo sorprendido, pues no esperaba volver a ver a su amigo.

Por un momento a Guillermo se le aceleró el corazón, ¿sería posible que su amigo hubiera cambiado de parecer? ¿Acaso tenía pensado reclamarla?

—Guillermo —empezó.

—¿Sucede algo? —preguntó al ver el semblante serio del laird.

—Solo... necesito saber cuándo va a celebrarse la ceremonia.

—Así que me he equivocado en mis presunciones —murmuró.

—¿En qué te has equivocado?

—Por un momento pensé que venías a reclamarla, que no ibas a conformarte.

Raven lo miró en silencio. Deseaba gritar que era suya, que no dejaría que nadie la tuviese, pero la sombra de lo que era planeaba sobre su cabeza como un buitre hambriento esperando a que su presa exhalase un último aliento.

—Partiré en breve, no puedo quedarme.

—¿Sabes? He llegado a pensar muchas cosas de ti, Raven, pero nunca, jamás, creí que fueras un cobarde.

Las palabras de su amigo le dolieron, pero no iba a contradecirlo; al fin y al cabo, lo sabía y lo había asumido, estaba huyendo y nunca dejaría de huir, pues era consciente de que el recuerdo de la mujer a la que amaba más que a sí mismo lo perseguiría por siempre.

—No quiero demorar más un enlace que tenía que haberse dado hace años. Cada día que pasa, Silvia pierde un poco más de vida por tu culpa, y no tengo intención de alargar esa tortura. La ceremonia se celebrará en tres días.

—¿Tres días? —repitió—. ¿No es muy precipitado?

—¿Precipitado? Ya te he dicho que este enlace tendría que haberse celebrado hace mucho tiempo, unos seis años atrás —recalcó echándole en cara que no regresara a por ella y rompiera su promesa.

—Me iré antes.

—Deberías quedarte, es lo menos que debes hacer.

—¿Cómo podría, sin enterrarme aún más profundo? —murmuró saliendo por la puerta, sin dejar que su amigo respondiera una pregunta de la que tan solo él tenía la respuesta.

Llegó al salón donde sus hombres se preparaban para almorzar. Las criadas se apuraban afanosas en servir lo más rápido posible a los invitados que aún quedaban en la fortaleza.

Al menos Dark había seguido su camino hacia Inglaterra y se libraba de verlo regocijarse en su dolor. Sus hombres no dijeron nada mientras acababan con todo lo que las jóvenes servían. Raven no dejó de observar a Guillermo y a Silvia, que parecían mantener una tensa conversación.

En cuanto las doncellas sirvieron los postres, Silvia abandonó el salón a toda prisa y no muy contenta; Raven supuso que su hermano la habría informado de la fecha de la boda, tan próxima que lo dejaba sin aire.

La noche pasó sin más. Recibieron la visita de Jaime de Palafox, que se pavoneaba por todo el lugar como si le perteneciera, y sus lacayos no dejaron de obsequiar a Silvia con numerosos regalos, entre ellos el vestido que luciría en la ceremonia.

Raven apretó los dientes y dejó el salón; no soportaba la situación por un momento más, estaba acabando con la poca humanidad de la que disponía. Cada vez que Jaime le dedicaba una de sus ladinas sonrisas, se imaginaba acabando con él de mil maneras diferentes y, ¡por todos los demonios!, conocía muchas y variadas formas, a cuál más dolorosa, de terminar con la vida de un hombre.

—Cuervos, es hora de retirarnos —ordenó serio y tajante, para no dar lugar a réplicas.

Los Cuervos abandonaron el salón y Silvia sintió que su pecho se rompía un poco más; tan solo un fino hilo sujetaba los pedazos de su corazón, que más bien parecía un rompecabezas.

En dos días se desposaría con Jaime y, aunque sabía que debía sentirse dichosa, no podía dejar de pensar en la dura condena que tendría que sufrir durante lo que le restaba de vida.

La ceremonia se celebraría a la mañana siguiente. Silvia se levantó después de pasar una noche horrible en la que no dejó de desvelarse y asomarse a la ventana para ver a Raven tumbado sobre su *plaid*, sin moverse.

Trató de aparecer presentable, trató de parecer feliz, como se suponía que una novia debía sentirse, pero no lo consiguió. Bajó la escalera hasta el salón y en cuanto entró buscó con la mirada a Raven, una costumbre difícil de eliminar, y en el preciso momento en el que sus miradas se encontraron, les hizo un gesto a sus hombres, que se levantaron y lo siguieron, abandonado la estancia, abandonándola a ella.

El nudo que se formó en su garganta la apretó con fuerza y tuvo que respirar profundamente varias veces para contener las lágrimas que en realidad deseaba derramar.

—Buenos días, señora —la saludó una de sus doncellas—, ha llegado una misiva dirigida a usted.

—Gracias —musitó.

Al ver que era una carta de su amiga Beatriz, un poco de alegría se hizo paso a través de tanta tristeza, pero solo hasta que leyó la nota en la que su mejor amiga se disculpaba por no poder asistir a la ceremonia; se encontraba con muchas molestias a causa de su embarazo y la comadrona le había aconsejado guardar reposo.

Cogió la túnica entre las manos y la apretó con fuerza, arrugando la carta a su vez. Ni Beatriz ni Raven. Desde luego, su futura boda se alejaba mucho de la que había imaginado tantas veces.

Capítulo XX

—Nos iremos esta madrugada —informó a sus hombres una vez fuera de la fortaleza—. No puedo estar aquí cuando llegue el momento.

—¿Estás seguro?

—Sí, Cam.

—Entonces, avisaré a los hombres.

Raven dejó que su vista se perdiese en el caminar seguro de Cam y miró hacia el jardín; le pareció ver, de lejos, a Silvia caminar con la cabeza agachada, rozando con sus dedos largos las hermosas rosas rojas, como la sangre que él mismo había derramado, que tanto le gustaban.

Apretó los puños con fuerza y se contuvo de descargar su frustración y su rabia contra alguno de los árboles cercanos, que aún se tambaleaban a causa de su última visita, y se marchó caminado a preparar las pocas cosas que poseía para emprender el largo viaje a su hogar, un hogar tan en ruinas como lo estaba su interior.

Debería haber esperado, dar la cara, haberse despedido de Guillermo, pero era un cobarde; no soportaba la idea de verla vestida de novia, caminando hacia otro que no fuese él. Tampoco podía reclamarle a Guillermo la prisa por celebrar el enlace... Ataba con furia sus escasas pertenencias, que había colocado en el tartán en su montura, sin advertir que molestaba al animal, cuando la voz de Ayla lo interrumpió.

—No tiene por qué renunciar a ella, laird, todavía está a tiempo. Aún no se ha celebrado la ceremonia.

Raven miró a la joven mujer que se había convertido a su lado en un guerrero del que se sentía orgulloso, y sin decir nada se subió al semental de un salto.

—¡Nos vamos! —gritó más fuerte de lo que deseaba.

Silbó, avisando a su cuervo, Sombra, y en cuando lo vio sobrevolarlo, espoleó a Ronan y apremió al animal a coger velocidad. No reparó en si sus hombres lo seguían o no, tan solo era capaz de oír el ruido que los añicos en los que se había roto su corazón hacían al caer al vacío.

Cabalaron en silencio dejando que el paisaje cambiase despacio; Raven se había sumido en un ostracismo poco convencional en él, solo le había sucedido en otra ocasión, aquella en la que regresó a su hogar esperando haberse ganado la aprobación de su padre al fin, todo para encontrarse a todos los miembros de su familia apilados como desechos inservibles. Allí encontró a su cuervo, el mismo que lo acompañaba ahora. Un pequeño animal perdido, buscando entre los restos de cadáveres.

Nunca olvidaría aquella escena ni cómo gritó de dolor y lloró. Lloró por lo que había sucedido, por no ser lo bastante bueno para su padre, pero sobre todo lloró por todo lo que había perdido, y ahora, de nuevo, se alejaba de ella, lo único con valor que había poseído de verdad; la única que lo había amado sin condiciones, sin objeciones, sin esperar nada a cambio que no fuese él mismo; la única que no lo miraba como un lisiado o con miedo; la única que lo amaba por lo único que pensaba que no poseía: su alma.

Sin saber qué fue lo que lo impulsó a hacerlo, hizo girar con brusquedad a su corcel y galopó como alma que llevara el diablo hacia ella. Durante todo el camino no dejó de pedirle a Dios que ella aún no hubiese decidido pertenecerle a otro.

Las lágrimas resbalaban por sus frías mejillas, el viento azotaba su rostro y dejaba su cabello, a pesar de ir recogido, alborotado; sin embargo, era incapaz de sentir nada. Estaba vacía. Su interior era un mar muerto repleto de soledad, tanta que nada más que ella era capaz de subsistir dentro, ¿cómo podía hacerle eso? ¿Tantas ilusiones, sueños y promesas rotas?

Y ahora caminaba hacia el altar a cumplir una promesa que ni siquiera había hecho... y al buscar con la mirada la suya, mutilada y sin vida, el dolor la rasgó profundo, pues él no estaba. Se había marchado. Si le dolía tanto que no soportaba verla desposarse con otro hombre, ¿por qué lo permitía?

«No soy capaz de hacerlo. No soy capaz de hacerlo», repetía sin cesar. Tuvo que detenerse, pues las piernas le flaqueaban, tomar aire y llevarse una de las manos al estómago.

Todos esperaban, impacientes, a que llegara, pero era incapaz de continuar con su funesta marcha nupcial para acabar desposada con un hombre al que no amaba y vivir una horrible *luna de hiel* mientras pensaba en

Raven. Su Cuervo... Siempre le había sido fiel, desde aquel primer beso en las cocinas... ¿por qué no podía verlo?

Volvió a mirar en todas las direcciones; la esperanza de encontrarlo no quería abandonarla, pero ya no estaba. Una lágrima pugnaba con fuerza para escapar, pero se obligó a retenerla dentro, apretando los dientes hasta que chirriaron, y se obligó a dar otro pequeño paso hacia el altar.

Los presentes dejaron escapar un suspiro colectivo; sin duda, todos habían notado la duda en la novia. Se obligó a dar otro y otro más... Cada vez que lograba dar un paso sentía que su alma se quebraba un poco más y después otro poco más.

Guillermo apareció a su lado, ofreciéndole un brazo que ella, nerviosa, aceptó. La verdad era que debía hacer lo mejor para todos, debía renunciar a Raven y el futuro feliz que imaginaba junto a él. Se había marchado, la dejaba sin importarle que fuera a pertenecer a otro hasta que la muerte los separase. La había abandonado a su suerte y ese era el momento de olvidarlo y abrirle lo que quedaba de su corazón a Jaime, que siempre había estado dispuesto a hacerla su esposa, a pesar de conocer que su corazón pertenecía a otro.

Se sentía destrozada, notaba su alma enfermar al darse cuenta, por fin, de la cruda realidad: que a Raven ella no le importaba.

Se había marchado esa madrugada, huyendo a escondidas como el cobarde que era, pues no deseaba asistir al enlace. Había dejado una nota sobre la mesa del despacho de su hermano en la que decía que ya no tenía nada que lo retuviese allí y que añoraba sus verdes tierras, su fresco verano, su sol anaranjado y, sobre todo, la *haar* que se formaba en el mar y cubría algunas de sus tierras.

La releyó una y otra vez, mientras le colocaban el vestido con el que se desposaría, y en ese instante decidió que esas serían las últimas lágrimas que derramaría por él, mientras hacía una bola de papel con la nota, que lanzó al fuego. Se había cansado de su juego, cruel y egoísta, en el que siempre era ella la que perdía. Y, de nuevo, sentía ganas de llorar por todo lo que le habían arrebatado, pero no lo haría, se las tragaría usando para ello el dolor que le entumecía las extremidades.

Todos la miraban mientras, paso a paso, se acercaba al hombre que se

convertiría en su esposo, el mismo que le arrebataría la virginidad; se la entregaría a un hombre que no era el indicado, pero el destino, a veces, sumergía a las personas en laberintos intrincados, sin salida o con recovecos muy oscuros, y le había tocado a ella en esta ocasión.

Esa había sido su vida. Creía estar en un páramo en tonos violáceos y con olor a lavanda en el que su futuro era claro; una larga y dichosa vida junto a su amor; sin embargo, la cruda realidad era que su futuro era un sendero mal iluminado y con olor a orina.

¡Y era tan triste! Pero cuando se acostumbrara a ella ni siquiera ese olor le molestaría; si algo tenía claro era que las personas acababan acostumbrándose a todo.

—¿Nerviosa, hermana? —preguntó Guillermo en un susurro.

Silvia lo miró a los ojos un instante y le hizo saber con esa mirada que no le diría la verdad; últimamente las mentiras habían empañado su relación y ensuciaban sus bocas.

—Sí —sonrió—, como cualquier novia.

—Estás radiante —mintió.

—Has obrado correctamente, seré feliz —afirmó para tranquilizar a su hermano, y a sí misma, porque sabía que no estaba radiante ni trataba de parecerlo; obligaba a sus labios a sonreír y apenas si lograban formar una extraña mueca.

El retumbar de cascos parecía real, era Raven alejándose de ella. Podía escucharlos con tanta claridad que tenía la sensación de que el suelo temblaba a sus pies.

—¿Qué sucede? —se sorprendió y preguntó alterada.

Su hermano la miraba confuso, sin saber qué decir. Cada vez la sensación era más profunda y crecía en su pecho logrando que su corazón pesara como una gran roca. Un desasosiego la atenazaba desde dentro impidiéndole respirar.

—También lo oigo, ¿qué demonios será?

En ese momento el retumbar era tal que los obligó a girar en la dirección de la que provenía el alboroto. Las pisadas de los caballos al galope cada vez estaban más cerca y se oían con mayor claridad. Entonces, la nube de polvo se disipó y vieron, a lo lejos, a un grupo de musulmanes.

—Desertores —susurró Guillermo—. ¡Rebeldes! —gritó en advertencia. Justo en ese momento, Silvia supo que iba a morir.

—¡Huye! ¡Busca un lugar seguro donde permanecer oculta! —Esas fueron las últimas palabras que escuchó de su hermano.

Silvia no quería dejar a su hermano solo, pero él la empujó y le rogó con la mirada que lo obedeciera y que fuese a ocultarse. Sin más dilación y con el alma destrozada, se apresuró a esconderse en el lugar que siempre había utilizado para sus juegos; tras el jardín había un viejo cobertizo que el jardinero usaba para las herramientas, y allí, oculta, existía una pequeña trampilla olvidada que daba a un pequeño sótano bajo tierra en la que Guillermo y ella se ocultaban de pequeños para evadir las reprimendas de su padre.

Todo a su alrededor se nubló y se ensució de gritos de guerra. Dejó caer el asfixiante velo, pues no era capaz de correr lo bastante deprisa con el pesado manto tirando con fuerza su cabello y enredándose en todas partes. Los zapatos los desechó; necesitaba correr y ocultarse antes de que la descubrieran. Ya casi estaba. De fondo oía el tronar de las espadas al golpear; gritos de dolor, furia y miedo lo llenaban todo con su tétrico canto.

Casi podía percibir, si se esforzaba, la agonía de los que perecían y temió por su hermano, se alegró por Raven y pensó que tal vez si moría acabase su hondo penar, aunque también temía que la persiguiera al más allá.

Una mano firme la atrapó mientras trataba de levantar la trampilla que se resistía. Las hierbas habían echado raíces a su alrededor, creando un fuerte hilo vegetal que la unía a la tierra con fuerza.

—Te ayudaré —dijo Jaime, a su lado.

—Gracias —susurró—. ¿No pelear? —preguntó.

—Alguien tiene que cuidarte.

«¡Cobarde!», gritó para sí, pero no diría nada. Iba a ser su esposo, un cobarde y bastardo marido. La empujó con rudeza por el hueco y después la siguió.

El lugar era más pequeño de lo que recordaba o tal vez lo que sucedía es que ya no era aquella niña pequeña que solía bajar a esconderse ahí. Apenas había sitio para dos adultos. Notaba a Jaime muy cerca de su cuerpo y su incomodidad era evidente, pero debía acostumbrarse, pues a partir de ese día,

todas sus noches le pertenecerían.

Los gritos no cesaban, era capaz de escuchar el grito de guerra de los suyos mezclado con voces que hablaban una lengua extraña, melódica y que entonaban algo parecido a un cántico. El pánico empezó a adueñarse de ella. El pequeño sótano parecía cada vez más pequeño y el cuerpo de Jaime le hacía sentir arcadas. La repulsión que sentía hacia el que iba a ser su marido estaba tomando dimensiones descomunales.

Trató de calmarse, de relajar la respiración, pero por más que intentaba meter aire en sus pulmones no parecía lograrlo. Cuando pensó que no podía más y las imágenes de toda la desolación que estaría ocurriendo fuera casi le hicieron perder el control en el estertor de la batalla, un grito desgarrador sobresalió por encima de los demás y la devolvió a la realidad cuando su nombre sonó por última vez y el viento se lo trajo, el último recuerdo que tendría de Guillermo.

Lloró. Estaba segura de que habían acabado con su vida. Jaime la consoló, sus brazos temblaban sobre la espalda de la mujer y Silvia no supo adivinar si de miedo o de emoción por el hecho de tenerla cerca y vulnerable.

Su boca buscó la de ella, que trató de impedir ese beso; aún no estaban casados y además solo quería llorar la pérdida de su hermano.

—Acaba de morir —susurró con la voz llena de odio.

—Lo sé, nada podemos hacer salvo llorar su muerte y acabar lo que el sacerdote ha dejado a medias. Querrás honrar su memoria y respetar el pacto, ¿verdad?

—¡Eres un maldito hijo de perra! ¿Cómo puedes pensar en eso ahora, Jaime? Están fuera, dando sus vidas para protegernos, y tú aquí, oculto como una niña, ¿y pretendes que te entregue algo de mí? ¡Nunca! ¡Me das asco! —escupió a su cara.

Ese desaire tuvo su castigo. La mano de Jaime agarró su cuello con fuerza y la alzó en vilo; a pesar de no tener la envergadura de Raven o de su hermano, el condenado bastardo era muy fuerte.

Silvia notó que poco a poco sus pulmones clamaban por aire cada vez con más premura; la necesidad la empujaba a tratar de patear y defenderse, algo casi imposible en el estrecho lugar. Comenzó a perder la visión, todo eran tinieblas a su alrededor, iba a ser su fin. Ahora todo estaba claro para

ella, Jaime tan solo tendría que decir que había sido el único superviviente de la masacre, todos los demás lo creerían y se quedaría con todo, con la fortaleza, las tierras que eran la herencia de sus padres... Los movimientos de Silvia perdían fuerza a cada segundo, los pulmones le ardían con ferocidad; iba a morir y su último pensamiento fue para él, para su Cuervo, el único y gran amor de su vida. Era tal la fuerza con la que lo recordaba que sintió que su voz la llamaba a lo lejos, como un suave susurro ronco y aterciopelado.

—¡Silvia! ¡Silvia! —oía su voz llamándola con agonía, desesperado por hallarla, y decidió dejarse ir con ese hermoso pensamiento.

Cuando la consciencia la abandonaba para sumirla en las tinieblas del olvido, una luz cegadora la atravesó como un rayo blanco; la presión sobre su garganta desapareció y su lugar lo ocuparon murmullos, gritos y acusaciones.

Tosió, escupió, se llevó las manos al cuello, que le ardía, y lo masajeó para aliviar una presión que aún persistía. No era capaz de abrir los ojos y las pocas fuerzas que le restaban las utilizaba para tratar de respirar, aunque el maldito aire se negaba a regar sus pulmones, que ardían resecaos.

Tras varios intentos consiguió respirar poco a poco y los espasmos la relajaron sobre el suelo, donde permanecía aturdida y con los oídos taponados, oyéndolo todo amortiguado y sin sentido. Abrió los ojos despacio y parpadeó para acostumbrarse a la luz de la que había sido privada, y se encontró con su reflejo. Había muerto y estaba, otra vez, con su amor en el cielo. Sí, debía de ser así si estaba con él. Su cara preocupada, su boca gesticulando palabras que no era capaz de comprender, murmurando en ese idioma extraño, gutural y salvaje como lo era él mismo.

Sintió su calor traspasando su piel, sus manos, sus dedos ásperos, que la sacudían con suavidad. Poco a poco, la realidad volvió a ella y sus oídos empezaron a escuchar con claridad.

Capítulo XXI

—¡Silvia! ¡Silvia! —gritaba desesperado.

El dolor era insoportable, Silvia podía notarlo a través de sus palabras. Intentó enfocar, pero estaba tan cansada... Después de parpadear varias veces, vio a Jaime con los ojos perdidos en la nada que regalaba la muerte. No quiso pensar en eso, no en aquel momento; necesitaba concentrarse en llenar de nuevo su cuerpo del oxígeno del que se había visto privado.

Sintió que los brazos fuertes de Raven la elevaban y el calor de su pecho desnudo atravesaba su piel helada, devolviéndola a la vida.

—¡Cuervos! —bramó—. Necesito que comprobéis si queda alguien con vida. Después, colocad los cadáveres en fila, habrá que avisar a los familiares para que recojan los cuerpos y les den una sepultura adecuada. Callum, ve a avisar al rey, dile que tengo sospechas de que han sido rebeldes.

—Enseguida, laird.

—¡Laird! —llamó Ayla—. Es Guillermo, sigue respirando... con mucha dificultad —informó con la voz temblorosa.

—¡Que lo suban a su habitación y que alguien vaya a buscar al doctor!

—Sí, laird.

Raven lo observaba todo a su alrededor. Habían masacrado a todos los presentes: soldados, criados, niños, ancianos, mujeres... Ninguno se había librado. El paraje, desolador, le recordó a su propia aldea, y por un momento sintió que le fallaban las fuerzas. Miró hacia el lugar en el que yacía su amigo, al que transportaban a un sitio más adecuado, y pensó en que la suerte le sonría; si salía de esta, iba a ganar la batalla por segunda vez a la muerte.

Raven entró en la casa sin ánimo de hallar a nadie con vida cuando escuchó los sollozos histéricos de una mujer.

—¿Marisa? ¡Marisa! Necesito que dejes de llorar, es tu señora, está muy malherida. Quiero que me ayudes, ¿entendido?

—Sí, señor.

—Todo estará bien, ya se han ido.

—¿Y el señor?

—Guillermo está grave, pero sigue con vida.

—Gracias al cielo.

—Ven, quiero que te quedes con ella, no la dejes sola ni un segundo; necesito saber que va a estar bien cuidada. Voy a ayudar a mis hombres a amontonar los cuerpos.

—¿Son muchos? —preguntó con un hilo de voz.

—Todos —contestó con tristeza.

Raven ayudó a sus hombres a limpiar el patio de fallecidos. El doctor llegó en algún momento que en realidad no recordaba. Callum apareció con noticias; el rey y un grupo de sus hombres iban de camino, aunque él se había adelantado tras cambiar el caballo por uno más descansado para regresar junto a su laird lo antes posible.

Los familiares fueron acercándose a llorar sus pérdidas y llevarse los cuerpos de sus seres amados para darles cristiana sepultura. La noticia se había extendido como la pólvora, lo que solía suceder con las tragedias.

Cuando casi habían terminado de despejar el jardín, que se había convertido en un campo improvisado de batalla, el rey hizo su aparición.

El destacamento llegó con el porte que se esperaba, el rey llevaba una capa negra en señal de duelo. En la reunión había muchos nobles que le eran leales y súbditos que lo habían apoyado sin oponerse. Era un día triste para todos.

Descendió de su caballo para acercarse hasta los Cuervos con la mirada triste.

—¿Hay supervivientes?

—Silvia está bien... y una de las criadas.

—¿Y Guillermo?

—Guillermo... a duras penas, señor. No sé si va a lograr escapar de esta.

—Ahora Silvia es muy rica. Tengo que hablar con ella, que me cuente de primera mano qué ha sucedido.

—Si está en condiciones de hablar, lo hará; si no, tendrá que esperar, su majestad.

—¿Te atreves a...?

—Me atrevo —lo interrumpió—. Si está en condiciones de contestar, lo atenderá; si no, tendrá que esperar a mañana.

El rey sonrió por la osadía del gigante extranjero y lo siguió por las escaleras que llevaban hasta la alcoba de la duquesa. Cuando entró, vio que la cama estaba vacía, la llamó antes de perder la calma, pero no obtuvo respuesta.

—¡Marisa! —graznó tratando de no parecer fuera de sí—. ¿Dónde está?

—¿Qué sucede, laird?

—La señora, ¿dónde demonios está?

—¡No lo sé...! ¿Ha desaparecido? Yo la dejé en su alcoba... —se justificó confusa.

—¿Dónde está? —gritó furioso.

—No... lo sé... fui a hacer un poco de té... —sollozó.

—¡Se la han llevado, maldita sea! ¡Te advertí que no la dejases sola ni un maldito segundo!

—Lo... siento... —balbució Marisa sin poder dejar de llorar.

—Vamos a tratar de averiguar qué ha sucedido —interrumpió el rey.

—¡Cuervos! —graznó—. ¡Rastreadla!

Después de dar la orden y ver a sus Cuervos ponerse en marcha, la calma se instaló en su cuerpo; debía tratar de controlarse y no dejarse vencer por el pánico, tenía que enfocar y buscar. Debía haber algo que le dijese qué había sucedido, alguna pista... Se dirigió a la estancia de su amigo y llamó a la puerta; necesitaba ver cómo se encontraba, así que golpeó la puerta con suavidad y esperó a que el doctor abriese la puerta.

—¿Y bien?

—Guillermo es un hombre con mucha suerte, la herida le ha hecho perder bastante sangre, pero no es mortal; se veía peor de lo que es. La he limpiado y cosido; ahora hay que esperar a ver cómo se recupera.

—Gracias, doctor.

—No me las des a mí, el de arriba parece que le tiene aprecio.

Raven inclinó la cabeza y salió buscando algún rastro que le indicase por dónde habrían sacado a Silvia de la casa, hasta que descubrió, en las afueras de las cocinas, pisadas que se marcaban en la hierba. Pensó que o el hombre era muy pesado o llevaba a alguien sobre él, pues las huellas eran profundas en el terreno. Raven montó en su semental para liderar a sus hombres, que lo siguieron sin preguntar; habían hallado el rastro sin mucho

esfuerzo, eso le hizo plantearse que o bien que el hombre era inexperto o tenía alguien poderoso que iba a respaldarlo y eso le daba la confianza para mostrarse tan audaz y descuidado.

—Su majestad —empezó dirigiéndose a Fernando—, hemos encontrado un rastro, voy a seguirlo.

—Llévate a algunos de mis hombres.

—No es necesario, majestad; con mis Cuervos me basta. Además, aquí hacen más falta.

Sin más dilación, Fernando asintió dando su consentimiento y Raven se dispuso a salir en busca de Silvia. Cabalgaba enfurecido, rezando porque estuviese a salvo y maldiciéndose por si le había sucedido algo. El Cuervo se había despertado furioso y deseaba desgarrar la garganta del que se hubiese atrevido a ponerle las manos encima con sus garras. Nunca en su vida había sentido tanto miedo. Notaba que las zarpas del pánico lo apretaban fuerte por dentro y le provocaban un dolor como nunca antes.

—Laird —lo llamó Cam, cabalgando a su ritmo.

—¿Sí?

—Es el mismo camino de la otra vez.

—Lo sé.

—¿Fue un intento fallido?

—Puede, o tal vez estaban calculando el tiempo y la resistencia del animal.

—Podría ser. Laird —dijo ahora con la voz más suave—, vamos a dar con ella.

Raven no dijo nada más y siguió arreando a su montura para que lo llevase, tan rápido como le fuese posible, hasta ella.

Silvia estaba aturdida, se sentía mareada y con ganas de vomitar. No recordaba bien qué había pasado, tan solo que había tomado el té que Marisa le había llevado para relajarse y después de unos sorbos... solo oscuridad.

Se levantó de la dura superficie sobre la que estaba sentada y el olor a humedad y suciedad le inundó las fosas nasales provocando una arcada que trató de reprimir sin éxito.

Se paseó sin comprender por qué estaba en lo que parecía una celda. Los

altos barrotes del suelo al techo estaban oxidados y, al asomarse por ellos, vio un estrecho pasillo en el que había varias celdas más.

«¿Dónde demonios estoy?».

¿Le había escuchado decir a Raven que Guillermo seguía con vida aunque a duras penas? No podía estar segura de nada, no tenía claro que sus recuerdos fuesen reales y no un sueño. Lo único real era que estaba presa.

Unas pisadas la alertaron, eran lentas y pesadas; su captor. Lo supo enseguida, igual que tenía la certeza de que su forma de caminar pausada estaba provocada para asustarla más.

—Veo, querida, que te has despertado —dijo una voz en la oscuridad.

—¿Quién es? ¿Qué quiere de mí?

—Soy el amo y señor de las tierras en las que te encuentras. ¿Qué quiero? —Dejó escapar una risa escalofriante a la vez que se acercaba a la luz—. ¡Quiero todo lo que perdí! —rugió—. ¡Todo lo que me pertenece!

—¿Manuel? ¿Eres tú? —preguntó confusa, al creer reconocer al hijo de Marisa.

—Sí, soy yo.

—Creí que estabas enfermo.

—Nunca lo estuve, pero gracias; ese dinero me ayudó a contratar hombres y pagar armas, las mismas que se han usado para acabar hoy con todos tus invitados y con tu adorado hermano... Así que, de alguna forma, tú eres la responsable. Tiene su gracia —sonrió de forma escalofriante.

—¿Por qué? —dijo ahogando un grito con las lágrimas que surcaban su rostro.

—¿Por qué? —bramó entrando en la celda.

De repente, el pequeño espacio pareció quedarse sin oxígeno, la furia brillaba en sus pardos ojos, en los que parecía verse un fuego furioso arder.

—En realidad eres tan ignorante... Solo preocupada siempre de qué vestido era el más adecuado o de a qué fiesta acudirías... La niña mimada. Y ahora, mírate... —musitó en voz baja.

—¿Qué te hemos hecho, Manuel? Mis padres siempre os trataron a tu madre y a ti mismo con respeto, y después que ellos, mi hermano Guillermo.

—¿Con respeto? Claro, porque se sentían culpables.

—¿Culpables? —Su voz sonó estrangulada, pero la había tomado por

sorpresa esa revelación. ¿A qué se refería?

—Mi padre era árabe y ellos acabaron con su vida.

—¡No lo creo! —gritó defendiendo a su familia.

—Sí, querida niña; eso fue lo que sucedió, por eso nos acogieron a mi madre y a mí, porque cuando se cansaron de descuartizar el cadáver de mi padre, se dieron cuenta de que su mujer e hijo eran cristianos; por eso nos llevaron a tu hogar.

—No, no puedo creerlo —masculló. La cabeza le daba vueltas y un súbito impulso le provocó una arcada.

—Cree lo que quieras; verdad solo hay una.

—¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer conmigo? ¿Matarme?

—Ah, no, mi querida niña; tengo planes mucho más interesantes para ti.

—¿Planes?

Silvia sintió el miedo escalar por su espalda; no tenía ni idea de qué era lo que pasaba por la mente de ese joven cegado por la sed de venganza, pero tenía claro que no iba a salir bien parada.

—La verdad es que mi primer impulso había sido precisamente ese, acabar con tu miserable vida, pero ahora te has convertido en una viuda muy rica. Eres la dueña de todos los terrenos de tu hermano y, para mi suerte, serás la heredera de todas las tierras y negocios de Jaime de Palafox. En cuanto seas mía, todo pasará a mis manos. Me quedaré con todo y con una bonita esposa que calentará mi cama cada vez que me plazca.

—¡Nunca! Antes...

—¿Antes qué? ¿Te quitarás la vida?

Silvia se mantuvo callada; había acertado en su suposición, era justamente lo que iba a gritar.

—No me va a importar una vez que todo sea mío.

El silencio se cernió sobre ellos, Silvia fue consciente de que su suerte estaba echada; tenía razón, buscaría testigos, aunque fuesen falsos, para declarar que ella se había desposado con él por propia voluntad y después había fallecido... La causa no sería importante, podía inventar miles de ellas: una caída del caballo, una enfermedad, un ataque...

—¿Tenías que acabar con la vida de todos? —No pudo evitar preguntar en voz alta, pues no comprendía por qué habían tenido que pagar las

consecuencias los demás inocentes.

—Era necesario; la verdad es que el que tu amiguito salvaje acabase con Jaime ha sido una suerte. En un principio no me esperaba que el trato fuese a ser tan ventajoso para mí.

—¿Jaime? ¿Qué tiene que ver él en todo esto? —inquirió aturdida.

—Ay, niña, ¡qué ciega se puede llegar a estar! Él deseaba acabar con tu hermano y poseerlo todo, la tierra y a ti, pero al final el que se lo va a llevar todo voy a ser yo.

—Si Jaime iba a quedarse con todo, ¿qué ibas a obtener tú?

—¿Yo? La satisfacción de ver destruido tu mundo igual que tu padre destruyó el mío.

Silvia se llevó las manos temblorosas a la cara para ocultar las lágrimas que lo bañaban; estaba confundida, débil y triste; lo había perdido todo. Todo. No había esperanza para ella.

—¿Cómo sabes que Jaime ha muerto a manos de los *highlanders*? —interrogó al darse cuenta del detalle.

—Tengo mis fuentes —sonrió complacido.

—Marisa... Por eso seguía viva; ella te ha ayudado —escupió dolida, pues para ella Marisa había sido mucho más que su ama de llaves, había sido casi como una madre.

De repente, una voz joven, casi la de un niño, los interrumpió.

—Señor, siento molestarlo, pero es urgente.

Manuel asintió y le indicó con un gesto de la mano que se marchara.

—Luego seguiremos con nuestra interesante charla, esposa. —Sonrió acariciando su rostro.

Silvia sintió un escalofrío que recorrió su aterido cuerpo de los pies a la cabeza; ese hombre iba a mantenerla ahí encerrada y nadie sabía dónde estaba. Nadie. ¿Quién iba a dar con ella y ayudarla? Quizá Raven diese con alguna pista de su paradero, pero se temía que de hallarla sería demasiado tarde.

Raven continuó, cabalgando como alma que llevaba el diablo, el rastro que el descuidado raptor había dejado como migajas de pan para ellos. Necesita llegar hasta el lugar donde la tuvieran atrapada antes de que fuera

tarde. Su mente no dejaba de atormentarlo mostrando imágenes de las barbaridades que podían hacer con el cuerpo frágil e inocente de Silvia.

Apretó con tanta fuerza las manos alrededor de las cinchas del caballo que sus nudillos se quedaron sin sangre y se volvieron blancos. Justo cuando llegaban a las lindes del terreno, donde la frontera se difuminaba entre lo que era cristiano y lo que era musulmán, vio a lo lejos el pequeño palacete; sin duda pertenecería a algún alto cargo de Boabdil, estaba seguro.

Bajó del caballo sin esperar que se detuviese del todo y lo dejó pastando en un claro del bosque cercano rodeado de altos pinos. Sus hombres hicieron lo propio; eran un todo unido y engrasado para actuar sin pensar, sin recibir órdenes.

—¡Salvajes! —los llamó una voz seria y fuerte.

Raven, al igual que el resto de los Cuervos, se dieron la vuelta para ver a Dark y a sus hombres bajar de sus caballos.

—¿Qué demonios hacéis aquí? ¿Estáis tras esto? —rugió cogiendo a Dark por el cuello.

—Tranquilo, Cuervo, nos manda el rey. A nosotros tampoco nos gusta compartir el aire con unos sucios salvajes, pero no podíamos negarnos a esa orden... ni a la bolsa de monedas de oro que nos ha entregado.

—¿Os ha mandado Fernando para que nos ayudéis?

—Sí, parece ser que la hermosa duquesa de Castro es ahora una mujer muy poderosa.

—Creí que estaríais ya en vuestra maldita tierra —le espetó confuso.

—El rey nos pidió que nos quedásemos unos días más por si había sublevaciones.

—Mejor largaos, no os necesitamos.

—Puede, pero ya he dado mi palabra.

—¿Desde cuándo los malditos *sassenachs* tienen honor? —soltó Ty midiéndose con el jefe de los ingleses.

Ante el comentario, los demás Cuervos rieron y se llevaron las manos a las armas, solo para estar preparados.

Raven deseaba romperles la cara a Dark y al resto de sus hombres, pero lo primero era ella y solo por ella haría una tregua con los *sassenach*.

—Está bien, pero todos, incluido tú, Dark, estáis bajo mis órdenes.

—Claro, todo el mérito para ti, *salvaje* —murmuró.

Con cautela, tomaron posiciones y entraron por el bonito y abierto lugar, tratando de pasar inadvertidos. Ayla se sentía incómoda rodeada por esos *sassenachs*.

—Mantén las distancias de mi hermana, *mingin* —insultó en su lengua materna Ty a Dark, que se encontraba justo a la espalda de su hermana, demasiado cerca para su gusto.

—*Nae bother* —lo calmó su hermana usando el gaélico.

El grupo continuó en silencio tras el momento de tensión hasta que llegaron cerca de la gran vivienda.

—Cuervos, entraremos a hurtadillas; Dark, esperad aquí. Si os necesitamos, gritaremos.

—¿Gritar? ¿Como mujeres? —se mofó uno de los hombres de Dark.

Raven tuvo que detener a Cam y a Ty con una severa mirada, que prestos se acercaban a golpear con gusto a ese inglés bocazas.

—Silbaré —continuó conciliador—; de todas formas, si hay lucha no creo que os necesitemos.

Raven, seguido de sus hombres, se coló en la casa con sigilo. Al llegar al salón principal y no divisar ni rastro de un alma, Raven sintió que tal vez se había equivocado o, lo que era incluso peor, que llegaba demasiado tarde y que ya habían abandonado el lugar. Envío a sus hombres a recorrer la casa y cuando él iba a hacer lo propio, una voz rompió el silencio.

—Buenas tardes, ¿nunca os han dicho que irrumpir en la casa de otro sin invitación es de mala educación? ¿O tal vez sois tan salvajes como se dice, laird MacCormac?

—¿Dónde demonios está? —murmuró con la voz llena de odio.

Raven supo al verlo que era él, su sonrisa de suficiencia se lo decía todo. La tenía. ¿Dónde? Eso era lo que iba a averiguar, por las buenas o las malas, y la verdad era que el animal salvaje que llevaba dentro deseaba con todas sus fuerzas que fuese por las malas. Las garras estaban listas y afiladas.

—Eso, sucio salvaje, no es de tu incumbencia —espetó seguro de sí mismo.

Raven permanecía tranquilo, con las piernas separadas y las manos a la espalda, para resultar menos amenazante de lo que era; necesitaba saber

dónde estaba y por qué se la habían llevado.

—Lo es, ella me pertenece.

—De nuevo, hierras en tus presunciones.

Raven lo miró con fijeza; había contado los hombres que lo respaldaban, unos pocos jóvenes que no durarían nada en una batalla de verdad y que no durarían nada enfrentándose a él. Cam apareció por una esquina de la sala desde donde su *anfitrión* no podía verlo y le hizo a su laird una señal para que supiera que lo tenía todo bajo control.

—¿Dónde demonios está? —interrogó de nuevo, esta vez dejando que la furia impregnase cada palabra.

—Supongo —comentó mientras se sentaba en un gran sillón y observaba con indiferencia sus manos— que no sirve de nada que te mienta; está en su hogar.

—¿Su hogar? —preguntó confuso.

—Sí, me he desposado con ella.

—Eso no es posible.

—Lo es.

—Nunca te aceptaría —dijo apretando los dientes.

—Eso no era lo que gritaba cuando consumábamos los votos.

Escuchar esas palabras fue el detonante. Raven acabó con los hombres, por llamarlos de alguna manera, que lo custodiaban y acto seguido fue en busca de Manuel, que no esperaba que el gran y corpulento *highlander* fuese tan rápido. Antes de que pudiera pestañear lo tenía frente a él clavándole las garras en la garganta y levantándolo del suelo, con furia en los ojos.

Manuel se asustó; nunca había mirado a la muerte a los ojos y ahora lo hacía. Ese hombre salvaje era el mismo Satán, el fuego que destilaba la única pupila que podía ver era la prueba de ello.

—Suéltame —jadeó sin fuerza.

—¿Dónde la tienes? —graznó de nuevo.

—¡Deja en paz a nuestro amo! —gritaron varias voces a la vez.

Raven se permitió desviar la vista de su presa y vio a otro grupo de guerreros. Sabía que no serían rivales para sus Cuervos, pero tenía que saber más, así que decidió dejar de nuevo al hombre en el suelo antes de partirlo en dos.

—Está bien, dejaré a vuestro amo en el suelo, pero a cambio quiero que me digáis dónde la tenéis.

Manuel, seguro de nuevo al verse respaldado por más de sus hombres, se carcajeó y se dio la vuelta. Como si no temiera nada, como si no tuviese nada que temer.

Raven silbó y, sin más, sus hombres, ayudados por los sucios ingleses, tomaron el control sin ningún esfuerzo. No hubo muertos, aunque sí varios heridos, algunas narices rotas y bastantes labios partidos.

Manuel miraba su alrededor; menos de veinte hombres y habían acabado con más de cincuenta de los suyos sin sufrir ni una baja, sin pestañear. Se arrebujo en su sillón como si fuese posible que este se lo tragara mientras miraba, aterrorizado, cómo el gigante extranjero se acercaba hasta él con una furia descomunal.

—Volveré a preguntártelo y será la última vez, ¿dónde demonios está? —bramó.

—Abajo —farfulló.

—¿Abajo?

—Sí, en una de las celdas.

—¿Te has atrevido a meterla en una celda?!

—Lo siento...

—Sí, vas a sentirlo con toda tu pobre alma —amenazó—. ¿Por qué? Quiero que me digas por qué.

Durante los siguientes minutos, Manuel le narró a Raven con todo lujo de detalles qué había sucedido desde aquella noche en la que asesinaron a su padre hasta el momento preciso en el que se alió con Jaime para que cada uno pudiera obtener lo que anhelaba. Raven escuchó sin interrumpir, aunque en varias ocasiones tuvo que contenerse y no arrancarle la cabeza al maldito hijo de perra que se había atrevido a lastimar a Silvia. Lo que más lo asombró fue saber que Jaime estaba al tanto de todo no porque le sorprendiese lo que había hecho, sino porque sabía que Guillermo lo estimaba y se sentiría culpable de todo el asunto.

Cuando acabó el interrogatorio, Raven no pudo contener más la ira y le propinó un fuerte golpe en la cabeza que lo dejó sin sentido al momento. Bajó a las mazmorras desesperado por liberar a Silvia de su confinamiento y

comprobar que estaba bien.

Al verla al fondo del pequeño y sucio habitáculo, cayó de rodillas por el alivio que sintió y, a la vez, un miedo atroz le golpeó el pecho. ¿Lo odiaría? ¿Lo culparía por todo? ¿Le perdonaría por abandonarla una y otra vez?

Cogió, con manos trémulas, las llaves que colgaban de un gancho en la pared junto a la celda y abrió la puerta despacio. En un rincón, asustada y temblado, a la vez que la sacudían los sollozos, estaba su dulce niña.

—Silvia —la llamó con la voz queda—. Silva, soy yo. Todo está bien.

Ella, en un primer momento, pensó que estaba soñando. ¿Era él? ¿La había encontrado? Despacio, alzó la mirada y sus ojos se encontraron con algo que no eran capaces de creer, la había encontrado... ¡La había encontrado!

Se levantó usando las pocas fuerzas que restaban en su asustado cuerpo y al llegar junto a él se fundieron en un largo abrazo. No le importaba nada más. Solo él. La había encontrado.

Raven, más tranquilo al ver que en apariencia estaba sana y salva, no pudo contener el impulso que siempre nacía cuando ella estaba a su lado y la besó con todo el fuego y la pasión que despertaba en su interior, con todo el amor y el miedo que aún sentía, con toda el alma que había perdido y que ella aún guardaba en algún lugar que le ocultaba para evitar que la destruyese.

Silvia sintió que su corazón ardía con intensidad. El beso de Raven era lo que necesitaba; estaba hambrienta, necesitada de su calor, ese que se empeñaba en negarle cuando estaba segura de que la amaba. Su alma se lo gritaba y su corazón se lo confirmaba con cada latido desbocado.

Las manos masculinas recorrían sin delicadeza el cuerpo femenino durante tanto tiempo añorado. La alzó en vilo y le golpeó la espalda contra las largas barras de hierro de la celda, lo que la obligó a abrir la boca para liberar un suspiro que él se tragó con ansia, que poseyó al igual que a ella cuando metió la lengua en su boca y la saboreó.

Su lengua entraba y salía, sus dientes mordisqueaban la tierna carne del labio inferior, su lengua se paseaba por su cuello y llegaba hasta el borde de sus pechos, que se alzaban agitados...

—Raven —susurró con la voz contenida, ¡lo había echado tanto de menos!

—Silvia, debo parar. Por favor, detenme, haz que pare.

—¿Cómo quieres obligarme a hacer algo que no deseo?

—¿Y qué deseas?

—Que me hagas tuya. Solo tuya... Ahora y siempre, mi Cuervo Oscuro.

Con esas palabras sentenció su destino. Sus manos se colaron por debajo de la tela del vestido y acariciaron la tersa piel de los muslos por la cara exterior, arrancado gemidos que fueron en aumento cuando los dedos se colaron entre ellos y acariciaron la humedad que destilaba su sexo.

Los jadeos de Silvia, que suplicaban que no parase, y los gemidos entre los que la boca de la mujer a la que amaba pronunciaba su nombre lo hicieron enloquecer, y sus manos acariciaron el centro del placer que tanto deseaba, provocando una descarga de placer que los fulminó a ambos.

El suspiro de ella fue profundo y ahogado, seguido por una bocanada de aire que la dejó sin aliento. Raven no podía pensar en otra cosa que enterrarse entre sus piernas y hundirse en su interior hasta el fondo para marcarla, para hacerla suya, adorarla, amarla y lograr que enloqueciera gracias a sus caricias.

—Silvia, debo detenerme... no quiero deshonorarte.

—Raven MacCormac, la única manera en la que me deshonorarías sería negando, de nuevo, lo que sientes por mí.

El hombre gruñó complacido y, antes de darse cuenta, el pulgar masculino se movía con fuerza describiendo círculos que le hicieron perder la razón. Clavó las uñas en los hombros de Raven y gimió con desesperación a la vez que una fuerte marea la sacudía y la zarandeaba como a un barco sin timón.

Apoyó el rostro en el hueco del cuello de Raven y trató de recuperar el ritmo de su corazón y controlar las lágrimas que volvían a aparecer en sus ojos.

—Silvia —murmuró acariciando su cabello dorado.

—Raven...

—Laird —gritó Callum, interrumpiendo el momento—, deberíamos irnos; no sabemos si llegarán más hombres.

—Tienes razón, Callum —jadeó con esfuerzo—. Ya la tengo, ¿lo habéis atado?

—Sí, Laird, lo hemos hecho prisionero.

Con todo el esfuerzo del mundo, pues en realidad no deseaba que lo arrancasen de ese lugar sombrío donde estaba abrazado a ella y que era lo más parecido al paraíso, se alejó de Silvia, dejó que se recompusiera y la alzó entre los fuertes brazos, ignorando el dolor que apretaba entre sus piernas, mientras salía de ese maldito lugar y la llevaba de nuevo hacia su hogar.

Capítulo XXII

Raven no dejó de cabalgar a toda prisa hasta que no entraron de nuevo en territorio seguro. Se pasó el camino volviendo la cabeza hacia atrás para comprobar que no los perseguían y que Silvia, por fin, estaba a salvo. Cuando se aseguró, calmó el galope de su animal hasta ir al paso y les hizo un gesto a sus hombres para que se adelantasen junto con los ingleses, que los seguían de cerca.

Silvia notó el cambio, pero no dijo nada; estaba demasiado cansada y feliz por lo que había sucedido en la celda, algo tan maravilloso y tan esperado que no dejaba de rememorarlos sin cesar.

Raven quiso olvidarse de lo apretada que sentía la entrepierna, su trasero sobre los muslos, su espalda sobre el pecho, su corazón latiendo en calma... Le proporcionaba una paz de la que se había visto privado hacía mucho.

Deseaba hablar con ella, decirle que no era una más, que era ella; que siempre había sido ella... Pero le faltaban las palabras y la voz le fallaba cada vez que trataba de decir algo.

—Sea lo que sea, Raven MacCormac, dímelo; ya nada puede herirme.

—¿Por qué crees que tengo algo que decirte?

—Has suavizado la marcha y has despachado a tus hombres y a los ingleses, lo que significa que deseas hablar conmigo y no quieres que ellos escuchen la conversación.

Silvia se giró un poco, provocando un ramalazo de placer con el susurrar de su peso sobre el sexo inflamado de Raven, cuyo alivio había sido interrumpido, y lo miró a los ojos entrecerrados.

—Sigues siendo aquella niña que se daba cuenta de todo.

—Preferiría no hacerlo; seguro que sería más feliz viviendo en un mundo diferente donde todo fuese como yo imagino.

—¿Tan mal está?

—¿Mi vida? —hizo un silencio—. Perdí a mis padres cuando mi hermano ni siquiera estaba en casa para que el dolor fuese menos intenso; casi pierdo a mi hermano, dos veces; las tierras que amo solo me recuerdan

todo lo que he perdido y están manchadas con la sangre y las almas de los inocentes que asistían a una boda, que para mí era una condena en vida y que, sin embargo, los condenó a ellos sin saber cuál era su sino, y lo peor de todo...

—¿Lo peor de todo?

—Lo peor de todo es que también te perdí a ti.

Las palabras de Silvia lo hicieron envararse; nunca había sido tímida en expresar sus sentimientos, lo que sentía junto a él, por él. Y ahora no iba a ser menos. Un pellizco apretó su corazón y sintió un gran nudo en el pecho, que no bajaba ni subía, tan solo se quedaba ahí impidiéndole hasta respirar.

—A mí siempre me tendrás... —fue lo único que se le ocurrió decir.

—No, no es cierto.

—Lo es como hay sol en el cielo cada mañana.

—Entonces, hazme sentir lo que tu boca dice. Estoy cansada de engaños, de mentiras; si me amas, dímelo, no me hagas padecer más, sálvame, sálvate. Salva lo nuestro.

—Me gustaría tanto... —trató de explicarle lo que sentía, que ya no tenía miedo, pero de nuevo lo interrumpió sin poder decir nada más.

—Quiero creer en tus palabras, pero me saben a hiel, me confunden arrebatándome la entereza y mi alma grita en busca del amor que tuvimos y que ahora siente que ha perdido. Porque siento que no me queda nada sin ti y lo único a lo que deseo aferrarme ahora mismo y no soltar jamás es a ti, Raven MacCormac; eres mi último rayo de esperanza, la última brizna de mi verde esperanza a la que se aferra mi alma destrozada para tratar de ser feliz. Por eso te pido que no me mientas más.

—No lo hago.

—¡Dime que me amas! ¡Que las palabras que me has dedicado y que han minado mi corazón no corresponden a lo que tu alma siente, porque ya no sé qué creer ni qué pensar! Soy un alma errante vagando sin descanso en busca de un lugar al que pertenecer, unos brazos a los que poder llamar, finalmente, hogar. Aunque pueda creer que todo está perdido, siento que todo puedo ganarlo si te tengo a ti... Quiero amarte hoy por si no hay un mañana. No me doy por vencida, quiero una vida contigo; vale la pena esperar, aunque sea para saborear uno de tus suspiros. Tu silencio esconde demasiadas

palabras, Raven, pero yo, pase lo que pase, seguiré esperándote. Seguiré esperando una señal del destino que me indique que mi momento ha llegado. Aunque te empeñes en decir una y otra vez que no te merezco, que no puedes hacerme feliz...

—Silvia, yo... —Se detuvo para coger aliento y declarar su amor.

—No, no digas nada, por favor —volvió a interrumpirlo—. Cuando decidas qué vas a hacer, házmelo saber para que pueda de una vez para siempre continuar con mi vida.

Raven la miraba pasmado; no sabía qué decir, a pesar de que deseaba gritarle tantas cosas... ¿Acaso no había sido una declaración en toda regla lo que había sucedido en la celda? ¡Por Dios! Si ni siquiera le había dejado explicarle qué había pasado. ¿Es que no había significado nada para ella?

Quería hablarlo, explicarle las razones, pero antes de tener la oportunidad, Silvia se bajó de un ágil salto de la montura y se dirigió hacia el interior de su hogar, al que habían llegado sin que se hubiera dado cuenta.

La vio alejarse, furiosa; sin duda, iría a ver directamente a su hermano. Necesitaba saber cómo estaba, y él también.

Más tarde, cuando se calmara y estuviese dispuesta a escucharlo, hablaría con ella. La necesitaba y eso debía bastar; quizá, aunque no la mereciera, pudiese hacerla feliz, y quizá, aunque él no pudiese amar, ella lo hiciera por los dos.

Silvia se dirigió a los aposentos de su hermano a toda prisa. Entró sin llamar y sin esperar respuesta; tan solo deseaba que estuviese bien. Sabía que estaba malherido. Al entrar, todo el servicio la miró con los ojos agrandados por la sorpresa, no tenía claro si por lo que había sucedido o porque ya les habían contado lo del hijo de Marisa.

El doctor estaba sentado tomando una taza de café junto a la ventana entreabierta, por la que pasaba una agradable brisa.

—Silvia, te han encontrado... —jadeó.

—Sí, ¿cómo está Guillermo?

—Y tú, niña, ¿cómo estás? ¿Te han hecho daños esos...?

—No, no me ha hecho nada, ¿y mi hermano? —apremió de nuevo.

—Tendremos que esperar; aunque la herida no fue mortal, perdió mucha

sangre. Tiene a alguien cuidando de él.

—Esperemos, dijo mientras se acercaba y se arrodillaba junto a su lecho.

El personal salió de la sala con discreción y la dejaron a solas, cuidándolo. Allí arrodillada, callada y con la mano inerte de su hermano entre las suyas, lloró sin descanso. Necesita vaciar todo el miedo que había pasado.

Fernando esperaba a Raven en el despacho de Guillermo. En cuanto puso un pie en la casa, sus hombres le indicaron que el rey de su amigo lo esperaba. Al entrar lo vio pasear nervioso, casi preocupado, algo que no era común entre los de su rango.

—¿Quería verme?

—Sí, ¿qué ha sucedido? ¿Por qué ese joven que han traído los aliados ingleses está maniatado?

—¿Por qué no se lo ha preguntado, su excelencia?

—Tus hombres no me han dejado. Han dicho que no tienen que rendirme pleitesía, que para ellos solo soy un hombre más...

Raven disimuló la sonrisa que se formó en sus labios; sus hombres eran implacables.

—Manuel es el hijo de una de las sirvientas de la casa, Marisa. Estaba conchabado con Jaime y contaba con el apoyo de Boabdil.

—¿Qué querían?

—Jaime deseaba obtener el control de todas las tierras de Guillermo; Manuel, solo venganza, pero la muerte de Jaime le dio la idea de desposar a Silvia y así aumentar su riqueza y su patrimonio.

—¿Vengarse? ¿Por qué?

—Dice que Guillermo y su padre acabaron con la vida de su padre. Era musulmán.

—Entiendo... ¿qué vas a hacer con él?

—Lo que decida, su alteza. Es su súbdito, no el mío.

—Pero ha intentado hacer daño a tu mujer.

—¿Mi mujer? —interrogó sin saber a qué se refería con exactitud.

—¿Acaso crees que no veo cómo la miras? Tal vez a otros les pase inadvertido, pero sé que la amas, que darías tu vida por ella. Por eso, he decidido bendecir vuestra unión.

—¿Unión?

—La desposarás y seréis los dueños de las tierras de Jaime. Necesito gente como tú y tus hombres, que me sean leales y me ayuden a mantener las fronteras a salvo.

—No le debo lealtad. No es mi rey.

—Pero ella sí.

—No sé si va a creerme; le he hecho daño demasiadas veces.

—Tendrás que usar todo tu ingenio para conseguir que te acepte; si no, le buscaré otro esposo. Ese lord Dark parece interesado en ella, no me vendría mal tener una alianza entre españoles e ingleses por medio de un matrimonio —amenazó.

—¡No puede hacer eso!

—Soy su rey, puedo. Como laird deberías saberlo.

Apretó las manos y cerró la boca; no quería enfrentarse a él y empeorar las cosas.

—Hablaré con Guillermo cuando se recupere.

—Estoy seguro de que no tardará. Ahora debo irme, hay asuntos de Estado que debo tratar con urgencia.

—¿Qué va a pasar con Manuel?

—Como has dicho, es algo que me incumbe a mí.

—¿Y con su madre?

—Tendrá que pagar por su parte de culpa en todo esto.

Y, sin decir nada más, abandonó el despacho dejándolo solo con sus pensamientos. Debía idear un plan para que Silvia creyese la verdad: que la amaba desde siempre.

Capítulo XXIII

Los días pasaron tediosos. Poco a poco Guillermo iba recobrando fuerzas, pero Silvia sabía con certeza que nunca iba a ser el mismo, al menos no de momento. La pérdida de sangre lo había debilitado y su brazo aún no estaba recuperado del todo, por lo que todavía no había podido abandonar la cama. El doctor Messeguer acudía todos los días a comprobar cómo se encontraba y le encargó a Lina, que ahora se ocupaba de la casa, que le diese mucha verdura e hígado para que recuperase el ánimo.

—¿Cómo te encuentras hoy, hermano? —preguntó sonriente, feliz de tenerlo con ella.

—Estoy bien, aburrido de permanecer ocioso. No tengo nada.

—¿Nada? Casi mueres... otra vez.

—Solo fue un golpe en la cabeza, me tratáis como si fuese un niño... ¡No! ¡Peor! Como si fuera un inútil.

—Solo serán unos días más, no seas quejica —se burló.

—Tengo que contarte algo, Silvia; ven, siéntate a mi lado.

—¿Qué sucede?

Todo se detuvo de repente. La mirada de su hermano le advertía que no eran noticias que deseara, pero estaba cansada de pelear; fuera lo que fuese, lo aceptaría sin oponer resistencia.

—Te he concertado un nuevo matrimonio.

—Está bien —suspiró rindiéndose.

—¿No vas a discutir?

—No, Guillermo, no. Y, ahora, te dejo; voy a dar un paseo —se despidió.

Como cada mañana, después de ver a su hermano, Silvia salía a pasear y a recordar la tragedia que había ocurrido días atrás... Era tan reciente y a la vez parecía tan lejano... no podía evitar sentirse responsable de alguna manera de todo lo acontecido y las lágrimas llegaban inesperadas para tratar de aliviar un dolor que se negaba a dejarla.

Había evitado a Raven todos los días; no era capaz de mirarlo a la cara,

ya no soportaba ocultar por más tiempo cuánto lo amaba y no deseaba que la rechazara una vez más. Guardaría como oro en paño el recuerdo que la atormentaba en las noches de sus actos en esa pequeña celda en la que estuvo retenida y en la que fue tan feliz.

Iba perdida en las noticias que su hermano le había dado y cavilando sobre las posibles alternativas que podría haber barajado cuando, al final del camino de rosas, lo vio.

Silvia no quería creer lo que vislumbraba conforme llegaba hasta él. Arrodillado frente a ella, estaba su Cuervo Oscuro. Parecía diferente. Su larga melena oscura ya no estaba atada atrás, caía como una cascada de seda negra suelta.

Años sin cortar ni unos centímetros de su larga melena para honrar a su clan habían hecho que su cabello cubriese toda su amplia espalda.

—¿Qué haces? —preguntó desconcertada—. No tienes que postrarte ante mí.

—He de hacerlo, no soporto más este hondo penar que se ha apoderado de mi cuerpo, mi alma y mi corazón.

—Quizá esa pena deberías compartirla con la mujer a la que amas, esa que te espera en tus frías y agrestes tierras —lo increpó—. La que tiene el valor y el coraje para dormir bajo el suave manto de la noche, acunada por el suave parpadeo de las estrellas y arropada por la claridad plateada de la luna. Esa que usa como único abrigo tu cuerpo y el calor de la pasión y el amor que le profesas.

—Silvia, yo...

—Raven, mi Cuervo Oscuro, te pido por favor que recuerdes aquel sentimiento que nos unió en el pasado, aquel que floreció gracias al beso que plantaste en mi boca, el que enraizó en mi espíritu y creció con ganas gracias al afecto y el cariño que mostraste con aquella chiquilla inocente de la que ahora apenas soy una sombra. Ese mismo amor que se alimentó de besos robados, caricias furtivas y abrazos clandestinos dados en la oscuridad a salvo de miradas ajenas. Por ese sentimiento que una vez tuvimos, te ruego que partas hacia tu hogar ahora que todo ha terminado y dejes que esta mujer, la que soy ahora, repare su resquebrajado corazón y trate de devolverle algo de vida regándolo con el cariño de otro.

—¿De otro?

—Sí, de otro. Mi hermano ha pactado un nuevo matrimonio para mí. Ahora estoy decidida a aceptarlo. Por favor, te pido que te marches antes de que mi prometido llegue para reclamar lo que es suyo.

Raven sonrió. Silvia lo observó confundida, sin entender por qué se alegraba tanto de que fuese a desposarse con otro, aunque era lo que se debía esperar. Así, él se vería libre del pasado del que parecía huir y podría concentrarse en hacer feliz a la mujer que lo esperaba.

—Nunca serás de otro —susurró mientras se elevaba sobre sus fuertes piernas y se acercaba a ella. Haciendo que de nuevo el corazón de Silvia latiese con una fuerza abrumadora, acompañada del furioso batir de alas de miles de mariposas.

¿Por qué tenía que sentir por él tanto y tan fuerte? Los ojos se le llenaron de lágrimas que no deseaba derramar, que trató de contener con todas sus fuerzas. Para hacer la tarea más fácil, se giró y le dio la espalda a la gloriosa visión del guerrero, que había arriesgado su vida por la de su hermano y por la de ella misma, sin importarle la suya propia.

Él, que había sido capaz de dejarlo todo de lado solo por protegerla, ese hombre que le aceleraba el pulso, secaba su garganta y humedecía sus muslos. Ese hombre al que amaba, ese hombre con la cara cruzada por una cicatriz honorable que ella adoraba, porque era la prueba real de que se había enfrentado a la muerte por salvar a su único familiar.

No podía entender por qué se arriesgaba tanto, por qué se sacrificaba si ella no le importaba. Le había dicho que la amaba, era cierto, pero, aun así, él deseaba estar con otra, una más digna de su amor, con más fuerza y coraje que aquel del que ella disponía.

—Nadie excepto yo va a reclamarte como suya, Silvia —afirmó con voz firme.

Silvia tembló; no era posible que estuviese pronunciando esas palabras, era una jugada de su mente, ansiosa por escucharlas, que le jugaba una mala pasada; él no podía dejar a la mujer que lo esperaba en aquellas tierras para quedarse con ella allí, en su hogar.

Silvia se dio la vuelta de nuevo para quedar frente a él, cauta. Sigilosa, se acercó un paso, mirando a los ojos de Raven, que se había deshecho del

parche. Para ella, ahora, era más apuesto si cabía, a pesar de casi haber perdido uno de los ojos. Era el símbolo de la fuerza, la protección y el amor que siempre había anhelado.

—¿Qué susurras, Cuervo? ¿Has hablado o acaso mi imaginación juega con mi pobre y lastimado corazón?

—He dicho que nadie va a reclamar como suyo algo que me pertenece desde siempre.

—¡No puedes decir eso! —exclamó dejando que el llanto y la frustración bañasen su rostro.

—Puedo, como puedo reclamar lo que es mío.

—Esas palabras llegan tarde. Tienes una mujer esperando en las Highlands, y yo estoy prometida con otro. Mi hermano lo decidió y yo acepté después de convencerme de que no había oportunidad en esta vida para pasarla contigo.

—Nunca hubo otra que no fueses tú; eres mía, Silvia, siempre lo has sido y nadie va a ponerte una mano encima, ni para bien ni para mal.

—Raven, yo... me siento abrumada, no sé qué pensar.

Silvia, de nuevo le dio la espalda y comenzó a caminar, despacio, para huir de sus ganas de él, de la tentación impetuosa de correr y refugiarse en su pecho y dejar que los brazos del hombre la protegiesen de todo. De encerrarse en su cuerpo y escapar de todo, como si su pecho fuese un mundo nuevo e imaginario.

Sus fuertes manos la atraparon por la esbelta cintura y la giraron de nuevo hacia él. La levantó en vilo y dejó que su hermosa figura se estrellase contra su musculoso pecho.

—No, Silvia. Que te quede claro que nunca más voy a permitir que te apartes de mí.

—Pero... —dijo confundida.

—Lucharé contra todo, contra todos los que osen interponerse en mi camino, ese que me lleva a ti.

—Raven... yo... tu mujer...

—Como te he dicho, no hay ninguna otra mujer.

—¿Me mentiste?

—Sí, y no me siento orgulloso de ello, pero no deseaba que pasaras la

vida con un hombre como yo, desfigurado, marchito y condenado a una vida fría y solitaria.

—A mí nunca me importó...

—Lo sé, pero a mí sí.

—¿Y ahora no? —preguntó acariciando el lado de su cara marcado por la cicatriz.

—Ahora no. Ahora sé que no es posible una vida sin ti. No la quiero, no me sirve de nada. Pasé todas y cada una de mis noches, de mis días en las batallas, aferrado al recuerdo de tu calor, de tu sonrisa, del amor que despertabas en mí.

—Raven... no sé si debería creerte; tantas mentiras, tanto rencor y confusión... me aturden.

—Mi señora, ante ti me arrodillo —comenzó mientras colocaba una de las rodillas en el suelo y se postraba frente a Silvia—, te reclamo como mía, porque lo has sido desde siempre, desde que Dios otorgó vida a nuestras almas, creadas como una sola y separadas al nacer para unirse de nuevo y disfrutar de la felicidad del reencuentro. Como prenda de lo que siento por ti, del amor profundo que renace con cada mirada tuya y la adoración que quiero profesarte, yo, el Cuervo Oscuro, laird del clan MacCormac, me rindo ante ti. Y como muestra de mi lealtad, te entrego a ti, Silvia de Castro, el símbolo de mi poder, que ahora pasará a ser tuyo.

Silvia estaba confundida. Miraba alrededor buscando una explicación coherente en el rostro de algunos de los que se habían congregado allí. Su hermano se había levantado y se apoyaba en Ayla, sonriente. Los hombres de Raven permanecían expectantes y se habían arrodillado ante ella también para demostrar que apoyaban a su laird.

Raven, de repente, sacó su *Sgian Dubh*, que había pertenecido a la familia de su padre durante siglos y que era lo único que conservaba de su madre, agarró en un puño toda su hermosa melena oscura y de un tajo certero cortó su larga cabellera; acto seguido, la arrojó a los pies de Silvia y permaneció arrodillado, mirándola con ojos verdes y salvajes, igual que lo era él.

Silvia no sabía qué decir. Recordó vagamente sus palabras, que los Cuervos solo se cortaban el penacho en señal de rendición, y cuando ella le

preguntó que cuando sucedía eso, su respuesta fue «jamás». Y él se había rendido a ella... Al comprender el gesto, sintió una emoción que le subió desde el estómago hasta la garganta y le impidió hablar. No era capaz de ocultar las lágrimas. El dique de orgullo que había fabricado a su alrededor se rompió al entender el significado de ese gesto. Se arrodilló a su lado contemplando al hombre que tenía frente a ella. De nuevo su mirada era la de aquel chiquillo con la nariz sangrando que le robó su primer beso y todos los demás.

—¿Te has deshecho del símbolo de tu fortaleza? —atinó a preguntar.

—No, te lo he entregado a ti. El Cuervo ha encontrado a su compañera, la que a partir de ahora dirigirá la bandada, si es que me aceptas, Silvia.

—¿Por qué?

—Porque te amo. Porque he comprendido que tu amor no me hace más débil, sino que me llena de una energía que me engrandece, me hace luchar con más ahínco por lo que deseo, por lo que amo, por lo que he de proteger. A partir de ahora, cada vez que un Cuervo encuentre a su compañera, deberá cortar su melena y entregarla como prenda y signo de lealtad a ella.

—Te amo, Raven MacCormac, desde siempre. Desde aquel primer beso, siempre te he amado —susurró Silvia, que, de repente, tenía la sensación de que un bucle del pasado del que no quería salir nunca la había atrapado de nuevo en aquella cocina—. No me importa lo que mi hermano tenga pensado para mí. Huiré contigo, dormiré bajo el manto de estrellas, usaré tu amor y el mío para abrigar nuestros cuerpos, porque nuestras almas no necesitan más calor que el que siento al estar a tu lado.

Raven, arrodillado aún, acercó a Silvia hasta él y su boca la reclamó, sellando con ese beso hambriento el amor entre ellos.

Ella jadeó, lloró y gimió por los sentimientos encontrados. Al fin, sería feliz junto al hombre al que amaba, junto a Raven. Después de todo, el beso que plantó había dado, por fin, tras duros años de separaciones y reencuentros, sus frutos.

—Me alegra, hermana, que no te importe —dijo Guillermo de golpe haciendo que regresara al presente y sacándola de esa espiral en la que se había sumergido.

—Guillermo, entiende que lo amo. No seré feliz con ningún otro...

—Lo sé, hermana, por eso le he concedido tu mano.

—¿Así que mi nuevo prometido eras tú?

—Siempre, Silvia —dijo Raven.

—También tengo algo para ti —musitó emocionada—. Es algo que guardo desde hace mucho —explicó sacándose de entre los senos el colgante que hacía tanto Raven le había regalado para que conservara su alma y que se negó a devolverle cuando este se lo pidió.

—No lo perdiste —murmuró feliz.

—Siempre ha estado a buen recaudo. Siempre te he llevado cerca del corazón —susurró—, ¿cómo no iba a cuidar lo mejor de ti? ¿Cómo iba a perder tu alma cuando hace tanto que se fundió con la mía?

Todos los allí reunidos guardaron silencio. Los Cuervos estaban felices por su laird y sentían un gran orgullo por el hombre que los había unido y que tanto había entregado. Ahora por fin obtenía lo que merecía, el amor de esa fuerte y hermosa mujer que estaba hecha para completarlo.

—Estabais destinados, no sé por qué habéis tardado tanto en daros cuenta —sonrió Guillermo, rompiendo el silencio.

—Ni yo, hermano, ni yo —confesó mientras, de nuevo, dejaba que su boca se fundiese con la de Raven en un beso eterno.

Capítulo XXIV

Silvia no podía dejar de admirarse en el espejo de su habitación; estaba preciosa. El brial de color púrpura llevaba un ribete en seda dorada y algunos bordados en las largas mangas que simulaban ramos de rosas.

Manuela, una de las nuevas doncellas, había trenzado y recogido su largo cabello dorado y lo había adornado con alfileres diminutos que le otorgaban brillos de diferentes tonos. Le había colocado el velo que llevaría hasta el momento en el que Raven la besara para hacerla su esposa de forma oficial.

—Está preciosa, mi señora.

—Y nerviosa —susurró sonriente.

—Es una novia preciosa —musitó.

—Hoy todo es diferente; por fin, después de tanta lucha, llega la recompensa. Ahora entiendo un poco mejor la felicidad que tuvieron que sentir sus majestades, Fernando e Isabel, al conseguir lo que tanto anhelaban.

La puerta sonó con suavidad. Manuela se alejó de su señora para abrir y al hacerlo se encontró con su señor, más repuesto y engalanado para la ocasión, lo que provocó que bajase la mirada y un leve rubor tiñese sus mejillas.

—Estás preciosa, hermana.

—Gracias, te debo tanto...

—No me debes nada, tan solo quiero que seas feliz, siempre ha sido lo más importante para mí.

—¿Estás seguro de que no te importa que me vaya después de la boda?

—Entiendo que Raven quiera regresar a sus tierras y que desee mostrarte el que fue su hogar.

—Te agradezco que te hagas cargo de las tierras de Jai... —se interrumpió—, de mis tierras mientras me ausente.

—No será problema —sonrió—. ¿Vamos? Hay un Cuervo que no deja de graznar, impaciente.

Silvia asintió, tomó la mano de su hermano y Manuela, alisando la larga

cola del brial que llevaba, los acompañó sin poder retener las lágrimas de felicidad que sentía por su nueva señora.

Raven esperaba nervioso; nunca en su vida le habían sudado las manos de igual forma, no podía soportar la tensión que la espera le provocaba.

La ceremonia sería un acto íntimo. Pocos habían sido invitados y más después de la reciente tragedia que se había vivido días antes en esa misma tierra. Además de sus Cuervos y los nuevos sirvientes, el rey Fernando y sus hombres asistirían a la boda y, como sorpresa especial para Silvia, una invitada muy especial a la que no esperaba; su amiga Beatriz.

—¿Nervios? —preguntó con su pronunciado estado de embarazo.

—No te haces una idea, Beatriz.

—No deberías estarlo por esto, deberías ponerte nervioso si se te ocurre hacerle daño, pues yo misma te arrancaré el pico y no podrás volver a graznar —lo amenazó.

Raven no quería sonreír, pero ver a la mejor amiga de su futura esposa profiriendo amenazas tan serias cuando apenas era capaz de moverse sin rodar... era, como poco, para sacarle una sonrisa.

De repente, el murmullo cesó, la novia hacía su aparición del brazo de su hermano y padrino. Los Cuervos, en señal de respeto, se arrodillaron y colocaron sus *claymores* levantadas hacia el cielo formando un pasillo metálico que brillaba al reflejar en sus afiladas hojas el fulgor del sol.

Silvia sintió que le fallaban las fuerzas; no podía creer que de verdad, al fin, fuese a pertenecer al hombre al que amaba desde siempre, y cuando descubrió a su amiga entre los escasos asistentes, su felicidad creció un poco más. Caminó por el pasillo hasta llegar al lado de Raven, que vestía su oscuro *kilt* y una camisa blanca, sobre la que llevaba el tartán de su clan.

Al llegar a su lado, Raven tomó una de sus manos entre una de las suyas y con el tartán que llevaba sobre el corazón las envolvió hasta hacer un nudo.

El rey esperó frente a los novios. Raven había querido que la ceremonia fuese tal y como se celebraban en Escocia. Antes de que Fernando dijese nada, Raven habló.

—Juro amarte por el resto de mis días, solo a ti.

—Juro amarte por el resto de mis días, solo a ti —repitió Silvia

emocionada.

—Yo, Fernando el Católico, como testigo de esta unión, doy mi aprobación y el compromiso queda formalizado —dijo sin más.

Raven levantó el velo con manos temblorosas y besó, con todo el amor que ya no tenía miedo de sentir, a la mujer con la que pasaría el resto de su vida.

Todos los presentes aplaudieron y vitorearon a los novios, que salieron corriendo agarrados de las manos para sellar su compromiso uniendo sus cuerpos y sus almas.

En la habitación de Silvia todo estaba dispuesto, y en el momento en que Raven cerró la puerta, el miedo y la excitación que sentía tomaron el control. Lo deseaba, lo deseaba desde hacía tanto tiempo...

Raven la miró como si fuese lo único en el mundo, y así era; se había dado cuenta tarde, pero había conseguido ponerle remedio. Sabía que estaría nerviosa, por esa razón no iba a dejarla pensar en lo que sucedería a continuación.

La tomó con esa necesidad brusca que tenía siempre de ella y la besó con el ansia del último encuentro en vez del primero. Su lengua jugó dentro de la boca femenina haciéndola gemir desesperada por más, justo lo que deseaba.

Sus manos fueron quitando prendas sin que ella, sumida en la vorágine de pasión que creaba con sus caricias, lo notase. Una vez solo con la camisa, se detuvo para contemplar sus largas y torneadas piernas, sus curvas generosas, sus pechos turgentes, que lo provocaban con cada respiración acelerada.

—Mía —graznó posesivo.

—Tuya —confirmó presa del deseo.

Raven la alzó y la posó sobre la cama para empezar a besarla despacio, desde el tobillo hasta el interior de sus muslos, que clamaban por él; saboreó con descaro los jugos que destilaba su sexo y, en ese momento, tuvo claro a qué sabía el amor. Sabía a ella, dulce, salada, tímida y a la vez descarada.

Silvia no protestó; dejó que Raven obrase en su cuerpo la magia con la que tantas noches había soñado. Dejó que su boca gimiese y jadease sin vergüenza, pues el anhelo de tenerlo así era mayor que el decoro que pudiese

sentir. Ni siquiera le preguntó si lo que le hacía estaba bien a los ojos de Dios; en ese momento, no le importaba rendir culto a Satán si a cambio recibía ese placer.

Raven penetró con uno de los dedos el húmedo y apretado interior de la mujer a la que amaba y contuvo el gruñido que reverbera en su pecho; la acarició y, cuando supo que estaba lista, se colocó sobre ella.

—A veces —empezó a decir entre jadeos—, puede doler, pero solo serán unos segundos. Mírame a los ojos, y si en algún momento necesitas que me detenga, trataré de hacerlo.

—Lo haré —confirmó con la mirada oscurecida por la pasión.

Raven dejó que su miembro se colocara entre las piernas de Silvia y la humedad lo enloqueció de inmediato. Levantó la camisa y, con esfuerzo, la dejó sin ella para contemplar sus senos, cuyas puntas se alzaban enhiestas reclamando una atención que no tenían.

El guerrero atacó cada pecho regalándole besos y caricias con la lengua, que Silvia agradecía con respiraciones agitadas. Cuando supo que la pasión tenía el control del cuerpo de la mujer, la penetró con una firme y fuerte embestida. El momento en el que notó que la barrera se había roto lo dejó sin fuerzas; se detuvo dentro, sin moverse, para que ella se acostumbrase a la invasión y el dolor pasase.

—¿Estás bien? —preguntó, no sin esfuerzo.

—Sí, la sensación es extraña, pero —se interrumpió moviéndose un poco para acoplarse mejor, lo que hizo que Raven apretase los dientes.

—Silvia —jadeó—, estoy tratando de no hacerte daño, pero si te mueves no voy a poder contenerme.

—No deseo que te contengas; cuando estemos así es cuando quiero que dejes salir a la bestia —ordenó a la vez que se movía de nuevo.

Raven creyó enloquecer, Silvia jadeaba con cada movimiento de sus caderas y él supo que no iba a poder contener más al Cuervo Oscuro. La besó sin compasión y se movió dentro de ella tratando de ser cuidadoso, pero cuando Silvia se unió moviendo sus caderas y abriéndose para acogerlo más profundo, la poca humanidad que lo mantenía atado a la realidad desapareció y dio paso a una bestia que la poseía de forma maravillosa.

Silvia no dejaba de jadear, de gemir y de sentir que tenerlo dentro era lo

más maravilloso del mundo, y cuando creyó que no podía sentir más, las embestidas cobraron fuerza y ella gritó extasiada sin entender qué era lo que sacudía su cuerpo, hasta que no pudo más y explotó por cada poro gritando su nombre.

Raven, al comprobar que había alcanzado el clímax, se dejó arrastrar por el mar de emociones que lo manejaban a su antojo y gruñó el orgasmo que lo dejó sin aliento, sin fuerzas y sin vida.

Estar dentro de ella era lo mejor que le había sucedido nunca y estaba seguro de que le haría el amor cada día de los miles que les quedaban por vivir.

Epílogo

La hierba crecía alta y el caballo disfrutaba perezoso de su camino. Silvia no dejaba de mirar hacia todas partes, impresionada. Escocia era una tierra maravillosa. Todo era verde a su alrededor, un verde diferente, brillante y lleno de vida, en el que las agrestes montañas se confundían con extensos valles. El olor de las plantas inundaba sus fosas nasales y los morados de los cardos rompían la hermosa monotonía del color predominante.

Los Cuervos, desde que pisaran las tierras altas, no habían perdido la sonrisa que les iluminaba la mirada. Todos deseaban regresar a su hogar y en verdad lo necesitaban.

Las conversaciones no cesaban y todas versaban sobre los planes de futuro, entre los que estaba devolverle al clan MacCormac su esplendor. Silvia no podía evitar contagiarse del entusiasmo, aunque penaba por Ayla, pues era la única que había dejado algo atrás, a Guillermo.

Tal vez lo que sentía por su hermano fuese más profundo de lo que pensaba en un principio y la verdad era que le apenaba que su hermano hubiese sido tan cabezota como para no desposarla, aunque podía comprender que siendo el duque de Castro se viese obligado a tomar decisiones que no siempre resultaban las que lo hacían más feliz.

Los brazos de Raven se apretaron alrededor de su cintura y, al sentir el pecho contra su espalda, su respiración relajada, el sonido atronador de su corazón y ese paisaje de ensueño se olvidó de todo y pensó que tenía todo lo que podía pedir.

Tras pasar unas semanas en sus tierras, habían decidido que ya era tiempo de regresar al hogar de Raven. Sus hombres lo habían celebrado mucho; echaban de menos lo que quedaba del lugar. A cada paso que daban más se acercaban al castillo que había pertenecido a los MacCormac; la hermosa construcción se divisaba a lo lejos, una fortaleza en piedra oscura se alzaba sobre el acantilado bañado por el furioso mar escocés, que lamía con sus olas la gran roca sobre la que se levantaba.

Silvia notó que se quedaba sin aliento, que su pulso se detenía y

comenzaba a latir de nuevo al compás del vaivén del mar. Estaba perdida en la profundidad del mar, en el azul del cielo, en el paisaje maravilloso...

A la construcción se llegaba por un puente por el que solo se podía ir caminando; era un lugar estratégico para no ser atacados y poder defenderse de los enemigos. La brisa del mar golpeó el rostro de Silvia con su salado sabor y respiró profundo; acababa de enamorarse del paisaje que la rodeaba y, por un instante, pensó que podría quedarse allí siempre.

Caminaban disfrutando de todo, Silvia con la emoción del que contemplaba por primera vez ese paisaje que dejaba sin aliento, y Raven con sentimientos encontrados, pues ese lugar le provocaba amor y odio a partes iguales.

—Es precioso, Raven. Entiendo por qué peleaste por este lugar.

—Mil guerras he batallado, Silvia, pero la única que siento que he ganado ha sido esta —murmuró en su oído dejando un suave beso.

—¿Cuál, Raven? —preguntó para evitar que notase lo excitada que estaba.

—Que seas mía —murmuró—, estar dentro de ti. Esa ha sido la más deliciosa batalla que he librado y en la única de la que me siento ganador.

—Tú lo has sido, el único. El que venció las defensas y se hizo con el premio —sonrió en su boca.

—Lo sé, mujer, y eso será así por siempre jamás.

—Ahora, mi querido Cuervo, nos queda mucho trabajo por delante.

—¿Estás dispuesta? Será duro.

—No más que el haber permanecido lejos de ti.

Y así, sellando su amor con un profundo beso en el acantilado sobre el que el gran castillo se alzaba y con el graznido de Sombra a lo lejos, Raven se rindió, por segunda vez en su vida, a la mujer a la que amaba.

Fin

Agradecimientos

Siempre tengo mucho que agradecer y a tantas personas que no puedo sentir nada más que felicidad por contar con tanto cariño y apoyo a mi alrededor. A mi familia, por estar siempre ahí, sobre todo a mi marido, Álvaro, por animarme y tenderme esa mano a la que me aferro para levantarme cada vez que tropiezo. A mis hijos, por sus besos y abrazos llenos de energía. A mis queridas lectoras cero, Paola C. Álvarez y Yasnaia Altube Lira, gracias por enamoraros del Cuervo, os quiero. A Beatriz Cortijo y Eugenia Dorado, por confiar en mis historias desde el principio, gracias por vuestro apoyo incondicional. A mi editora, Teresa, por darle alas a un Cuervo que espero que vuele muy alto. Y, por último, a todos mis lectores por darles vida una y otra vez a mis historias.